

Operación Juárez

por Lyndon H. LaRouche, Jr.

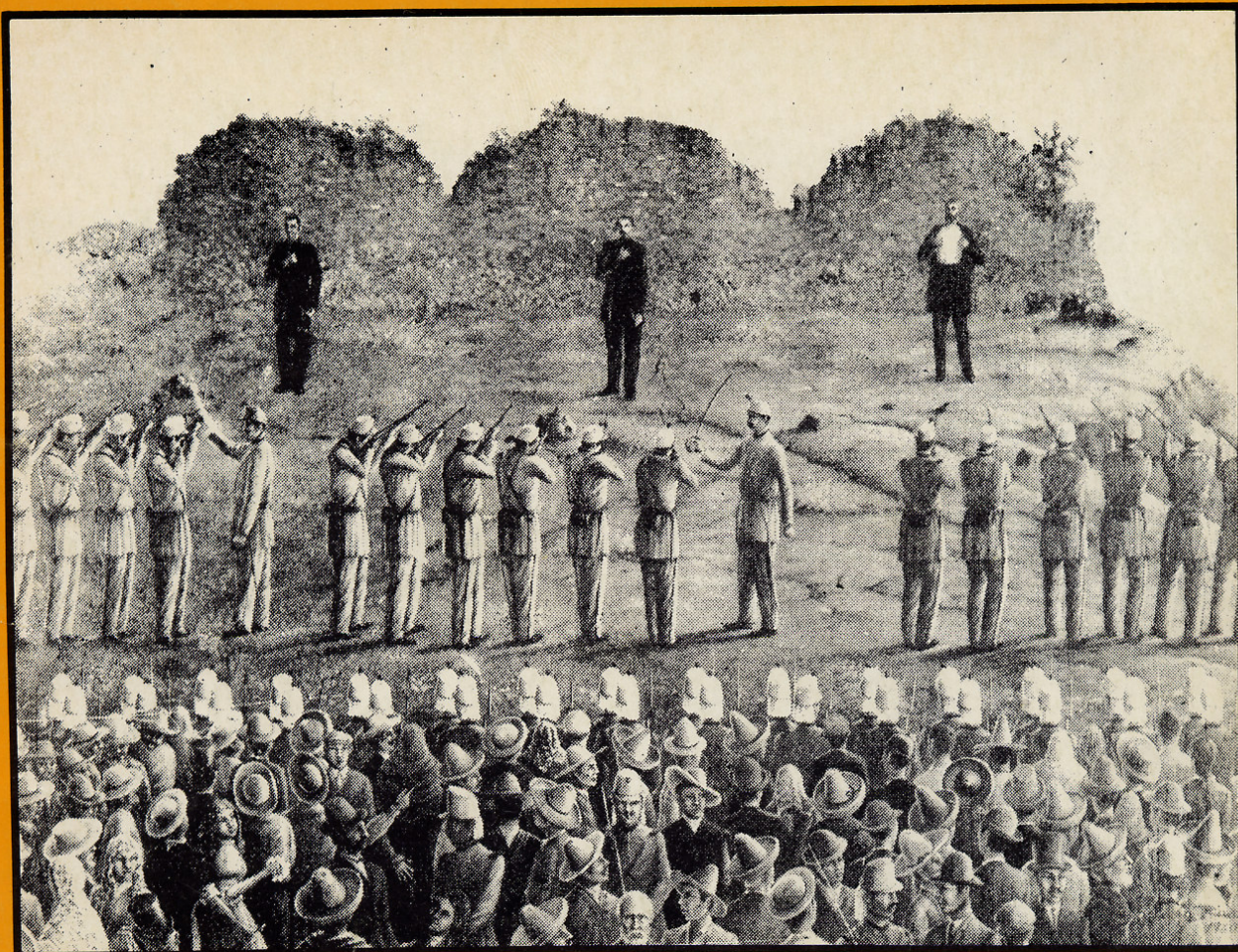
ARCHIVE COPY

Do Not Remove
From Library

Informe especial de
Executive Intelligence Review



EIR



Maximiliano de Austria, Miramón y Mejía, fusilados en el Cerro de las Campanas.

«Hemos titulado este informe *Operación Juárez* en memoria de la correcta alianza entre los *whig* de los Estados Unidos y los liberales de México, de cuyas filas sobresalió como dirigente Benito Juárez. Si se interpretan como se debe los intereses de los Estados Unidos —desde el punto de vista de la Guerra de Independencia de 1775–1783 y de la Constitución Federal de 1787—, entonces el bienestar y el respeto a la soberanía de las repúblicas de Iberoamérica son su interés más vital, y quien rompa esa alianza es un enemigo, un traidor o un insensato.»

Operación Juárez

por Lyndon H. LaRouche, Jr.

Presentación de esta edición

El 17 de marzo de 1984, Lyndon H. LaRouche se dirigió, en cadena nacional de televisión, a entre siete y ocho millones de estadounidenses. Fue ésa la tercera alocución televisada a todos los Estados Unidos en su campaña por la candidatura presidencial demócrata. En ella trató de la política exterior de los Estados Unidos.

En todo el mundo, nuestro Departamento de Estado y nuestra política monetaria y económica, dijo LaRouche, están volviendo en contra nuestra a nuestros amigos. Culpó a Henry Kissinger, a Paul Volcker, director de la Reserva Federal, y a las redes que representan, del deterioro de la economía y de la política exterior de los Estados Unidos.

Explicó asimismo el desastre que han sufrido las economías iberoamericanas desde 1982, a consecuencia de las medidas de saqueo impuestas por Henry Kissinger y el Fondo Monetario Internacional. Tal desastre, dijo, le ha costado a los Estados Unidos cerca de dos millones de empleos. El hacha del FMI ha truncado obras de infraestructura y de desarrollo industrial por valor de más de 400.000 millones de dólares, lo que significa un enorme sacrificio de los intereses de los Estados Unidos y de las repúblicas hermanas del hemisferio.

LaRouche propuso crear un nuevo sistema monetario internacional y emitir 500.000 millones de dólares de crédito a intereses reducidos para financiar obras de infraestructura en el Tercer Mundo, y citó *Operación Juárez*, el documento político-económico que escribió a pedido de grupos dirigentes iberoamericanos en 1982. Estos habían pedido que LaRouche preparara un esquema programático detallado de cómo resolver la crisis de la deuda que azota a esas naciones.

Operación Juárez, cuya quinta edición tiene el lector en las manos, expone de modo detallado cómo crear un Mercado Común Iberoamericano y emplear la "bomba de la deuda" para obligar a las naciones del sector desarrollado a obrar en interés propio y del mundo en vías de desarrollo, poniendo alto a la usura y a las medidas recesivas para dedicarse ahora sí al desarrollo.

Operación Juárez ha sido objeto de ataques de las publicaciones y los agentes latinoamericanos de la KGB soviética. Henry Kissinger ha dedicado buena parte de sus esfuerzos recientes a tratar de destruir a todas las fuerzas dirigentes y de gobierno que han reconocido la sensatez de las propuestas de LaRouche. "Sobra decir que, si yo fuera Presidente de los Estados Unidos, las medidas de *Operación Juárez* se aplicarían más o menos inmediatamente", dijo LaRouche.

De lo que se trata, dijo LaRouche en su alocución televisada, es de poner fin de una vez por todas a los "métodos coloniales británicos del siglo 18", y ejecutar un programa de grandes obras y auge económico mundial. LaRouche citó el famoso relato de Elliot Roosevelt de la disputa entre su padre, el presidente Franklin Delano Roosevelt, y Winston Churchill. Roosevelt rechazó el plan de Churchill de emplear los "músculos" de los Estados Unidos para imponer los métodos coloniales británicos del siglo 18, los cuales definió Roosevelt como el sacar riqueza y materias primas de un país sin dar nada a cambio. Roosevelt exigió emplear los métodos americanos del siglo 20 para "llevar industria. . . y aumentar la riqueza de un pueblo elevando su nivel de vida, educándolo, llevándole salud pública y garantizándole retribución por los materias primas de su país".

Pero Roosevelt murió, y la historia de la posguerra acusa el predominio de los métodos británicos del siglo 18, que culminan con la política genocida del FMI.

LaRouche le recordó a millones de estadounidenses que el 10 de mayo de 1982 Henry Kissinger dio un discurso en la Chatham House de Londres, en el cual refirió que Churchill y Roosevelt tenían planes diametralmente opuestos para la posguerra. Kissinger admitió su adhesión a la política de Churchill, y que

tanto él como todos los demás secretarios de Estado de la posguerra habían profesado lealtad a Gran Bretaña en primer término.

No carece de importancia el hecho de que Kissinger hiciera su confesión durante el conflicto de las Malvinas, cuando los Estados Unidos estaban a punto de dar su apoyo a Gran Bretaña, en lo que constituye una de las más repugnantes manifestaciones de esta década de los métodos británicos del siglo 18:

LaRouche escribió *Operación Juárez* en un momento de gran trascendencia histórica para nuestro continente. LaRouche fue el único líder político estadounidense que apoyó activamente a la Argentina durante el conflicto de las Malvinas. Llamó a que se impusiera la Doctrina Monroe, y que los Estados Unidos se valieran de su poderío militar para detener la agresión británica en nuestro hemisferio. También exigió que se destituyera al entonces secretario de Estado, Alexander Haig, y que se le juzgara por vendepatrias.

Operación Juárez iba dirigido a erradicar la política del FMI y del Secretariado Político de la OTAN: librar "guerras demográficas y de materias primas" contra el sector en vías de desarrollo mediante despliegues "extrajurisdiccionales" de las fuerzas de la OTAN, táctica puesta a prueba en la guerra de las Malvinas. Esa guerra fue un simple ensayo de una futura "diplomacia de las cañoneras" para cobrar una deuda incobrable.

En el prólogo, el autor ubicó el factor Kissinger en esa estrategia, aunque Kissinger no formaba parte, como forma ahora, del gobierno de Ronald Reagan, ni se disponía, como se dispone ahora, a ocupar nuevamente la Secretaría de Estado. Alertó LaRouche de "las fuerzas que mueven al ex canciller norteamericano Henry Kissinger. . . empeñadas en destruir las naciones y poblaciones de Mesoamérica y Sudamérica por medio de una mezcla de austeridad, insurrecciones y guerras regionales con el propósito de desatar sobre esa región, en espacio de unas décadas, las consecuencias despobladoras de una incesante sucesión de guerras de treinta años".

Esto lo escribió un año antes de que el gobierno de Reagan le entregara a Kissinger la dirección de la política hacia América Latina, colocándolo a la cabeza de la Comisión Bipartidaria sobre América Central, y describe con exactitud la política trazada luego en el informe Kissinger: una política encaminada a reducir drásticamente la población tanto por medio de la reducción de la natalidad como del hambre y las guerras perpetuas. La gran "solución", según el informe Kissinger, es conformar las economías de la región al "modelo Hong Kong", una de las capitales mundiales del narcotráfico y ejemplo por excelencia de los "métodos coloniales británicos".

Amenazas de préstamo

En agosto de 1982, LaRouche advirtió que las naciones del continente serían destruidas si, con el ánimo de conservar la confianza de sus acreedores, aceptaban las condiciones del FMI. Advirtió que de todas formas no habría más crédito. "Más bien dan la apariencia de «amenazar con prestar» simplemente para seducir a gobiernos iberoamericanos ingenuos y hacerlos que acepten devaluaciones arbitrarias y condiciones salvajes de austeridad económica, so amenaza de no darles el futuro préstamo que de todas maneras no tenían intención alguna de otorgar".

La historia de los últimos dos años es la triste historia de la capitulación, por el afán de mantener la "capacidad de crédito". Los 400.000 millones de dólares en proyectos abandonados dan la medida de la destrucción que se ha desatado.

Fruto de la política recesiva del FMI ha sido una serie de explosiones sociales. Se ha arruinado las condiciones de vida de los trabajadores, y los marginados enfrentan la hambruna. Los "ajustes" del FMI destruyen intencionalmente no sólo la capacidad de las naciones de pagar su deuda, sino también su capacidad de darle a la población un nivel mínimo de existencia. Se perdieron dos años y muchísimas vidas. La mortalidad infantil, agudizada por la falta de dólares para importar medicinas, ha causado catástrofes en todos los hospitales del continente. Se viene imponiendo la política demográfica de Kissinger, y los acreedores ya ni siquiera "amenazan con prestar". Ahora han decidido recibir como pago las propiedades de la nación endeudada, o la nación misma, si se puede.

Henry Kissinger y el economista Alan Greenspan plantearon la "solución final" del problema de la deuda iberoamericana en 1983 en Vail, Colorado. Su esquema, que el semanario internacional de LaRouche, *Executive Intelligence Review*, denominó el "Plan de Vail", contempla el canje de los pagarés por títulos de propiedad; es decir, convertir la deuda de las naciones iberoamericanas en *propiedad* de las instituciones acreedoras sobre la industria y los recursos de esas naciones.

Se obligó a las naciones del continente a endeudarse en condiciones usureras en cuanto a los intereses, comisiones y derechos, de tal forma que nunca estén en capacidad de pagar. El objetivo final es precisamente aplastar a los Estados nacionales soberanos mediante el quebrantamiento de todas las leyes nacionalistas que protegen sus recursos naturales, o de las leyes que regulan la inversión extranjera.

El 1 de febrero de 1984, la Reserva Federal le informó a los bancos estadounidenses que a partir de esa fecha podían aceptar pagos de la deuda incobrable, contratada en dólares, en monedas "blandas" nacionales.

Esta nueva disposición es aplicación directa del plan de Vail; estipula el modo preciso en que se llevará a cabo la nueva colonización. La nación deudora pagará con su propia moneda en cuentas bloqueadas en su propio banco central. A estos "pagos" se les llamará "depósitos", y no "préstamos", lo cual le permitirá a los bancos transferir los préstamos malos (aquellos que excedan impagos 90 días la fecha de vencimiento de pago de los intereses) sin tener que declararlos irrecaudables.

Al principio, la nación deudora puede creer que está haciendo un trato muy conveniente, pero al analizar el plan salta a la vista que con esta modalidad, sólo para poder pagar una parte del interés vencido, casi todos los países tendrían que duplicar su circulante! A medida que la inflación sienta sus reales, el deudor tiene que imprimir más dinero para ofrendarlo a las "cuentas bloqueadas", ya que por estar tituladas en dólares, crecen al ritmo de la devaluación.

El gobierno brasileño ya recurrió a dichas "cuentas bloqueadas" en cruzeiros y se ha vuelto extremadamente flexible para alentar la "inversión", es decir, la compra a precios de ganga de los bancos de inversión brasileños. La enorme riqueza mineral de Brasil es la presa siguiente de los nuevos colonialistas.

El malvinazo financiero

La agenda de 1983 para Iberoamérica se estableció a finales de 1982, cuando las tres principales naciones deudoras del continente, Brasil, México y Argentina, aceptaron someter sus economías a las condiciones del FMI. Todas lo hicieron por conveniencia, advirtiendo que les disgustaban las medidas del FMI pero que no podían hacer frente a la ira y las contramedidas de la comunidad financiera internacional si llegaran a formar un cartel de deudores e imponer la renegociación conjunta de la deuda.

En tanto los dirigentes del continente sólo hablaban de enfrentar el problema en alguna forma unida, los bancos internacionales formaron su propio cartel de acreedores, el Grupo Ditchley, conocido ahora formalmente como el Instituto de Finanzas Internacionales, que dirigen Fritz Leutwiler, presidente del Banco de Liquidaciones Internacionales con sede en Suiza, y el Banco de Inglaterra.

El principal mandamás del Grupo Ditchley en los Estados Unidos es Henry Wallich, gobernador de la Reserva Federal, quien hace poco respaldó las mismas medidas financieras que practicara Hjalmar Schacht, ministro de Finanzas de Hitler. "Latinoamérica no debiera obtener ni un solo dólar más, sino imprimir su propia moneda y traspasar sus acciones a los bancos extranjeros" para pagar la deuda "como lo hizo Alemania en los treintas", dijo en febrero de 1984.

Iberoamérica se negó a hacerle frente a esta pandilla de usureros y fascistas declarados.

En los primeros seis meses de 1983, los gobiernos del continente examinaron detalladamente la estrategia de LaRouche contra el FMI, discutieron la acción conjunta ante el problema, e incluso fijaron el marco político para modificar drásticamente sus pautas de intercambio en favor del comercio interregional.

Pero a mediados de año y más específicamente a principios de julio, el FMI y los acreedores aliados orquestaron un enfrentamiento decisivo con Brasil. Los bancos amenazaron con declarar oficialmente a Brasil en incumplimiento por no haberle reembolsado al BLI el préstamo puente vencido de 400 millones de dólares, y con lanzar una guerra económica total contra el principal deudor del continente si el gobierno de Figueiredo no cedía a la exigencia del FMI de reducir los salarios reales.

A principios de julio, la primera ministra británica Margaret Thatcher pidió "darle a Brasil una lección", señal de que estaban resueltas todas las diferencias entre los oligarcas en cuanto a cómo manejar la crisis de la deuda. Tim McNamar, subsecretario norteamericano de Comercio, convocó a sus contactos en Brasilia para comunicarles el respaldo del gobierno estadounidense a la principal amenaza de los acreedores: suspender todas las entregas de petróleo.

El 13 de julio, el presidente Figueiredo apareció en la televisión para anunciarle al pueblo brasileño que había accedido a las demandas del FMI. Esto ocurrió en medio del mayor esfuerzo diplomático por

establecer una defensa continental, el "pacto de seguridad económica". Una vez que Brasil capituló, dicha iniciativa se debilitó.

El 24 de julio, los jefes de Estado del Pacto Andino se reunieron para celebrar el bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar. En esa ocasión, los presidentes discutieron la coordinación económica y financiera; acordaron la acción conjunta para combatir el narcotráfico y consideraron la adopción de una moneda común. Abordaron asimismo los aspectos más importantes de las propuestas presentadas por el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) en la conferencia de Quito para la acción conjunta sobre la deuda y la idea del mercado común para intensificar el comercio en la región.

Pero sin los tres principales deudores del continente, México, Brasil y Argentina, no fue posible llevarlo a cabo.

Henry Kissinger regresó oficialmente en julio al gobierno estadounidense; en agosto propuso su plan de deuda por acciones en Vail, y las explosiones sociales se sucedieron por todo el continente; aunque con mayor intensidad en Brasil.

A finales de septiembre, el gobierno argentino firmó un convenio de refinanciamiento de la deuda de la aerolínea estatal Aerolíneas Argentinas que sentaría precedentes y que cumplió con las dos exigencias de la reunión de Vail: se eliminó la soberanía del deudor, al quedar la jurisdicción del convenio en los tribunales de Nueva York en lugar de los de Buenos Aires; y se incluyeron escandalosas cláusulas cruzadas de incumplimiento, por medio de las cuales se le otorgó a los acreedores el derecho de embargar todos los bienes del sector estatal si Aerolíneas no pagare.

Kissinger había ganado una victoria importante. Había planteado su política el 24 de enero de 1983 en un artículo de *Newsweek*. "El primer paso tiene que ser cambiar el marco de las negociaciones; en la medida de lo posible, se deberá privar a los deudores del arma del incumplimiento".

Caigan en incumplimiento y nos apoderaremos de todo. Winston Churchill estuviera orgulloso de dichos métodos colonialistas del siglo 18.

Unidos podemos, aislados no

En la actualidad, muchos de los dirigentes de la región reconsideran las advertencias que hizo LaRouche en 1982 y reconocen que ser "dignos de crédito" no los ha llevado a ninguna parte.

El presidente colombiano Belisario Betancur planteó un plan de unidad para enfrentar la crisis exactamente antes de la visita del presidente de México, Miguel de la Madrid, a Sudamérica: "Unidos podemos, solos no" . . . "Es por esto que la unidad es tan importante . . . de modo que podemos presentarnos a la comunidad financiera internacional como una gran nación latinoamericana que necesita refinanciar su deuda".

Así que el cartel de deudores está sobre el tapete, junto con los acuerdos esenciales de un mercado común, elaborados en los últimos meses.

En 1969, en un famoso intercambio con Gabriel Valdés, entonces ministro del Exterior de Chile, Henry Kissinger dijo: "Viene usted aquí a hablar de Latinoamérica, pero eso no es importante. Nada importante puede venir del sur. La historia jamás se ha hecho en el sur . . . Lo que sucede en el sur carece de importancia. Pierde usted su tiempo".

Hoy en día, las naciones de Iberoamérica enfrentan la amenaza de Kissinger tras más de dos años de degradación de sus pueblos por la política de saqueo del FMI, con sus economías desmanteladas y la hambruna a sus puertas. La política de Kissinger consiste en crear "guerra, epidemias y hambruna" para acabar con la supuesta sobrepoblación de la región, en tanto se apodera de su riqueza mediante la gran farsa de la deuda.

Muchos de los dirigentes iberoamericanos no están dispuestos a imponer el genocidio de Kissinger en sus propias naciones. La batalla decisiva está aún por librarse. Reeditamos *Operación Juárez* seguros de que será una de las armas principales para esta batalla.

Los Estados Unidos e Iberoamérica

Por toda Iberoamérica se escucha hoy hablar de una quimera: *Hay que mantener la capacidad de crédito*. Se supone que, a menos que se proteja con el mayor celo esa mercancía llamada "capacidad de crédito", las instituciones financieras internacionales, encolerizadas, no volverán a prestarle un centavo a las naciones iberoamericanas.

Todo eso es un espejismo, al menos por tres razones.

Primera: en el invierno de 1981-1982, la prolongación de las llamadas medidas Volcker en los Estados Unidos dio inicio a la segunda depresión económica mundial estilo "Herbert Hoover". Están de acuerdo, ciertas destacadas figuras del mundo de las finanzas de Londres y Suiza, en que la nueva depresión probablemente provocará el derrumbe generalizado de las instituciones financieras para septiembre de 1982, o, si no, que tal derrumbe no se puede postergar más allá de principios de 1983.

De cualquier manera, la deuda externa de todos los Estados iberoamericanos quedará irremediablemente sin pagar, y los mercados internacionales sin reservas para refinanciarla o para otorgar cualquier otro tipo de crédito digno de consideración.

¿Ante qué institución financiera presentarán las naciones iberoamericanas su certificado de capacidad de crédito entonces?

Segunda: por regla general, los principales centros financieros internacionales, y sobre todo el mercado del eurodólar, han resuelto "desvincularse" de futuros compromisos financieros con Iberoamérica, África y Asia, aunque probablemente hagan algunas excepciones con países particulares. Más bien dan la apariencia de "amenazar con prestar" simplemente para seducir a los gobiernos iberoamericanos ingenuos y hacerlos que acepten devaluaciones arbitrarias y condiciones salvajes de austeridad económica, so amenaza de no darles el futuro préstamo que de todas maneras no tenían intención alguna de otorgar.

Tercera: las fuerzas que mueven al ex canciller norteamericano Henry A. Kissinger, están empeñadas en destruir las naciones y poblaciones de Mesoamérica y Sudamérica por medio de una mezcla de austeridad económica, insurrecciones y guerras regionales con el propósito de desatar sobre esa región, en espacio de unas décadas, las consecuencias despobladoras de una incesante sucesión de "guerras de treinta años".

Esos son los designios asesinos de ciertas poderosas familias rentistas-financieras estadounidenses, entre ellas los Morgan, los Harriman, los Moore, los Rockefeller, etc., "familias" que dominan a grandes sectores tanto del Partido Republicano como del Demócrata, y que, al momento de escribir estas líneas, determinan la política del gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica.

Son también los designios del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, del GATT, del Banco de Liquidaciones Internacionales y del Secretariado Político de la OTAN. La línea de "despliegues extrajurisdiccionales" de la OTAN, adoptada en el transcurso de la reciente Crisis de las Malvinas, representa el compromiso de llevar a cabo lo que llaman "guerras demográficas y de materias primas" contra los continentes iberoamericano, africano y asiático. Dichas instituciones y otras afines llevan a cabo adrede el genocidio más descomunal jamás concebido: se proponen hacer que mueran, de "tasas de mortalidad aceleradas", miles de millones de personas en las dos décadas que quedan de este siglo, lo que reduciría monstruosamente el número de la "raza no anglosajona".

Lo que mejor describe su política es el "federalismo mundial maltusiano". Esa es la política del Club de Roma, ese es el objetivo del programa *Año 2000* de Chatham House, y del programa

Global 2000 del gobierno de Carter en los Estados Unidos. Eso es lo que persiguen Henry Kissinger y sus dueños.

Si algún gobierno de Iberoamérica cree que tiene alguna "capacidad de crédito" que valga la pena defender bajo el dominio de dichas instituciones, ese gobierno se engaña trágicamente. No puede haber, bajo el régimen de "condiciones" del FMI o cualquiera parecido, otro destino que la completa destrucción de la estructura política, social y económica del continente en el decenio que transcurre.

Existe en principio una solución hacedera y equitativa al conflicto entre las naciones deudoras de Iberoamérica y las naciones acreedoras de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Cualquiera de los gobiernos de dichas naciones de la OCDE que esté en su sano juicio, clínicamente hablando, aceptaría gustoso esa solución. Pero, como lo veremos más adelante, no todos esos gobiernos gozan de salud psicológica y moral.

En este informe cumpliremos cuatro objetivos. *Primero*: describiremos la solución hacedera a la presente crisis monetaria, basada en la reprogramación equitativa de la deuda externa de las naciones iberoamericanas. *Segundo*: examinaremos las directrices económicas que hay que seguir para garantizar el éxito de la reorganización monetaria que proponemos. *Tercero*: determinaremos las causas de la insania, psicológica y moral, que impera entre las poderosas fuerzas supranacionales que dominan la actuación del consabido grupo de naciones de la OCDE. *Por último*: reexaminaremos el programa expuesto, a la luz de los obstáculos que plantea la tan demente cuan poderosa oposición.

Hemos titulado este informe *Operación Juárez*, en memoria de la correcta alianza entre los *whig* de los Estados Unidos y los liberales de México, de cuyas filas sobresalió como dirigente Benito Juárez. Si se interpretan como se debe los intereses de los Estados Unidos —desde el punto de vista de la Guerra de Independencia de 1775-1783 y de la Constitución Federal de 1787—, entonces el bienestar y el respeto a la soberanía de las repúblicas de Iberoamérica son su interés más vital, y quien rompa esa alianza es un enemigo, un traidor o un insensato. A lo largo de la historia, sus relaciones con los *republicanos* de México han sido el mejor indicio de si los Estados Unidos siguen o no una buena línea de conducta en relación con el conjunto de las naciones iberoamericanas. Sólo los patriotas estadounidenses que recuerdan a Benito Juárez como el aliado más valiente ypreciado pueden comprender a Iberoamérica y sus intereses.

El significado más profundo de lo anterior se pondrá de manifiesto a su debido tiempo en el transcurso de este informe.

Lo acompañan dos documentos de mayor extensión. El menor de ellos es el texto de un libro dirigido primordialmente a ciertos economistas patriotas de la India y México: *A Conceptual Outline of Modern Economic Science*. Lo incluimos como complemento del material contenido en el presente informe. El otro texto, el más largo, que remitimos en pruebas de imprenta y edición limitada, se titula *The Toynbee Factor in British Grand Strategy*. Si bien fue escrito para el público en general, este último se redactó a manera de apéndice del testimonio rendido por el autor ante la Comisión de Relaciones Internacionales del Senado estadounidense encargada de confirmar el nombramiento de George Shultz al puesto de secretario de Estado, lo incluimos no sólo por ser el estudio más acabado de la ideología que informa la política exterior estadounidense moderna, sino porque en él se examina a fondo el problema de insania moral que padecen muchas de las fuerzas que mayor influencia ejercen en los gobiernos de la OCDE.

Ciudad de Nueva York,
10 de agosto de 1982.

1. Los Principales Expertos del Mundo en Economía

Muchos economistas de diversas partes del mundo sinceramente no estarán de acuerdo con los análisis y las recomendaciones del presente informe. Pero, puesto que las cuestiones estratégicas en él consideradas son de vital importancia para todas y cada una de las repúblicas de Iberoamérica, habrá que saldarles las cuentas a esos críticos desde el comienzo. Expondremos los hechos que demuestran sin lugar a dudas que yo y mis colaboradores más cercanos somos los expertos más sobresalientes en ciencia económica del mundo en la actualidad. Demostraremos asimismo que nuestros críticos pueden estar, en algunos casos equivocados sinceramente, pero, sinceramente o no, todos ellos están equivocados.

A partir del último trimestre de 1979, yo y mis colaboradores publicamos el primero de una serie de pronósticos analíticos trimestrales de la economía de los Estados Unidos. De todos los pronósticos económicos de ese género, ya sean del gobierno o de servicios privados, los únicos que no han arrojado resultados sistemáticamente absurdos al lado de los datos y las cifras reales, han sido los nuestros.

Los pronósticos trimestrales LaRouche-Riemann, publicados por el semanario internacional de información política *Executive Intelligence Review*, sistemáticamente han arrojado resultados precisos en cuanto a las tendencias y los puntos de inflexión de la economía. Los pronósticos del mismo tipo elaborados por organismos del gobierno estadounidense o por servicios privados como el de la Wharton, el Chase Econometrics o el Data Resources, sistemáticamente han arrojado resultados equivocados a lo largo del mismo período. La cuantificación de tendencias previstas del servicio LaRouche-Riemann ha sido, además, sistemáticamente, la más precisa que se ha logrado en los últimos treinta años en que se vienen haciendo pronósticos económicos en los Estados Unidos.¹

Ni la "magia", ni las "bolas de cristal", la "percepción extrasensorial" o la "suerte" tienen nada que ver con ello. Ya se han publicado descripciones pormenorizadas del método LaRouche-Riemann.² Cualquiera de los servicios de pronóstico públicos o privados podrían haber reproducido los mismos resultados con mayor o menor exactitud. Los costos de funcionamiento del método LaRouche-Riemann, dicho sea de paso, representan una fracción minúscula de lo que gastan la Wharton y otros institutos. Nada justifica que esos servicios públicos o privados no hayan "plagiado" el método LaRouche-Riemann, por lo menos desde 1981.

Veamos las principales razones por las que el método LaRouche-Riemann es acertado y no así las teorías económicas contrarias.

Primero, si bien el método LaRouche-Riemann encierra un descubrimiento científico fundamental realizado a partir de 1952, por lo demás todos los conceptos que lo fundamentan son los mismos que caracterizan lo que se conocía como el *Sistema Americano de economía política*. Ese era el método antibritánico de economía política que va unido, sobre todo, a los nombres del secretario estadounidense del Tesoro Alexander Hamilton,³ los dos Carey,⁴ y el famoso arquitecto germanoestadounidense de la "unión aduanera" de la Alemania del siglo 19, Friedrich List. Esa fue la política económica —diametralmente contraria a *La riqueza de las naciones*—, que animó la Guerra de Independencia estadounidense de 1775-1783 contra Gran Bretaña. Esa fue la política que informó la industrialización de Alemania en el siglo 19, la Restauración Meiji en Japón y la orientación que ha prevalecido periódicamente en la toma de decisiones de México, Argentina, Chile y otras naciones de Iberoamérica a través de su historia.

Benjamín Franklin, patrocinador de Hamilton y de Mathew Carey, aprendió ciencia económica de sus aliados republicanos en Europa, principalmente de los republicanos que se iden-

tificaban con la herencia de Jean Baptiste Colbert y Gottfried Leibniz. El descubrimiento de la ciencia económica por Leibniz, la cual comienza en 1671, con su obra *Sociedad y economía*, es la base en que se apoya Hamilton para elaborar el Sistema Americano.

Hay tres corrientes de economía política, presentes en varios momentos de los siglos 18 y 19, que hay que señalar, además de la influencia de Hamilton, para poder situar en su debido contexto los orígenes del método LaRouche-Riemann. Merced al desarrollo industrial de Rusia en el siglo 18, de la época de Pedro I al ruinoso período de Potemkin, las industrias del país llegaron a ser más adelantadas y productivas incluso que las de la propia Gran Bretaña en esa época. Los adelantos se basaron por completo en el plan de desarrollo económico proporcionado a Pedro I por Leibniz. Los titánicos logros realizados en materia de progreso científico e industrial bajo la dirección de la École Polytechnique de Lazare Carnot en Francia se basaron asimismo, explícitamente, en la ciencia económica de Leibniz, aunque también estuvieron informados por la obra de Hamilton y otros estadounidenses. Por último, la ciencia económica de Leibniz perduró en el desarrollo de Alemania del siglo 18 y principios del 19 bajo el rubro de "economía física", que fue una de las principales divisiones del programa de estudios universitario conocido como *cameralismo*. El tonificante papel de los Estados Unidos, "templo de libertad" y "faro de esperanza" del Viejo Mundo de finales del siglo 18 y principios del 19, hizo que todas las ramas de la ciencia económica de Leibniz quedaran comprendidas en el solo rubro del Sistema Americano.

Segundo, en lo que va del siglo han prevalecido, en general, alternativamente, dos dogmas económicos, promulgados por universidades y por la profesión económica. Por un lado, y con menor grado de influencia, está alguna versión de lo que se denomina "economía política británica clásica" (Adam Smith, Thomas Malthus y David Ricardo). Los dogmas "hedonista" o "utilitarista" de J.S. Mill, William Jevons, Alfred Marshall y sus sucesores británicos y vieneses, han gozado de más predicamento. Semejantes dogmas son incompetentes por naturaleza, pero han cobrado hegemonía de cualquier modo. Ello se debe a que en los sistemas monetarios internacionales imperantes después de la década de 1870 —el sistema de patrón oro de Londres, el sistema de Versalles y el de Bretton Woods— han cobrado vida los criterios "utilitaristas" (el "monetarismo").

Nunca, después que fueron derrotados los Habsburgo (Austria) españoles, incluso en los siglos 18 y 19, se industrializó ninguna economía nacional, salvo como resultado de su expoliación por otras naciones (vgr., por el sistema británico), o como resultado de programas basados en la ciencia económica de Leibniz.

Tercero, el método LaRouche-Riemann mejora, de forma fundamental, el Sistema Americano de economía política. Este último, tal como lo concibieron Hamilton y sus seguidores, siempre ha sido idóneo para orientar debidamente, en términos generales, cualquier proyecto de desarrollo económico nacional. Pero con todo carecía del instrumental matemático necesario para poner de manifiesto la conexión explícita entre el ritmo de progreso tecnológico y el del crecimiento económico, tanto cuantitativamente como en función de una escala ascendente de productividad. Mi aporte a la ciencia económica consiste, en lo esencial, en haber reconocido, a partir de 1952, que la solución al problema de cómo "medir" la tecnología estaba dada implícitamente por la física matemática del más fecundo físico del siglo 19, Bernhard Riemann.

De ahí el nombre, método LaRouche-Riemann.

En retrospectión, no sólo se puede argumentar, sino que ello tiene su utilidad, que el método LaRouche-Riemann ya estaba implícito en la manera en que Leibniz descubrió la ciencia económica. Sólo faltaba gozar de la ventaja del adelanto realizado por Riemann en materia de física matemática, para solucionar de manera cabal los problemas de la ciencia económica planteados por Leibniz.

Apuntaremos ahora los elementos esenciales del método LaRouche-Riemann, tras de lo cual pasaremos al punto final que queda por resolver en cuanto a mi capacidad técnica: las razones por las que la econometría en general es de suyo incompetente.

¿Qué cosa es la economía?

La economía es esencialmente el estudio de los principios por los que un pueblo puede producir las condiciones materiales para seguir existiendo. Lo fundamental son las cuestiones físico-económicas; las consideraciones monetarias —circulante, crédito, operaciones bancarias y endeudamiento— son secundarias.

Para Leibniz, el aspecto central de la economía política estuvo en su estudio de las máquinas movidas por calor. Para él esas máquinas eran una forma de "trabajo artificial" por medio del cual un individuo podía realizar el trabajo de cien.

La más sencilla idea de máquina animada exige estudiar los movimientos necesarios de los trabajadores y el tener en cuenta esos movimientos en el diseño de las máquinas. Todos los principios que entran en el diseño de máquinas fueron elaborados por Leonardo da Vinci y sus colaboradores íntimos a finales del siglo 15 y principios del 16. Al aplicar a la máquina fuerza motriz producida por el calor, rompemos las limitaciones de la proveniente del trabajo muscular humano o animal, o de los caprichos y limitaciones de la fuerza eólica o hidráulica.

Hemos dejado muy atrás las limitaciones de los sustitutos mecánicos de la fuerza muscular humana o animal de la época de Leibniz, pero su idea fundamental sigue teniendo vigencia, aun en relación con los procesos productivos de diseño más moderno y refinado.

La técnica agrícola es un buen ejemplo de ello.

La cantidad total de energía solar que recibe en promedio la superficie terrestre equivale a 0.2 de kilovatio por metro cuadrado aproximadamente. Por lo general los procesos vivientes no pueden capturar más del 10 por ciento de esa energía, y normalmente sólo captan la quinta parte de eso o menos. Gran parte de esa energía capturada se consume en la reducción de bióxido de carbono, durante la cual se obtiene oxígeno, y en la evapotranspiración. La "energía orgánica" que se puede recuperar de la combustión de biomasa rinde una densidad de flujo energético de 1/10 000 de kilovatio por metro cuadrado aproximadamente.

En la combustión de materias fósiles por métodos modernos de gran escala se alcanzan densidades de flujo energético (kilovatios por metro cuadrado de la sección media del proceso de combustión) de 10 mil kilovatios por metro cuadrado aproximadamente, o sea la mitad de la que se alcanza en la superficie del Sol. Con la generación de electricidad por fisión nuclear se alcanzan densidades de flujo energético del orden de 70 mil kilovatios por metro cuadrado. La generación de nucleoelectricidad por el método más rudimentario de fusión termonuclear será comparable o superior a la de fisión.

Merced sobre todo a la influencia de un químico alemán, Gustus Liebig, hemos revolucionado la agricultura, rompiendo las limitaciones que nos impone el ciclo de la energía solar. Damos energía al suelo en la forma de fertilizantes sintéticos. Permitimos que las plantas (la vida vegetal) utilicen con mayor eficiencia la energía disponible regulando la proporción de sales minerales contenidas en el suelo. Utilizamos energía para irrigar cultivos, suministrando con ello a las plantas el agua que necesitan para producir oxígeno durante la reducción de clorofila, incrementando con ello la cantidad de biomasa útil y la calidad de la biomasa producida por hectárea.

Leibniz se dio cuenta de que su estudio de las máquinas movidas por calor tendría alcances semejantes. Todos los adelantos de la capacidad productiva del hombre se podían medir implícitamente en lo que hoy llamamos términos "termodinámicos".

A partir de esos estudios, Leibniz formuló tres conceptos, tan comunes hoy que nadie parece saber que fueron inventados por él: *trabajo*, *potencia* y *tecnología*. Esos son los conceptos capitales de la ciencia económica; *trabajo* y *potencia*, tal como los concibe Leibniz al elaborar la ciencia económica, son los bien conocidos términos de la física en general.

La problemática de la ciencia económica se nos plantea ahora de la siguiente manera. Para medir la capacidad de una población de producir las condiciones materiales que le permitan seguir existiendo hay que medir cuantitativamente las mejoras materiales de la naturaleza que puede

producir el individuo promedio en la sociedad. Hay que comparar lo que produce y lo que por necesidad debe consumir el individuo promedio, ya sea en forma de bienes de consumo (o su equivalente) o en forma de bienes de capital. La sociedad no tiene límites absolutos de subsistencia; cuando aumente la capacidad de producción del individuo, tanto así deberá aumentar la norma de consumo individual.

Hay que medir la capacidad de realizar trabajo del individuo promedio de una sociedad dada, comparándola con la correspondiente en otra sociedad, o con la del individuo promedio de una época anterior o posterior en relación con el desarrollo de la misma sociedad.

Por tanto, la primera medida que tomamos en la ciencia económica es la magnitud que llamaremos *densidad relativa potencial de población*.

¿Cuántos individuos pueden vivir por kilómetro cuadrado nada más a base de lo que produzcan los miembros de la sociedad que habita el área en cuestión? Puesto que la tierra habitable varía en calidad según se va mejorando o agotando, o según el clima y otros factores, necesitamos una medida *relativa* de la densidad demográfica por kilómetro cuadrado, para no cometer el error de comparar densidades demográficas de tierras habitables de diferente calidad como si fueran iguales. Tampoco medimos la habitación presente de la tierra, sino la densidad demográfica *potencial* que representan los modos de producción existentes.

Por ejemplo, si el hombre viviese de la recolección de alimentos, la población total del planeta jamás pasaría de diez millones de habitantes aproximadamente. Hoy día, debido al progreso de la técnica (que incluye mejoras en materia de higiene, medicina, nutrición, etc.), los habitantes del mundo ascienden a unos 4 mil 500 millones. Con el uso adecuado de las técnicas ya existentes y las que se podrán conseguir fácilmente para antes de que finalice el siglo, podríamos mantener a decenas de miles de millones de individuos a un nivel medio de existencia potencialmente mejor que el que prevalecía en los Estados Unidos en la década de 1970.

Por otra parte, el progreso de la técnica es imperativo y no optativo. Cada etapa de su adelanto supone también ciertas limitantes —determinadas por los alcances de los propios medios técnicos y por los costos laborales— a las posibles mejoras del suelo y de los recursos naturales que se pueden explotar económicamente para satisfacer las necesidades del hombre. A menos que hagamos progresar nuestras técnicas de aplicación práctica, tenderemos a agotar los recursos naturales disponibles en formas aprovechables, y la densidad demográfica potencial tenderá a disminuir hasta llegar a ser menor que el nivel de la población existente, lo que resultará en el derrumbe concomitante de la cultura en cuestión, como ha ocurrido históricamente cada vez que prevalece por cierto tiempo una política de “progreso tecnológico cero”. La sociedad que no esté consagrada al progreso de la técnica es una sociedad que carece de la aptitud moral para subsistir. Las culturas que así sean morirán en la pudrición de sus delirios malthusianos.

Aun para mantener constante la densidad demográfica relativa potencial la sociedad debe progresar en lo tecnológico.

Elemento concomitante de la expansión sostenida de la densidad demográfica relativa potencial de la sociedad es el aumento de la cantidad de energéticos aprovechables consumidos por kilómetro cuadrado por la sociedad. Esa es la medida básica de la densidad del flujo energético que empleamos: kilovatios por kilómetro cuadrado consumidos útilmente por la sociedad. Eso mide en términos prácticos el consumo de energía útil del número promedio de habitantes por unidad cuadrada. Sin embargo, puesto que el consumo per cápita debe aumentar también, para que haya adelanto técnico, el ritmo de aumento de la densidad de flujo energético por kilómetro cuadrado debe ser de segundo orden aproximadamente.

Lo que la ciencia económica busca determinar es la política institucional por medio de la cual se logra incrementar sucesivamente tanto la densidad relativa potencial de población como la densidad de flujo energético. La forma que adopta dicha política es la forma de una *función matemática continua*. Se trata de una función matemática continua que mide la densidad demográfica relativa potencial en relación con el incremento de la densidad de flujo energético

global. Sin embargo, esta última se debe medir a su vez en función del incremento de la densidad de flujo energético per cápita.

Por otra parte, la totalidad de las mejoras materiales logradas por una sociedad dada (bienes materiales manufacturados, infraestructura económica básica) se debe únicamente a la porción de la fuerza de trabajo que produce bienes. La administración y los servicios son esenciales, pero no producen riqueza; son útiles en la medida en que mejoran las capacidades productivas de la parte de la fuerza de trabajo que sí produce bienes o mejoras infraestructurales. Por tanto, hay que examinar la relación —la relación funcional— entre la totalidad de la fuerza de trabajo y la parte de ella que produce bienes. También hay que medir la relación funcional entre la fuerza de trabajo y el número de habitantes de la sociedad.

Hay que elaborar la función continua básica (densidad demográfica relativa potencial en función de densidad de flujo energético), en términos de funciones demográficas.

Por ejemplo, la técnica moderna exige que todos los miembros futuros de la fuerza de trabajo dejen la escuela entre los 16 y los 18 años de edad. Para los profesionistas que ingresan a la fuerza de trabajo, la edad de dejar la escuela es entre los 21 y los 25 años (con algunas excepciones). Se puede demostrar fácilmente que si la esperanza media de vida fuese de 40 a 50 años, sería de lo más difícil sostener la técnica moderna. Eso se demuestra calculando la relación porcentual entre la población que aún no está en edad de dejar la escuela y la fuerza de trabajo. Al grupo de menor edad agregamos las personas que se han retirado de la fuerza de trabajo y demás.

No podemos mantener a las personas retiradas a menos que la fuerza de trabajo empleada sea lo suficientemente numerosa y productiva en relación con la población retirada. Para poder mantener la proporción deseada, el índice de nacimientos debe ser lo suficientemente elevado (a fin de reproducir los miembros de la futura fuerza de trabajo). Por estas y otras razones cada etapa del adelanto de la técnica requiere que las características demográficas de la sociedad cumplan ciertas exigencias rigurosamente demarcadas. A la inversa, el grado de adelanto de la técnica puesta en práctica determina a su vez las características demográficas potenciales.

Hablando en términos generales, se necesita que la población aumente para que la técnica pueda progresar.

A medida que progresa la técnica aumenta la complejidad de la división del trabajo de la sociedad. Es verdad que en una sola máquina se combina lo que antes eran tres plazas, con lo que al parecer se simplifica la división de trabajo. No obstante, lo único que nos dice eso es que hay que examinar el aumento de complejidad combinado de la división social de trabajo y de las máquinas. Por otra parte, lo que hace ese proceso es aumentar la complejidad de la producción de bienes de capital, al tiempo que hace que se contraiga la porción relativa de la fuerza de trabajo necesaria para producir bienes de consumo. Por ejemplo, una sociedad basada en la energía de fusión termonuclear requeriría un nivel demográfico de unos diez mil millones de habitantes: ese es el resultado de una proyección tecnológico-industrial bastante elemental de la complejidad de la división de trabajo que se requeriría.

A fin de expresar las funciones en términos de la física matemática, nos vemos obligados a formular estas y otras consideraciones en la forma de una función continua de la termodinámica, justamente como lo supone la manera en que Leibniz concibió la ciencia económica.

La función termodinámica

En la termodinámica elemental el flujo energético de un proceso se divide en dos partes.

La primera de ellas es la cantidad de energía que consume el proceso simplemente para no "dejar de funcionar".

La parte restante se describe por lo común como "energía libre". En un proceso generador de energía, como una central eléctrica por ejemplo, decimos que la energía libre del proceso termogenerador de electricidad que no se desperdicia representa potencia para realizar trabajo

sobre algo fuera del propio sistema generador. La energía libre se puede aplicar de otro modo; en este caso, la energía libre del sistema que no se desperdicia se utiliza para elevar el grado de organización del proceso generador mismo: el autodesarrollo de un sistema autoorganizado, relativamente cerrado. La sociedad es, en términos termodinámicos, un sistema cerrado, autoorganizado, de ese tipo.

La única manera de analizar correctamente un procedimiento según la termodinámica es basarse siempre en la razón de energía libre a energía del sistema del proceso.

El análisis termodinámico se basa siempre, a menos que sea incompetente, en describir el proceso en cuestión en términos de un *sistema cerrado*. Para dar un ejemplo sencillo: a fin de analizar correctamente el sistema de generación de electricidad de una nación, hay que tratar a la nación que consume esa electricidad como si fuera un sistema cerrado, de manera que la parte generadora y distribuidora de electricidad de la economía nacional, y la economía consumidora de la misma, sean el mismo sistema y no dos diferentes. O, para dar otro ejemplo, para estudiar cualquier organismo viviente primero hay que ubicarlo dentro de la biósfera global del planeta y luego tratar ésta y el proceso del planeta en su conjunto, fuera de la biósfera en sí, como si fuera un sistema termodinámico cerrado.

El principio del "sistema cerrado" es el requisito más básico de toda la física matemática. Toda demostración matemática deriva, en última instancia, de demostraciones geométricas acordes con la estricta definición de geometría sintética dada por el maestro de geometría de Riemann, Jacob Steiner. Toda forma geométrica, incluidos el punto y la línea, son derivados del círculo, definido topológicamente. Toda prueba geométrica se basa en el círculo o la esfera. Ningún teorema matemático es competente, ni tampoco la descripción matemática de un sistema, a menos que se pueda reducir a una demostración geométrico-sintética basada en el círculo o la esfera. La propiedad topológica en que se basa la matemática competente, atendiendo a la naturaleza cerrada del círculo y de la esfera, es la cerradura.

El único análisis matemático competente es el que reúne el siguiente requisito doble: En primer lugar, debe reunir todos los requisitos de la cerradura topológica en cuanto forma matemática. Las declaraciones matemáticas deben representar un sistema empírico real, cuyo comportamiento sea tan cerrado como lo representa la descripción matemática.

Se puede demostrar que siempre que algún matemático sutil ha producido algún complicado delirio ha violado uno o ambos principios interdependientes de rigor que hemos planteado. O bien ha olvidado el principio matemático de cerradura, o ha descrito matemáticamente un sistema como si fuera cerrado cuando en realidad no lo es.

Por lo mismo no se pueden hacer enunciados sobre un sistema o proceso económico en lo que concierne a cuestiones de principios, a menos que dicho proceso económico se pueda reducir, ya sea explícita o implícitamente, a una serie de enunciados termodinámicos precisos respecto a un proceso económico cerrado: el proceso productivo de la sociedad en su conjunto.

En el estudio de los sistemas termodinámicos, la definición de una función termodinámica aplicable universalmente consiste en el estudio de la variación de la razón de energía libre a energía del sistema con respecto al tiempo. La manera correcta de describir una función termodinámica es como una función continua de dicha razón que varía con respecto al tiempo.

Cuando en una función continua de este tipo la razón va en disminución, lo que puede dar valores negativos del cociente, se dice que la función continua representa un *proceso entrópico*. Si por el contrario la razón permanece constante o aumenta de valor, la función continua correspondiente expresa "entropía negativa", o, para abreviar, negatoentropía.⁷

La biósfera es una función negatoentrópica, hablando en términos matemáticos. Lo mismo son todos los procesos vivientes viables. También todas las naciones que no están en proceso de destruirse a sí mismas mediante cursos de acción de orientación entrópica.

Un proceso negatoentrópico cerrado se caracteriza por lo siguiente. Primero, el trabajo realizado al aplicar la parte no desperdiciada de la energía libre del proceso a sí mismo representa

un incremento de la energía del sistema del proceso. Dicho incremento de la energía del sistema toma la forma de incrementos de la densidad del flujo energético del sistema. Lo cual da por resultado dos procesos negatoentrópicos. En uno de ellos, al cual llamamos *negatoentropía relativa*, el proceso evoluciona hasta alcanzar un grado superior de densidad de flujo energético mediante la conversión de la energía libre del proceso. La porción de energía libre tiende a "cero", y se detiene el proceso de desarrollo; o bien la porción de energía libre no tiende a cero, pero si se trata de un subsistema (no cerrado) dentro del proceso en su conjunto, dicho subsistema deja de desarrollarse. De ahí en adelante casi toda la energía libre relativa del subsistema se utiliza para realizar trabajo en el proceso en general pero fuera del subsistema. En el otro caso, que llamaremos *negatoentropía absoluta*, la porción de energía libre del proceso en su conjunto sigue aumentando, pese al aumento de la energía del sistema que se expresa en la forma de mayor densidad de flujo energético.

Una sociedad viable es, necesariamente, un proceso caracterizado por *negatoentropía absoluta*.

La correlación entre la termodinámica y la producción

En una economía considerada en su conjunto entran en los costos de la producción total de bienes ciertos costos y gastos. Primero está el costo de mantener las familias de los trabajadores empleados directamente en la producción y distribución física de bienes. Luego tenemos el costo de la mano de obra (considerado en términos similares) incorporado en el costo de reposición de bienes de capital de la producción de bienes. En tercer lugar tenemos el costo (considerado en términos similares) de mantener la infraestructura económica básica de la producción (transporte, sistemas hidráulicos, generación y distribución de electricidad, etc.). En cuarto lugar tenemos los gastos de administración y servicios correspondientes a la producción y a las necesidades de la fuerza de trabajo empleada en la producción, administración o servicios.

La cantidad total de bienes de consumo o de capital producidos obviamente debe ser mayor que la cantidad de bienes representados por estos cuatro renglones de costos y gastos.

Los cuatro renglones de costos y gastos equivalen a la energía del sistema de producción global. Los bienes producidos por encima de dichos costos y gastos equivalen a la energía libre de la economía en su conjunto.

Como lo dijimos anteriormente, la correlación entre la densidad demográfica y la densidad de flujo energético, consideradas ambas tanto por kilómetro cuadrado de terreno habitable y per cápita, nos permite reducir las relaciones de la producción que acabamos de describir, a una expresión equivalente a una función termodinámica continua.

De ese modo la inversión de la ganancia neta de operación (en la forma de bienes) de una economía considerada en su conjunto, en la expansión de la escala de la producción y la mejora de la tecnología productiva, es una función negatoentrópica. Dicha inversión debe incrementar la cantidad de kilovatios de electricidad utilizable consumidos per cápita. Sin embargo, también debe aumentar la razón implícita de energía libre a energía del sistema, expresada en kilovatios per cápita de flujo energético utilizable.

¿Cómo se mantiene la porción de energía libre en esas circunstancias? Esa es la definición termodinámica de *tecnología*.

Cuando los procesos económicos se describen debidamente dentro del marco de la termodinámica, el "rendimiento o utilidad de la inversión" para la sociedad en su conjunto, ocurre de tal manera que sería útil llamarle el factor de "retribución energética". Es decir, si se invierte cierta cantidad de energía, digamos en un sistema de generación de electricidad, ¿cuántos años deberá funcionar dicho sistema para que retribuya la energía libre no desperdiciada que invirtió la sociedad en su construcción?

Por ejemplo, los sistemas de energía solar de la actualidad jamás podrían retribuir a la

sociedad la energía que ésta invirtió en su construcción. La utilización de "biomasa" para satisfacer las necesidades energéticas de la sociedad jamás podrán retribuirle a ésta y a la biósfera lo que perdieron en crear y hacer funcionar tales sistemas. Hablando en forma general, lo que determina con toda seguridad la capacidad de retribución energética de un sistema generador es la magnitud de la densidad de flujo energético del método de generación de calor que se emplee.

Por ejemplo, generar electricidad mediante presas de pequeño embalse representa una pérdida energética neta para la sociedad. Producir electricidad aprovechando vías hidráulicas de gran embalse representa por lo común una ganancia neta para la sociedad, especialmente si las plantas hidroeléctricas se construyen como parte de un sistema de presas y canales útiles para otros fines (riego, transporte, etc.). La combustión de materiales fósiles en instalaciones modernas de generación de calor industrial o electricidad es por lo general de bajo rendimiento en términos de la retribución energética global. Definitivamente fructíferos en términos de retribución energética serían los sistemas mejorados de combustión de materiales fósiles, como la magnetohidrodinámica (MHD). La generación de electricidad por fisión nuclear es lo mejor que hay por naturaleza, en estos momentos, en términos de retribución energética.

Sin embargo, la generación de electricidad mediante la fisión nuclear presenta dos limitaciones desagradables. En primer lugar, la densidad de flujo energético de las centrales de fisión ordinarias tiene límite; la sociedad nunca puede aceptar que la densidad de flujo energético tenga límite. En segundo lugar, para generar electricidad por fisión nuclear se utilizan neutrones para hervir agua, producir vapor y mover turbinas. Utilizar neutrones para eso es como utilizar un motor de propulsión a chorro para mover un caballo mecánico que tirase de un carruaje del siglo 19. Necesitamos densidades de flujo energético mucho mayores en el próximo siglo. Necesitamos que se generen chorros de plasma de partículas cargadas para capturar energía eléctrica por MHD, y para abrir nuevas dimensiones en la manera de concebir la aplicación del calor residual en la industria.

Apliquemos el mismo método que se utiliza para decidir cualquier inversión de capital. ¿Qué tan rápido podemos devolver a la sociedad la energía invertida en inversiones de capital, y cuánto provecho producirá, en la forma de ganancia neta para la sociedad, durante su vida útil?

A esas observaciones habría que agregar un "pero" muy grande y fundamental. Ese "pero" es la singular función que desempeñan las facultades creadoras del pensamiento en la generación de adelantos tecnológicos.

Existe la falaz imagen, popular en nuestros tiempos, de que el trabajo consiste esencialmente en aplicar la fuerza muscular de un hombre-bestia al ejercicio de labores relativamente invariables que se ejecutan de una manera más o menos repetitiva. Esa no es la idea de trabajo que tenían Hamilton o Leibniz. Para ambos, y para la ciencia económica en general, el trabajo realizado por la sociedad consiste en promover el adelanto y mejora de las capacidades productoras de los trabajadores que asociamos con adelantos de la técnica de producción de bienes.

Digámoslo ahora en términos de la termodinámica.

Pensemos por un momento en un banquito de tres patas, inmóvil en una esquina del cuarto. ¿Qué tanto trabajo realiza el banquito? A escala molecular se observa en él gran actividad, pero todo ese trabajo nada altera, salvo que el banco se va pudriendo o cubriendo de herrumbre gradualmente. Sin embargo, para el estudiante de primer año de física, el solo hecho de que el banco permanezca inmóvil es bien importante. El banco no se inclina de lado ni se desbarata; al estudiante se le enseña que al trabajo realizado "implícitamente" para no caerse de lado, desbaratarse o sufrir calamidades por el estilo, se le llama "trabajo virtual".

La sociedad que mantuviere una población de magnitud constante y asimismo la densidad demográfica relativa potencial, estaría como el banquito, sin realizar *trabajo neto* alguno.

La medida del trabajo neto realizado por la sociedad es el trabajo que representan los incrementos de la densidad demográfica relativa potencial. Ello corresponde, desde el punto de vista de la experiencia individual, al empleo relativamente pleno de la fuerza de trabajo, al

incremento de la producción media de bienes per cápita, al mejoramiento del consumo familiar, al mejoramiento de los servicios de salubridad, a la mayor longevidad, todo ello acompañado del aumento de la tasa de ganancia de operación neta per cápita de la economía nacional en su totalidad. El trabajo neto realizado por la sociedad es lo que solíamos llamar *progreso*.

El progreso, el incremento de la densidad relativa potencial de población, ocurre a manera de adelantos de la técnica aplicada. Ocurre en la forma de innovaciones, más o menos continuas, en la manera de trabajar de la gente. Continuamente se adoptan nuevos procedimientos, nuevas prácticas de trabajo, primero en éste y luego en otro aspecto de la división del trabajo productivo de la sociedad, así como en las actividades relativas a la administración y servicios.

Así que el trabajo neto que realiza la sociedad ocurre sólo en la forma de innovaciones progresivas de la manera en que trabaja la gente.

Si no hay innovación, la sociedad necesariamente se va pudriendo y termina por venirse abajo. El trabajo repetitivo no puede sostener en y por sí mismo la existencia humana. Sólo la constante innovación del carácter de la tecnología del trabajo le puede dar a la sociedad la capacidad que necesita para subsistir. El trabajo realizado por la totalidad de la fuerza de trabajo de una sociedad es el adelanto tecnológico neto del carácter del trabajo en la sociedad.

Por eso medimos el trabajo como expresión diferencial parcial de segundo orden de la función potencial de la sociedad en su conjunto. Medimos la tasa de la tasa de cambio de la tecnología de la producción en relación con la sociedad en su conjunto; tomamos *la tasa de la tasa de cambio* de cada uno de los componentes de la división de trabajo global como una expresión diferencial parcial de la función-potencial correspondiente al adelanto tecnológico de la sociedad en su conjunto. La función-potencial corresponde a la densidad demográfica relativa potencial.

¿De dónde sale ese cambio, esa *tasa de la tasa de cambio*?

La fuente y origen de donde brota esa tasa de la tasa de cambio de la función-potencial son las capacidades creadoras del espíritu humano.

La "geometría" de la vida mental creadora

Analicemos ahora, de la forma más resumida posible, cuál es la naturaleza de las capacidades creadoras de la mente humana. No se trata tan sólo de esclarecer el concepto de capacidades creadoras. Ya en términos prácticos, se trata de mostrar cómo y por qué la política económica de una sociedad está —y debe estar— subordinada a un propósito que va más allá de lo económico. La política económica es tan sólo el medio necesario para un fin, y aquél debe estar en conformidad con éste. Cualquier idea opuesta de la economía es absurda en lo moral.

Lo que estamos diciendo es que el producto final de la práctica social está en el grado de perfección del individuo producido por la sociedad apoyada en el desarrollo económico; que sólo una política cultural, y sobre todo de educación pública, que estimule las capacidades creadoras del individuo social puede producir una población capaz de generar y asimilar progreso tecnológico.

Veamos ahora qué "lugar" ocupa dentro de las experiencias y la actividad conciente del individuo social el pensamiento creador.

La mejor manera de ilustrar el principio es mediante el examen de la relación entre el público y la obra teatral durante la representación de una tragedia clásica. Imaginemos por un momento un público inglés de 1603 que asiste a una de las primeras representaciones del *Hamlet* de Shakespeare, o a los primeros espectadores de *Don Carlos*, *Guillermo Tell* o la trilogía de *Wallenstein* en tiempos de Friedrich Schiller. Podríamos imaginar también a alguien en España leyendo el *Quijote* en la época de Cervantes: imagínense a un Sancho Panza de verdad leyendo el *Quijote*.

Pero concentrémonos en el público de *Hamlet* de 1603.

En 1603 subió al recién creado trono del Reino Unido un títere de los genoveses, Jaime I.

Su ascenso fue resultado de un sangriento golpe de Estado, ejecutado bajo la dirección de los Cecil y su matón, Francis Bacon, entre 1589 y 1603. Todas las esperanzas de la Inglaterra de los Tudor, de Sir Thomas More, de Robert Dudley, de Christopher Marlowe y demás, se habían esfumado. Inglaterra era luego una nación conquistada, un coto de caza de los alcabaleros arrellanados en la City de Londres. La riqueza científica y tecnológica, la cultura de la Inglaterra de los Tudor, estaba en vías de destrucción; el jefe de los salteadores era Sir Francis Bacon. Es como si de repente hubieran impuesto en México a Jimmy Carter como presidente, y toda la gavilla de usureros y matones trilaterales de Manhattan anduviera suelta por toda la república asaltando a los ciudadanos con ayuda de *porros* armados para cobrar los impuestos.

El personaje, "Hamlet", es la reina Isabel I Tudor. Hamlet es una versión estilizada de Isabel I —su mejor lado— mezclada con los errores de Robert Dudley, etc. El tema de la obra es éste: "¿cómo fue destruida la Inglaterra de los Tudor?" Shakespeare pone en escena la conciencia de los sectores gobernantes de la Inglaterra de los Tudor, junto con la imagen especular del público espectador.

Los espectadores de 1603 observan su propia conciencia en el tablado. Lo que están viendo es la manera en que la ideología imperante en la Inglaterra de los Tudor condujo a ésta a su propia destrucción y conquista por los publicanos genoveses. Se ven a sí mismos comportándose como de costumbre; pero también se ven destruyéndose a sí mismos en la práctica, por atenerse a su acostumbrada manera de responder la vida cotidiana.

Al hacerlos reconocer su propia conciencia en el escenario, y al ver esa conciencia desplegarse y desembocar necesariamente en tragedia, se hace que cobren conciencia de su propia conciencia. En ese momento ven que tendrán que cambiar su conciencia, o de lo contrario la tragedia se repetirá por siempre.

Pero eso no es todo lo que ven. Asistidos por "el teatro dentro del teatro", explicado por el soliloquio de Hamlet al final del segundo acto, ven a Hamlet cobrar conciencia de su defectuosa conciencia. Ven que Hamlet intenta cambiar así la conciencia del Rey y de la corte, valiéndose para ello del método de la tragedia clásica. Sólo que, a medida que avanza la representación, también eso fracasa.

No basta con cambiar la propia conciencia. Lo importante es la dirección que se le dé al cambio.

En el aspecto psicoanalítico, el tema ha sido tratado por el doctor Lawrence S. Kubie, en su *Neurotic Distortion of the Creative Process* (1958). Kubie ubica la capacidad de cobrar conciencia de la propia conciencia ordinaria, cotidiana, en el *preconciente* freudiano. El sostiene, bastante correctamente hasta donde deja el tema, que al hacer conciente el propio preconciente —como lo hace Hamlet con el público—, uno puede cambiar la propia conciencia ordinaria.

Sin embargo, eso no basta. Hay que reconocer que la misma preconciencia puede sufrir fallas, en gran medida del mismo modo en que las sufre, de manera sistemática y autodestructiva, la propia conciencia ordinaria. Debemos cobrar conciencia de la propia preconciencia, así como podemos cobrar conciencia preconcientemente de la simple manera característica en que respondemos concientemente a los sucesos cotidianos.

Esa facultad superior de autoconciencia es la que Platón asocia con el concepto de *la hipótesis de la hipótesis superior*. En ese aspecto de la conciencia ubicamos nosotros las facultades mentales creadoras necesariamente aparejadas con los descubrimientos científicos fundamentales.

Lo anterior se puede ver en su debida dimensión desde el plano de los procesos económicos como tales.

En el plano socioeconómico, el progreso tecnológico reviste la forma de innovaciones de la conducta social de poblaciones enteras. El descubrimiento de una "manera mejor" de obtener resultados causa en la mente tal impacto, que la manera antigua de hacer el trabajo (digamos) de pronto parece haber estado "mal" de alguna forma. La manera nueva, pasa a ser "la manera correcta de hacer las cosas".

Pero aquí encontramos una dificultad. “¿Cómo sabemos que ese cambio de manera de pensar y de obrar es bueno? Creemos que así es, pero, ¿cómo estar seguros?”

Hemos cambiado de parecer. Ejercitamos cierta facultad mental para cambiar de parecer. Ejercitamos lo que Kubie llama los procesos preconcientes. ¿Cómo podemos tener la certeza de que nuestros procesos preconcientes no son malignos o simplemente tontos? ¿Cómo se puede juzgar la preconciencia? ¿Cómo podemos comprobar si el juicio preconciente está necesariamente bien o necesariamente mal?

Platón propone el diálogo socrático refinado como método para atacar el problema. Como lo demuestra Leibniz construyendo algunos diálogos platónicos en relación con ciertas cuestiones fundamentales de la física, el método socrático es la esencia del método científico, del método de la Razón Necesaria.

El mismo método socrático es la base de las artes clásicas también. Es la base de las obras teatrales de Shakespeare y de Schiller, por ejemplo, las cuales no son otra cosa que diálogos socráticos en forma teatral. Es el principio de la composición poética clásica. Es el principio de composición empleado por J.S. Bach y, más tarde por Wolfgang Amadeus Mozart y Ludwig van Beethoven. Es el método de composición de las artes plásticas y de la música que prescribe San Agustín. Es el método de composición pictórica, escultórica y arquitectónica perfeccionado por Leonardo da Vinci y la Escuela de Rafael.

En toda obra clásica, sea literaria, musical o plástica, lo que caracteriza la relación de la obra con el público que hace cuerpo en la disposición interna de sus elementos, es el mismo principio que emplea Shakespeare en *Hamlet* apoyándose en “el teatro dentro del teatro”. Las grandes artes clásicas tienen por función elevar al público, no sólo haciéndolos concientes de su propia conciencia sino impulsándolos a cobrar conciencia de la autoconciencia superior.

El gran Wilhelm von Humboldt tuvo muy presente ese principio al elaborar el sistema de educación alemán que lleva su nombre. Todo niño debe recibir una educación rigurosamente clásica, en la cual se nutran sus plenas capacidades antes de recibir educación especializada. Si bien el sistema de Humboldt no alcanzó predicamento colectivo —nos referimos a la población en su conjunto—, y se limitó, desafortunadamente, a la élite profesional de Alemania, comoquiera fue lo que le dio a ese país la preeminencia científica universal de que gozó hasta entrada la década de 1920. La literatura clásica (y en especial la griega antigua), la filología clásica, etc., fueron los cimientos de la proliferación de genios científicos más grande que se ha visto.

Parecerá un poco increíble hoy. Durante el siglo 19, y con raíces en las peligrosas falacias de la filosofía de René Descartes, se produjo el prejuicio, hoy vano y absurdo, de que las artes y las ciencias son compartimentos estancos del conocimiento, gobernados cada uno de ellos por su propio conjunto distinto de principios. Ejemplo de ello es la maligna influencia de la Hermandad Prerrafaelista de John Ruskin y Benjamin Jowett, de la Universidad de Oxford, quienes se empeñaron en imponer el irracionalismo en todas las formas de arte y de la vida política. Ruskin y compañía degradaron el arte y la política con su exigencia de que dejaran de gobernarse por principios racionales y que aceptaran como criterio único el principio hedonista o “utilitarista”.

Hoy tenemos, por ejemplo, la tan deleznable cuan peligrosa propuesta de que la juventud de una sociedad debe recibir solamente la educación que necesita para desempeñar las labores repetitivas que se espera que realice en el futuro, ya sea en su empleo o en la vida doméstica. “No eduquemos de más a los que en el futuro desempeñaran ocupaciones domésticas de cualquier manera”: esa es la divisa de toda la gentuza de esa laya en el mundo. La consecuencia necesaria de semejante criterio educativo y cultural es la de inculcar en los futuros ciudadanos de la nación la incapacidad de gobernarse a sí mismos y la falta de desarrollo de su capacidad de producir o asimilar adelantos tecnológicos.

La función de la cultura clásica es, por lo que ya dijimos, alentar a los ciudadanos futuros a ubicar el sentido de identidad personal en la autoconciencia superior. Una población así educada, para los 16 ó 18 años de edad habrá adquirido ya un grado muy considerable de acceso a las

capacidades del pensamiento creador. El joven que piense de esa manera —desde el punto de vista de la cultura clásica—, para los 16 años ya tendrá la capacidad de convertirse en un pensador científico y en un futuro ciudadano de la mejor calidad, en cualquier república.

En el proceso de formar ciudadanos más nobles, lo cual es el propósito moral de toda república, también formamos seres humanos capacitados al máximo grado posible, hablando en términos relativos, para producir y asimilar adelantos tecnológicos.

¡“El hombre no es un animal”! Ese es el fundamento, la esencia, de la educación correcta de la juventud, de la política de gobierno de cualquier nación. Si le enseñamos a los niños que “el hombre es un animal”, entonces, puesto que matamos y comemos reses, ¿qué tiene de malo matar y comer hombres? ¿Qué diferencia hay entre los hombres en su conjunto y los animales en su conjunto?

Simplemente, el comportamiento de los animales está determinado de antemano por herencia biológica. Un animal sólo puede alterar su conducta dentro de esos límites. Sin embargo, ningún animal es capaz de ordenar conscientemente su conducta en cuanto especie, como sí lo ha hecho el hombre en toda cultura fructífera. Sólo el hombre cuenta con la capacidad de autoconciencia superior, la capacidad de descubrir, con un grado siempre mayor de perfección, la Razón Necesaria de la composición del universo. En esa capacidad superior todo recién nacido participa de una potencia divina. La función de la sociedad es nutrir esa potencia y hacer que lo divino llegue a imponerse sobre el irracionalismo hedonista del niño, en la forma del individuo maduro.

La maduración de la raza humana requiere ciertas mejoras de las condiciones materiales de la vida, en tanto condiciones materiales de la vida. Por ejemplo, ¿cómo se puede lograr que cada joven de 16 a 18 años haya recibido una educación clásica si la productividad y la esperanza de vida de la sociedad es de 40 ó 50 años? Para seguir produciendo individuos de generaciones sucesivas, y para proporcionar las condiciones materiales de vida a nivel individual indispensables para cultivar debidamente la potencia divina de esas generaciones, es indispensable mejorar la tecnología en cierto grado.

Pero, hay otra consideración. El conocimiento de las experiencias repetibles no es conocimiento. Cualquier bestia “sabe” de experiencias repetibles. El conocimiento atañe al orden superior de autoconciencia, a la Razón Necesaria.

Emplear la densidad demográfica relativa potencial como vara de medir, nos permite clasificar jerárquicamente las culturas y las tecnologías atendiendo a su orden y grado de adelanto. No sólo se puede demostrar que esa clasificación establece cierto ordenamiento sino también por qué es indispensable un cierto grado de adelanto tecnológico para superar el previamente alcanzado. No sólo se pueden clasificar jerárquicamente todas las culturas y tecnologías, sino que el progreso tecnológico se puede describir rigurosamente por medio de una relación de orden, como una serie ordenada y progresiva.

Imaginemos por un momento una sucesión ordenada de revoluciones tecnológicas designada A_1, A_2, A_3, \dots . A cada A corresponde una cosmovisión científica cotidiana dominante, en el sentido ordinario de “ciencia”. Cada revolución tecnológica representa el derrocamiento de la ciencia antigua por una nueva. Ello significa que ninguna ciencia característica de una época determinada representa la verdad en relación con el universo en su conjunto, sino que cada adelanto de la ciencia es superior en comparación con el conjunto anterior de creencias científicas en general.

¿Qué es la ciencia entonces? ¿Cómo definirla para evitar esa desventaja?

Cada revolución científico-tecnológica general lleva aparejado un principio de descubrimiento. Cierta manera de concebir el orden legal del universo conduce el proceso de descubrimiento por la senda de las hipótesis demostrables gracias a las cuales se llega a revoluciones tecnológicas. Si estudiamos con detenimiento las revoluciones científico-tecnológicas que han ocurrido sucesivamente en los últimos 2,500 años, descubriremos que cada una de ellas se logró por medio de cierto principio de descubrimiento común a todas ellas, el cual fue formulado por Platón hace unos 2,400 años.

La ciencia, por tanto, no reside en ningún conjunto de creencias predominantes de alguna era científico-tecnológica dada. La ciencia consiste en los principios de descubrimiento que han causado todos los adelantos del conocimiento científico de los últimos 2,000 años. Esa es la hipótesis de la hipótesis superior de Platón. Ese es el principio hipotético que anima la disertación inaugural de Riemann de 1854, titulada "De las hipótesis sobre las que descansa la geometría".

Por tanto, para poder difundir en la población cierta idea de la ciencia, su práctica cotidiana debe estar impregnada de progreso tecnológico. Dando el mayor reconocimiento a las innovaciones útiles de la tecnología de la producción, valoramos a los individuos de la sociedad en razón de sus aportes a la innovación progresiva. De esa manera justipreciamos a las personas por el desarrollo y ejercicio de esa parte de su naturaleza que corresponde a lo divino. También estaremos nutriendo a la sociedad con la experiencia cotidiana que pone en el primer plano de la conciencia la realidad de las innovaciones progresivas. Sacamos a la sociedad de la bestialidad de la monotonía, elevándola al plano de la obra divina del progreso.

El progreso tecnológico no es para la sociedad tan sólo una necesidad material. Este no se puede sustentar si la población no lleva el equivalente de una vida fincada en la cultura clásica, pues el progreso tecnológico es parte de ella. El resultado final es la producción de individuos de mejor calidad. Esa persona, su desarrollo, el cultivo de lo bueno que aporta a la sociedad: ése es el propósito de ser de una república, lo que determina los intereses fundamentales de las naciones y de sus poblaciones.

Algo difícil, pero decisivo

Aunque las funciones matemáticas que requiere el análisis económico son funciones continuas, estas comprenden una serie ordenada de discontinuidades matemáticas.

La aparente paradoja no tiene nada de misterioso. Supongamos que se le aplica calor continuamente a un pedazo de hielo muy frío. En cierto momento el hielo se derrite. Luego el agua se convierte en vapor. La función es continua: constante aplicación de calor. No obstante, la sustancia que se calienta pasa por tres fases continuas: la sólida, la líquida y la gaseosa. El paso de sólida a líquida y de líquida a gaseosa representa cada uno un cambio del estado físico del material. Esos cambios de estado se dan en forma de discontinuidad. Ese es un ejemplo bastante básico de una función termodinámica que comprende una serie ordenada de discontinuidades.

Los procesos económicos son funciones termodinámicas continuas, con una densidad muy elevada de discontinuidades ordenadas. (La econometría, que por lo general no entiende nada del porqué de ese fenómeno, por lo común describe las discontinuidades como "alinealidades"). Sin el instrumental matemático adecuado para el caso, era imposible hacer buena economía matemática.

Por eso no puede haber buena economía matemática si no se basa en la metodología físico-matemática de B. Riemann.

En la profesión, la física de Riemann tiene la falsa reputación de ser esotérica. Pero en realidad, cualquier graduado de bachillerato debidamente instruido puede comprender correctamente todos los aspectos esenciales de la física de Riemann. El problema es que casi todos los egresados de la universidad con licenciatura en física están hoy terriblemente muy mal educados en los rudimentos a que nos referimos. Dichos profesionales se complican la vida innecesariamente, en relación con la física de Riemann, al exigir que ésta se explique de manera tal que incluya supuestos axiomáticos contrarios a su naturaleza y que, de hecho, ya hace mucho que se demostró que son absurdos.

Con todo, estando hoy como están la educación profesional y la opinión popular, ciertos aspectos de lo que expondremos a continuación parecerán penosamente difíciles. ¿Cuáles son los aspectos más importantes de la física riemanniana en relación con el método de pronóstico económico-matemático correcto? Una vez que hayamos concluido ese subtema de la presente

introducción, habremos tocado todos los elementos esenciales que necesita el lector para justipreciar la capacitación de este autor en el campo que nos ocupa. Concluido ello, el resto del capítulo introductorio presente está dedicado a señalar las razones más importantes por las que todas las versiones contrarias de economía política y la econometría producen resultados absurdos.

El estudio del electrón (por Erwin Schrödinger), el encendido de la fusión termonuclear por compresión isentrópica y la comprobación de los cálculos de Riemann con respecto a las "explosiones sónicas", todo ello ha demostrado en la práctica que el universo es "riemanniano" y no como lo pensaron Bacon, Descartes, Newton, Cauchy o Maxwell. Salvo en un aspecto muy importante, las afirmaciones de Einsten al respecto siguen siendo correctas, en lo esencial, hasta la fecha.

En la historia de la ciencia moderna, empezando con el cardenal Nicolás de Cusa y Leonardo da Vinci en el siglo 15, ha habido, empezando con Francis Bacon y el hermetista-espiritista Fludd, dos definiciones de física-matemática que en el fondo son irreconciliables. Todos los aportes fundamentales en la materia, empezando con los de Johannes Kepler, van unidos a nombres como Pascal, Huyghens, Leibniz, Bernoulli, Euler, Monge, Carnot, Gauss, Lagrange, Dirichlet, Weber, Riemann, Weierstrass, Cantor, Max Planck, Felix Klein, etc., y constituyen lo que la usanza británica ha dado en llamar a partir de fines del siglo 17 "ciencia continental". La escuela opuesta, jesuítica o cartesiana, Bacon, Fludd, Newton, Cauchy, Maxwell y demás, —la llamada "escuela délfica"— encuentra sus máximos exponentes en el empirismo británico y el positivismo radical de Viena. No se conoce ningún aporte fundamental en el campo del conocimiento científico humano que haya sido generado por esta última facción délfica.

La escuela de profesionales formados en el empirismo desde luego ha aportado importantes descubrimientos en el campo de la llamada "física matemática aplicada"; Rutherford es un buen ejemplo de ello en el siglo 20. En ocasiones han realizado excelentes obras de ingeniería. No obstante, al examinar la lista de descubrimientos científicos fundamentales de los últimos 500 años, encontramos que todos se han debido a la facción de la "ciencia continental".

No se trata de una mera afirmación contenciosa. Varios equipos de investigadores así lo han demostrado, concluyentemente, después de más de una década de examinar todos y cada uno de los descubrimientos científicos fundamentales de los últimos 500 años, y escudriñar para ello todos los archivos pertinentes de Europa y los Estados Unidos. Tan luego se deja de lado la charlatanería de fuentes de tercera o cuarta mano, como los libros de texto actuales, y se pasa a examinar los escritos mismos de los científicos de la época en la que se realizaron verdaderamente los descubrimientos; la conclusión es terminante.

La mistificación del conocimiento científico, tan generalizada hoy día, se debe principalmente a que se exige que el contenido de la ciencia se explique con verosimilitud (es decir, délficamente) en función de los falsos supuestos implícitos en los dogmas de la facción empirista-positivista de Descartes-Cauchy-Maxwell. No entraremos en detalles al respecto, desde luego. Pero sí es necesario señalar el problema.

La ciencia moderna en su totalidad comienza con un descubrimiento que, hasta donde se sabe, se produjo en el siglo cuarto a. de C. en el templo de Amón en Cirenáica. Un contemporáneo y colaborador de Platón que trabajaba en el templo demostró que en el espacio euclidiano sólo se pueden construir cinco poliedros regulares diferentes. Las consecuencias de fondo del descubrimiento fueron comprendidas y recogidas por Platón en su diálogo *Timeo*. Por eso, esos cinco singulares poliedros se han conocido a través de los milenios como "los cinco sólidos platónicos". La física matemática moderna comenzó con la demostración, por Johannes Kepler, de que el universo está organizado de la manera que dice Platón en el *Timeo*.

El hecho de que sólo puedan construirse cinco poliedros regulares en el espacio euclidiano es prueba concluyente de que se trata de un espacio "acotado" geoméricamente.

A partir de la obra de Gaspard Monge, del maestro de geometría de Riemann, Jacob Steiner,

y del refinamiento de la topología logrado por el propio Riemann, en el siglo 19, sabemos con mucha mayor precisión que antes jamás cuál es la consecuencia física, en la práctica científica, del "acotamiento geométrico". El espacio euclidiano, lo sabemos, es el espacio visible del espacio-tiempo que vemos. Eso es lo que debiera significar "espacio euclidiano" y nada más. Los métodos de la "geometría sintética" de Steiner son la clave para entender lo que estamos diciendo. Descartamos todo axioma, todo postulado, todo método de "prueba" deductivo, todo teorema (todo "L.Q.Q.D"), de los *Elementos* de Euclides. Sólo lo que podamos lograr por construcción, apoyado en los principios de rigor que dictó Steiner a la construcción geométrico-sintética, queda demostrado para el conocimiento. Eso, y nada más, es lo que deberíamos querer decir por "espacio euclidiano".

Las limitantes de lo que podamos construir, o lo que no podamos construir, mediante los métodos geométrico-sintéticos de Steiner, son la base de lo que denominamos "acotamiento geométrico" del espacio-tiempo euclidiano, como se lo recalcó Riemann al gran científico italiano Betti, estudiante y colaborador suyo, en la década de 1860. La demostración empírica de ello fue dada en su totalidad por la obra de Johannes Kepler.⁹

Sólo desde ese punto de vista, y desde ningún otro, se puede dominar el problema, y la solución, de las aparentes "alinealidades" de los procesos económicos.

El inspirador de la ciencia moderna fue el cardenal Nicolás de Cusa. Entre sus colaboradores más íntimos e importantes estaba el gran Leonardo da Vinci. Este y su círculo de colaboradores echaron los cimientos de todo lo que hoy llamamos ciencia moderna, apoyándose especialmente en el programa científico planteado por Cusa. Lo que se desprende de los "cinco sólidos platónicos" fue la columna vertebral de todo de ahí en adelante, desde Kepler hasta Riemann.

Si el espacio físico euclidiano es un espacio geoméricamente acotado, como lo demuestran los "cinco sólidos platónicos", entonces se siguen inmediata y directamente las siguientes conclusiones. Primero, lo que consideramos el espacio visible refleja la realidad, pero no es ella misma. Segundo, el espacio visible no es tan sólo una imagen especular de la realidad, por más distorsionada que sea; el espejo mismo es un elemento integral, si bien subordinado, de la realidad. La imagen que vemos está deformada en conformidad con los mismos principios geométricos cuyo reflejo se nos presenta como la acotación del espacio euclidiano.

Así, por ejemplo, el círculo de colaboradores de Leonardo demostró empíricamente que todo proceso viviente se desarrolla morfológicamente conforme a lo que hoy llamamos proporciones *autosimilares*, como se puede ver, de la forma más rudimentaria, en la concha de un caracol. Dichas proporciones autosimilares de la morfología de los procesos vivientes son congruentes con la construcción de uno de los polígonos regulares planos asociados con los "cinco sólidos platónicos", a saber: el pentágono; la llamada "sección áurea" es característica de la composición de los procesos vivientes en el espacio euclidiano.

Kepler se propuso verificar de una vez por todas la tesis de Leonardo y sus colaboradores, y lo logró.

Primero, apoyándose en el principio de cerradura inherente a la demostración de la unicidad de los cinco sólidos platónicos, Kepler redujo el problema de la esfera al círculo. Inscibió en él polígonos regulares correspondientes a los sólidos platónicos y determinó así los valores musicales, monocordes, correspondientes a los polígonos inscritos.¹⁰ Luego empleó los mismos principios para determinar las *posibles posiciones* de las órbitas planetarias y para determinar si las relaciones numéricas de las velocidades orbitales (afélica y parahélica) constituían una serie armónica de orden platónico.

Los cálculos de Kepler contienen errores marginales —secundarios por completo—, de dos tipos. Primero, Kepler sólo aproximó las funciones elípticas que se requerían (dificultad finalmente resuelta por Riemann). Segundo, los valores musicales que empleó no eran precisamente los correctos; desconocía el orden del dominio complejo que hemos llegado a conocer a través de la

labor de Lagrange, Gauss, Dirichlet y Riemann (en especial). Si se repite el método de Kepler en el dominio complejo, se pueden derivar los valores armónicos mediante métodos geométrico-sintéticos.¹¹

Caben aquí dos observaciones generales con respecto a la vigencia actual de las demostraciones de Kepler.

El método que utilizó para determinar las órbitas solares sigue siendo el mejor que tenemos. La "acción a distancia" de Newton es un fracaso y un engaño.¹² No sólo eran correctas todas las determinaciones planetarias de Kepler (incluyendo las de los planetas que desconocía). Sus leyes se aplican también a las lunas de los planetas; incluso los "visitantes" que entran en órbita después de ingresar al sistema caen dentro de su jurisdicción. Además, las características de la nebulosa en espiral se conforman implícitamente al método de Kepler, y la tercera ley de éste, derivada conforme a la misma metodología que las demás, se aplica incluso a la rotación de la galaxia y del sistema solar mismo, como lo han demostrado ciertos astrónomos mexicanos.

De mayor importancia aún es que Kepler haya demostrado que debió haber existido un planeta que se desintegró en cierto momento, en la misma órbita que hoy conocemos como el cinturón de asteroides. Como lo demostró por primera vez Karl Gauss, a fines del siglo 18, los valores armónicos de las órbitas de los principales asteroides son exactamente las mismas que calculó Kepler en relación con el "planeta desaparecido".

Kepler demostró que la relación causa-efecto no tiene que ver nada con la acción a distancia entre cuerpos del espacio visible; la relación causa-efecto se da "fuera" del espacio visible. En el espacio visible, el orden de los cuerpos y su movimiento se determinan por la geometría característica (el acotamiento geométrico) del "espejo" que aparece como espacio visible a nuestra vista.

Demostró que el orden de lo que vemos en el espacio visible está determinado por relaciones armónicas. Por el orden armónico que se nos manifiesta de entre todos los órdenes armónicos posibles, podemos sacar qué clase de acción real se refleja en el espejo.

Ese fue el punto de vista metodológico que siguió Blaise Pascal en el campo de la teoría de los números, etc. Leibniz adoptó las especificaciones dadas por Kepler para construir el cálculo diferencial y se apoyó en el trabajo de Pascal en materia de series numéricas para llevar a cabo la tarea planteada por Kepler.¹³ El trabajo de Gaspard Monge, maestro y colaborador de Lazare Carnot, en materia de geometría sintética, fue vital para la revolución científica (teoría de funciones, termodinámica) creada por la École Polytechnique que culminó con la obra de Louis Lagrange. Tras la inquisición dirigida en contra de la École Polytechnique por el monárquico Augustin Cauchy, después de 1815,¹⁴ la ciencia francesa tomó exilio en Prusia, bajo el amparo de Alexander von Humboldt.¹⁵ La fusión de la escuela de Gauss con la de Lazare Carnot dio a Alemania la supremacía universal en materia de trabajo científico fundamental hasta la década de 1920.

Lo que no logró Kepler, y no podía lograrlo con los recursos que tuvo a la mano, fue determinar con precisión la naturaleza de esa realidad más abarcadora de la cual las imágenes que se manifiestan en el espacio visible son tan sólo un reflejo distorsionado. La tarea fue consumada, en lo esencial, por Bernhard Riemann, entre 1854 y 1866. Labor complementaria de la de éste fue la de Karl Weierstrass (la generación continua de funciones discontinuas), y la de su discípulo Georg Cantor, en relación con la ordenación de transfinitos. Apoyándose (primordialmente) en el trabajo de Karl Gauss y Louis Lagrange, y bajo la influencia directa de Steiner, Lejeune Dirichlet y (en lo relativo a electrodinámica) Weber, Riemann completó la solución básica del problema planteado por la verificación de Kepler. Merced a la labor de Weierstrass, por un lado, y la de Cantor por el otro, poseemos hoy todo el instrumental matemático-conceptual necesario para abordar el problema de las funciones continuas que comprenden series ordenadas de discontinuidades.

En lo que sigue, concentraremos la atención en los aspectos que atañen directamente a la economía matemática.

Lo que vemos, en cuanto espacio visible, lo llamamos *multiplicidad discreta*.¹⁶ Vemos la distribución de cuerpos en un campo espacial; cuerpos discretos, aparentemente acotados por un "espacio abierto". Medimos la distribución de la acción entre los cuerpos del espacio-multiplicidad discreta de dos maneras: armónicamente (como Kepler) o según lo que comúnmente se denomina "pitagórica generalizada". Por pitagórica generalizada entendemos que si un proceso observado en el marco del espacio visible tiene N variables independientes, entonces debemos medir la acción característica dentro de ese espacio fase por medio de una expresión de la forma pitagórica: $S = \sqrt{x^2 + y^2}$. Así, para N grados, se requiere $S = \sqrt{x_1^2 + x_2^2 + x_3^2 + \dots + x_n^2}$. Puede que ocasionalmente queramos describir lo anterior como una expresión de la "propiedades métricas" del espacio (multiplicidad discreta).

La transformación de Lorentz, la argumentación elaborada por Einstein con respecto a la relatividad especial, etc., son las maneras clásicas de tratar la cuestión.

Comparemos lo anterior con la demostración elaborada originalmente por Kepler, a saber, de que el espacio visible es sólo una proyección reflejada de la realidad: las acciones observadas en la realidad discreta no son causadas por relaciones operadas dentro de ella misma. Lo que vemos en el espejo deformado (el "vemos por espejo, obscuramente", de San Pablo; las sombras de la alegoría de la gruta, de Platón) no obra por causa propia del movimiento que vemos en aquél.

Lo que vemos es la proyección de la acción real que ocurre en una multiplicidad continua: el dominio complejo de orden superior. La interrogante que se nos plantea es la siguiente: ¿cuál debe ser la naturaleza necesaria de ese dominio complejo de orden superior para que se pueda explicar el comportamiento de las imágenes del espejo deformado?

Lo anterior nos lleva al campo de la topología general. La pregunta central de la topología sensata (a diferencia de ciertas variedades lunáticas de topología algebraica) es ésta: de las propiedades de relación observadas en una multiplicidad discreta, ¿cuáles de ellas son también necesariamente propiedades de las imágenes proyectadas de una multiplicidad continua en las de esta multiplicidad discreta?

Las imágenes de objetos discretos en la multiplicidad discreta son necesariamente proyecciones de singularidades de una multiplicidad continua. Sin embargo, si la multiplicidad continua fuera de un orden fijo N , dichas singularidades no corresponderían a cuerpos *eficientes* de una multiplicidad continua. Por eso (y por otras razones) la multiplicidad continua, no puede ser de un orden estático, fijo, N . Tiene que ser una multiplicidad continua, caracterizada por la "integración" de uno por uno —para decirlo en términos abstractos— de sus N grados de libertad, aunque no necesariamente de todos ellos. De ser así, la multiplicidad continua en cuestión reúne las propiedades requeridas. La unidad de acción de la multiplicidad continua es un acto de "integración" tal que la multiplicidad N transita a la multiplicidad $N + 1$.

Todo eso está muy bien, pero ¿cómo lo demostramos empíricamente? Para eso Riemann prescribe el principio del *experimento único*. La tesis de 1859, "De la propagación de ondas planas de amplitud finita" —obra clave para la elaboración del método LaRouche-Riemann—, sirve de prototipo a todo experimento único.

El tránsito de N a $N + 1$ grados de libertad es la más característica de todas las invariancias topológicas que se conservan en la proyección, de la multiplicidad continua de la realidad, al espejo deformado de la multiplicidad discreta. Por tanto, el efecto de la invariancia topológica es observable en la investigación experimental de las imágenes de la multiplicidad discreta. Las transformaciones de ese género sólo se manifiestan cuando ocurre un cambio observable en el espacio fase de la multiplicidad discreta. Los aspectos claves que acompañan la transformación del espacio fase físico, del cambio de fase de un proceso, son los cambios manifestados en relación tanto de las características armónicas como de las que corresponden a la pitagórica generalizada del proceso discreto bajo observación.

Por tanto, en primer lugar, si se puede demostrar empíricamente que los experimentos únicos

se ajustan a lo especificado por Riemann en relación con la ordenación de las multiplicidades continuas, entonces el universo es riemanniano. La demostración por experimento único ya se ha realizado; el universo es riemanniano. En segundo lugar, sólo los experimentos únicos que se concentran en los cambios de fase sucesivos (de N a $N + 1$), nos informan de los aspectos legales, de principios, del universo real. A la inversa, todo principio legal del universo real se comprueba empíricamente sólo por medio de experimentos únicos.

De lo anterior se siguen directamente las siguientes conclusiones con respecto a la ciencia económica.

Primero, el universo en su conjunto es negatoentrópico en grado absoluto. La relación $(N + 1)/N$ es la máxima expresión, la expresión geométrica, de la relación de energía libre. Esa relación, considerada como función continua, es una función-potencial de orden riemanniano. Su integración produce la transformación de una función-potencial de orden N en una función-potencial de orden $N + 1$.

La densidad de flujo energético del universo va en aumento, en el sentido de un sistema cerrado caracterizado por negatoentropía absoluta.

Lo anterior elimina por completo varias trilladas falacias del pensamiento pseudocientífico, y sobre todo la falsa idea de la conservación de la energía —el concepto de la energía como magnitud escalar—, y la noción de que la vida negatoentrópica subsiste a costa del "agotamiento" de un universo entrópico.

En segundo lugar, el progreso tecnológico se da de esa forma, igual, en toda sociedad.

Si sumamos la división social de trabajo correspondiente a la producción y la correspondiente al trabajo "corporizado" en el diseño de máquinas, etc., entonces cualquier economía se puede describir aproximadamente, "instantáneamente", como un proceso de insumo-producto de orden N . El progreso tecnológico siempre implica la eliminación de ciertos elementos de la matriz insumo-producto, pero también implica agregar más elementos nuevos que los que se descartaron. La transformación de la matriz va acompañada del incremento de la densidad demográfica relativa potencial.

De modo que la transformación de la forma N a la forma $N + 1$, así como la correspondiente integración de funciones-potenciales, es lo que requiere el análisis matemático de la función termodinámica. Las integraciones sucesivas de la función-potencial, de manera riemanniana, comprende, en la integración continua, cambios de fase sucesivos de la economía, del tipo de los que al apopléjico, especialista en econometría, se le aparecen en la forma de "alinealidades" del proceso económico.

La situación actual de los modelos LaRouche-Riemann

Hasta la fecha, las varias versiones que se han publicado del método LaRouche-Riemann, y especialmente los pronósticos trimestrales de la economía estadounidense, han sido aproximaciones informadas del concepto original. A partir de septiembre de 1982, sin embargo, las cosas serán diferentes. Ya para el último trimestre de 1982, los pronósticos periódicos se basarán en la forma mejorada de análisis apoyado en el cálculo electrónico.

Aunque el método LaRouche-Riemann ha pasado por varias etapas de perfeccionamiento, y los resultados obtenidos han ido cobrando mayor precisión desde que se produjo el descubrimiento original en 1952, la decisión de emplearlo en la generación de informes con ayuda de computadoras electrónicas se tomó apenas en diciembre de 1978, durante un seminario dedicado primordialmente a comparar los progresos relativos de la Unión Soviética y de los Estados Unidos en materia de fusión termonuclear.

En ese seminario se prestó especial atención al empleo de la consabida tesis de Riemann de 1859 —en la que plantea en términos generales un método basado en experimentos únicos para estudiar la propagación de ondas de choque— en la elaboración de la bomba H en la Unión

Soviética. Aunque ciertos círculos estadounidenses tenían pleno conocimiento de ella, en cierto sentido, sus derivaciones nunca habían sido aceptadas como parte integral del programa de investigación estadounidense. El grupo en cuestión seguía observando, hasta esas fechas (y, de hecho, todavía siguen observando), cierta resistencia refractaria, contraproducente, al respecto, entre los principales sectores de los investigadores estadounidenses. La cuestión era la siguiente: ¿cómo persuadirlos de rectificar su error?, puesto que, de lo contrario, no se podrían resolver eficientemente ciertas dificultades relevantes en materia de fusión termonuclear y cuestiones afines.

Observé que la tesis de 1859 contenía, implícitamente, todo el instrumental necesario para reducir la ciencia económica a una forma adecuada para su manejo por medio de calculadoras electrónicas. Si se pudiera aplicar con buenos resultados al pronóstico económico, pensé, necesariamente resultaría enormemente mejor que lo que producen todas las instituciones públicas y privadas que a ello se dedican. Su éxito serviría, pensé, para ayudar a convencer a muchas personas, y sobre todo a los especialistas en física de plasmas, de la potencia e importancia de los métodos. De inmediato me puse a precisar qué características debería satisfacer un programa de computadora idóneo para aplicar la tesis de Riemann de 1859.

Una proyección del desarrollo de la India, y tres pronósticos trimestrales de la economía estadounidense, consumieron las labores principales de 1979. Estos no se basaron directamente en el método LaRouche-Riemann, sino más bien el método de Riemann sirvió para seleccionar la forma y manera de emplear ciertas aproximaciones informadas. Esas aproximaciones fueron más tarde, después de ciertos refinamiento, la base para obtener los acertadísimos resultados logrados por los pronósticos hasta la fecha. Por otro lado, se han elaborado estudios de México, la República Federal Alemana y otros países.

Las dificultades que hicieron necesario recurrir a aproximaciones informadas han sido varias. La falta de recursos para cubrir gastos de personal y máquinas limitaron el ritmo de progreso. Por otro lado, las dificultades que tuvimos para compilar una base estadística adecuada y confiable, y las dificultades, mayores aún, que presentó la elaboración de datos básicos en relación con las densidades de flujo energético de la producción y las estadísticas demográficas han sido serias. Por último, sólo analizando a fondo, y en términos globales, los aspectos internos de la evolución de la física matemática que culminó con la obra de Riemann, se podían tomar las debidas decisiones con respecto a una serie de cuestiones de procedimiento matemático. Hubo que examinar ciertos archivos descuidados en Europa para desenterrar documentos de trabajo inéditos hasta entonces, al igual que ciertos materiales descuidados pero de gran importancia, para llevar a cabo ese aspecto de la tarea.

Para mediados de septiembre de 1982, se tendrá acceso al instrumental matemático más potente jamás conocido para analizar economías enteras. Más importante aún es que, en lo sucesivo, será posible realizar proyecciones a largo plazo de economías nacionales con una precisión práctica idónea para la toma de decisiones. Nunca antes había sido posible hacer eso, salvo en términos aproximados, como los que elaboró Leibniz para Pedro I o Friedrich List para Alemania.

En razón de ello estamos en capacidad de hacer declaraciones autorizadas, tanto en relación con lo que requieren para su desarrollo económico las economías de Iberoamérica, como con respecto a las perspectivas que se les ofrecen en ese sentido. En cosa de unos treinta años, las economías de Iberoamérica podrían aumentar al doble su población, y, en promedio, multiplicar la producción per cápita por un factor de 5 a 10 veces por encima de lo que es hoy. El cálculo es bastante moderado en comparación a las posibilidades. Estamos en posición de elaborar programas de desarrollo hacederos como esos, con una precisión de pronosticación que deja atrás cualquier otra cosa que se haya pensado, y aun soñado, hasta la fecha.

La falla general de los economistas contemporáneos

Cualquier economista patriota, normal, de Iberoamérica, tendrá poca dificultad para entender, y aun aplicar, el método que prescribimos, puesto que todo patriota del Tercer Mundo es "por

instinto" un "neomercantilista", un futuro practicante del Sistema Americano de economía política.

Economistas como ellos reconocerán de buen grado que la atención que damos a la economía física es correcta. La dificultad con que tropiezan atañe por completo al lado monetario de los procesos económicos.

El problema se expresa por lo común de la siguiente manera: "Lo que usted propone está bien, pero ¿cómo podemos hacerlo en las condiciones en que tenemos que vivir?" Por "condiciones" se refieren, muy especialmente, al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial, al Banco de Liquidaciones Internacionales, al Club de París, a los banqueros de Londres y Nueva York, al mercado del eurodólar.

La cruel verdad es que ninguna nación iberoamericana ha sido soberana, en tiempos recientes, en lo que respecta a crédito nacional, numerario u obligaciones públicas. Los organismos monetarios internacionales han impuesto una dictadura sobre ellas, una dictadura de recrudescida crueldad desde que Henry A. Kissinger organizó la siniestra conferencia de 1975 en Rambouillet. Las condiciones en materia de precio, crédito, moneda y obligaciones, creadas en el mercado mundial y el mercado interno, pasan a ser las "condiciones de vida" bajo las cuales el economista patriota debe tratar de encontrar soluciones de orden físico-económico.

Ello pone serios obstáculos a la economía de las naciones en vías de desarrollo.

Primero, las autoridades monetarias internacionales (apoyadas en amenazas golpistas o de asesinato contra los gobiernos que no les caen bien) no permiten que las naciones subdesarrolladas creen sistemas monetarios soberanos en el ámbito nacional. No les permiten crear por causa propia género alguno de orden monetario interno que permita dar relieve al desarrollo físico-económico.

Segundo, se les limita el acceso al crédito para el desarrollo de la economía física de la nación, pero se les proporciona en abundancia, hablando en términos relativos, para inversiones en materias primas, lo cual a fin de cuentas da por resultado la deformación del desarrollo de la economía física interna, y, con el tiempo, produce efectos desgarradores.

Tercero, a las naciones subdesarrolladas se les prohíbe forzosamente crear instituciones bancarias nacionales y mecanismos reguladores de intercambio y comercio necesarios para hacer que los ahorros generados internamente y que se llegan a invertir, se inviertan en cosas beneficiosas para la nación. De esa manera, la más leve manipulación del tipo cambiario, del diferencial de los tipos de interés, etc., sacan los capitales monetarios de la economía y los llevan al exterior, lo cual hace que el país tenga que depender aún más de la inclemente misericordia de los poderes monetarios y financieros extranjeros.

Cuarto, los dogmas político-económicos que suponen las prácticas monetarias como esas, son fabricaciones de una de dos variedades: británica o vienesa. O la apología del "librecambismo" colonialista de la Compañía de las Indias Orientales británica de Adam Smith (contra la cual riñeron su Guerra de Independencia los Estados Unidos), o las variedades utilitaristas. Como "condición" para recibir un tratamiento más tolerante de parte de las potencias monetarias y financieras internacionales, a las naciones en vías de desarrollo se les exige, de la manera más eficiente, que acepten esos dogmas destructivos.

Veamos a continuación por qué son de suyo incompetentes esos dogmas político-económicos, para luego examinar la incompetencia inherente a la econometría moderna en general.

Urge que los economistas iberoamericanos presten atención a los escritos de los dos Carey, así como a los de Hamilton y List. Nos referimos en especial a las disertaciones de 1819 de Mathew Carey, en las que éste denuncia la maldad del "librecambismo" (hoy llamado "libre empresa")¹⁷ y la obra de su hijo, asesor económico de Lincoln, Henry C. Carey, en la que hace una disección de la economía británica.

Henry C. Carey dio justa importancia al hecho de que la economía británica no era una economía capitalista, por lo menos no en el sentido que cobra el término capitalista en la

Constitución de los Estados Unidos de 1787. Antes bien, la economía británica era primordialmente feudal, con considerables elementos de desarrollo capitalista subordinados al orden feudal. La observación no se apoya sólo en que la forma de gobierno británica es monárquica, o en que la oligarquía con título de nobleza desempeña un papel dominante al amparo de la monarquía. "Feudal", para Carey, era un término de significado estricto y justo en función de los aspectos distintivos de la economía y el derecho británico.

La guerra entre las formas de economía capitalista y feudalista se basa en el conflicto entre la *ganancia* reinvertible, y las tradiciones feudales de *renta de la tierra* y la *usura*. Los capitalistas no nos oponemos a la renta, siempre que ésta sea una forma de pagar por la conservación de mejoras realizadas con anterioridad, por ejemplo, en bienes raíces. Ni tampoco nos oponemos al cobro de interés sobre préstamos que cubra los riesgos actuariales más los costos personales (de banqueros o ahorradores) por concepto del manejo de dichas formas de inversión. Esa renta no es renta de la tierra; esos intereses no son usura.

A lo que sí nos oponemos es a la renta de bienes raíces puramente monopolística y a su equivalente en el préstamo de dinero. Nos negamos a tolerar que el arrendatario cobre una renta arbitraria sólo porque es dueño del terreno: renta de la tierra. Nos negamos a tolerar la monopolización del crédito, del numerario y de las obligaciones financieras, por una camarilla de intereses rentista-financieros privados.

El "libre cambio" hace que por competencia bajen demasiado los precios de los bienes agrícolas e industriales productivos. Los fabricantes y los agricultores logran emparejar los costos con los precios sólo mediante la compensación explotadora del trabajo productivo (incluida la propia labor del agricultor-operador). Eso abate los niveles de la producción e impide que los agricultores e industriales formen una clase más poderosa que la amalgama de los terratenientes feudales y los rentistas-financieros. Al constituirse en potencia financiera dominante en una nación, o en los mercados mundiales, la clase feudal puede corromper a los políticos o comprar gobiernos. Merced a su poder y corrupción, aumentan los ingresos de la renta del suelo, de la usura rentista-financiera, en tanto que las ganancias y los salarios de la producción se mantienen relativamente abatidos.

La tajada creciente de la renta de la tierra y la usura es la causa directa de que los negocios mejoren sólo para derrumbarse cíclicamente. La acumulación de haberes financieros y los cargos contra la sociedad aumenta en relación con la inversión en la producción y la circulación de los bienes recién producidos. Puesto que de la producción salen todos los pagos de la renta del suelo y la usura, cuando éstos aumentan demasiado, en relación con las entradas de la producción, la tasa de ganancia tanto de las inversiones feudales como de las productivas, tenderá a disminuir. Ello conduce a la contracción de los valores, o, de hecho, a la crisis de los mercados financieros. En la medida en que los mercados financieros de propiedad privada dominen la mayor parte del suministro de crédito e inversiones de una nación, su derrumbe causa una depresión económica prolongada.

Eso no puede suceder en una economía capitalista bien fincada. En ese caso el Estado, por mediación del banco nacional, es el único que puede otorgar crédito por encima de los préstamos apoyados en los ahorros depositados ya sea en numerario o en metales preciosos. Si el banco nacional por norma emite crédito a bajos intereses, socava la usura. Si se tasa draconianamente la renta de la tierra, como un ingreso no devengado, se impide que el elemento feudal obtenga parasitariamente acumulaciones de gran escala. No se produce una depresión económica.

El feudalista defiende sus prácticas mediante falacias fisiocráticas. Toda la riqueza, afirma falsamente, proviene en última instancia de la tierra (entiéndase "recursos naturales"). O, como Adam Smith, añade el trabajo de las bestias y del hombre, tratando a éste como ganado de faena. Niega el hecho de que la única fuente y origen de la producción sostenida de riqueza de la sociedad es el desarrollo de las capacidades productivas de los trabajadores.

Es bien significativo el hecho de que toda la economía política británica sea producto de la

Compañía de las Indias Orientales; que por definición sea un dogma económico colonialista. Smith era un agente de la rama escocesa (de Edinburgo) de la Compañía. La primera cátedra de economía política de Gran Bretaña fue creada por la Compañía para su protegido Thomas Malthus. David Ricardo, otro fisiócrata, fue funcionario de la Compañía. Asimismo lo fueron Jeremy Bentham y James Mill. Igualmente John Stuart Mill.

Es como si un grupo de *gángsters* asesinos se apodera de un pueblo y, tras ocuparlo por la fuerza, empezara a predicar le ética, la moral, la perspicacia empresarial y la filosofía de "nosotros, las fuerzas de la sociedad que han hecho bien", a aquellos de cuyo trabajo viven parasitariamente.

Los dogmas británicos niegan el hecho de que la sociedad existe únicamente incrementando la densidad demográfica relativa potencial mediante la realización de adelantos tecnológicos. Los británicos niegan que las capacidades creadoras del pensamiento humano generan riqueza; insisten en que ésta sólo proviene de la tenencia feudal de la tierra y que, en términos generales, la sociedad vive a merced de los terratenientes que cobran rentas arbitrarias. Ese es el aspecto esencial de la "economía política británica clásica."

La economía política británica sufrió una degeneración moral considerable en el siglo 19, con el advenimiento de los utilitaristas: John S. Mill, William Jevons y Alfred Marshall. Mill y Jevons eran francos y sinceros: la única verdad en la práctica humana, repetían, es la forma irracional de los apetitos hedonistas del individuo. La sociedad, machacaban, representa el intento de una horda de tales individuos hobbesianos de optimizar el grado relativo de dolor y placer de sus interacciones. Mill y Jevons repetían que la única base de la economía política es, por tanto, el "cálculo hedonista" de Jeremy Bentham. Repetían que el vendedor y el comprador expresan el grado relativo de placer o dolor de la transacción por el precio de compra-venta. Después de muchas transacciones competitivas, anárquicas, entre compradores y vendedores, decían, el precio de los bienes tenderá a converger, estadísticamente, en un precio que optimiza el placer y el dolor entre todo comprador y todo vendedor.

Salvo por algunos casos de regresión a Smith o Malthus, todos los dogmas económicos vieneses o británicos modernos (Oxbridge, Londres) se derivan de los dogmas radicalmente hedonistas de Mill, Jevons y Marshall. Todo dogma británico se basa en las "teorías de los precios" derivadas del siniestro irracionalismo hedonista.

El desarrollo de la economía física, afirman, debe estar subordinado a los requisitos de un orden monetarista de estilo británico; entretanto nosotros, los republicanos, recalamos que el sistema monetario se debe diseñar y regular para satisfacer los requisitos de la forma más próspera de desarrollo capitalista de la economía física.

La econometría

La econometría moderna se finca en un conjunto de supuestos absurdos, enunciados por John von Neumann. Este sujeto echó mano de tres supuestos, dos de ellos explícitos. El tercero era tan evidente para él, que sin duda nunca se le ocurrió mencionarlo. En primer lugar, afirmó, explícitamente, el proceso económico es un sistema entrópico que se puede describir adecuadamente mediante un sistema de desigualdades del álgebra lineal. El valor determinante de una economía, afirmó además, es el principio hedonista de utilidad marginal. Y, sin declararlo, supuso el dogma cartesiano respecto a la composición del universo en su conjunto. Propuso crear sobre la base de estos supuestos una economía matemática a imagen de su teoría de los juegos.

Toda la econometría moderna se basa en los tristes supuestos de von Neumann.

De las faltas de la econometría la menor es el hecho de que puede lograr un modesto grado de precisión pero sólo en el pronóstico y análisis de las condiciones del proceso económico que no importan un comino para la toma de decisiones. Las únicas "condiciones interesantes" de un

proceso económico son los cambios de fase que la econometría aborrece por considerarlas "alinealidades".

La peor de sus faltas se expresa en el hecho de que trata las entradas de la usura, el tráfico de heroína, de las casas de juego y del soborno político, como si fueran igual de benéficas para la economía que los ingresos derivados de la producción de alimentos, la atención médica, etc.

Ejemplo de ello es cierta estafa perpetrada en fechas recientes por el gobierno de Ronald Reagan.

Después de un período considerable de "reevaluación", el gobierno de Reagan cedió a las demandas de que el Presidente no hiciese nada para cambiar, en lo esencial, ninguna de las posiciones oficiales hasta después de las elecciones parlamentarias de noviembre de 1982. El resultado más importante del acuerdo fue que no se tomaría ninguna medida oficial contra Paul A. Volcker. Como consecuencia, el gobierno publicó un estudio fraudulento en el que afirma que la "recesión económica de Volcker" ha "tocado fondo".

Pero la realidad es que la actividad económica ha disminuido a un ritmo de nueve por ciento anual. ¿Cómo manipularon las estadísticas los falsarios oficiales para hacer que el derrumbe pareciese el comienzo de la recuperación económica?

Se valieron de dos cifras para hacer parecer, estadísticamente, el derrumbe como recuperación económica. En primer lugar se registró un aumento considerable de ingresos por concepto de pagos de interés (resultado del efecto acumulado de la usura política de altos intereses de Volcker). En segundo lugar, los falsarios oficiales sostuvieron, que el incremento de existencias de bienes no realizados que se registró —debido en realidad al abatimiento de las ventas—, representaba un aumento del PNB.

La intención política del fraude era excusar al Presidente de tomar medidas de inmediato para frenar la depresión económica. "Vean", dijeron los mentirosos técnicos en estadística, "no sólo ha logrado Volcker disminuir la inflación, sino que la recesión ha tocado fondo y la economía se empieza a recuperar". Lo que quisieron decir en términos políticos fue esto: "No nos van a pedir que cambiemos una buena política en el momento en que empieza a dar buenos resultados, ¿verdad?"

Fraudes como ese alcanzan proporciones epidémicas en esos métodos de contabilidad nacional de lo que llaman "Producto Nacional Bruto", "Producto Interno Bruto", etc, practicados en la mayoría de los países miembros de la ONU.

El método LaRouche-Riemann es correcto, y los métodos del PNB y la econometría son absurdos, en cualquier circunstancia. No obstante, en el período entre octubre de 1979 y estas fechas, han operado circunstancias especialmente favorables para ponerlo de relieve. En "circunstancias ordinarias", el método de pronóstico LaRouche-Riemann es siempre superior a cualquiera otro en existencia. Sin embargo, la comparación de los pronósticos a corto plazo no sería tan espectacular como lo ha sido desde octubre de 1979, si se hiciera con respecto a "circunstancias ordinarias".

Lo absurdo de los pronósticos econométricos salta a la vista, cuando se trata de pronósticos a corto plazo en circunstancias en que la economía es marcadamente "alineal". La "alinealidad" marcada del proceso económico ocurre cuando la inversión en la producción acusa un elevado ritmo de progreso tecnológico (entiéndase el paso de N a $N+1$, o cuando la economía se está contrayendo a un ritmo acelerado (paso de N a $N-1$). En el primer caso, el proceso económico ha pasado a ser marcadamente negatoentrópico. En el segundo caso, la economía ha pasado a ser marcadamente entrópica. En cualquier caso, sólo el método LaRouche-Riemann ha demostrado aptitud como instrumento de pronóstico aun a corto plazo.

Lo que hizo Volcker en realidad, a partir de 1979 durante el gobierno de Carter, fue lo que había propuesto el Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York en sus estudios de 1975-1976 titulados *1980s Project*. A la estrategia se la bautizó con el nombre de "desintegración

controlada" de la economía mundial. En la primavera de 1979, cuando hacía campaña para obtener el nombramiento de director del Sistema de la Reserva Federal, en Gran Bretaña, Volcker les aseguró públicamente a los amos británicos de los Estados Unidos, que él se suscribiría a la idea de "desintegración controlada", con esas precisas palabras.

Lo que hizo fue desviar radicalmente el flujo de los ingresos, apartándolo de la producción agrícola e industrial y acercándolo a la renta de la tierra y a la usura. Con elevar los tipos de interés bancario de la manera espectacular en que lo hizo, obligó a todo el sistema bancario estadounidense a reestructurar su capital en función de los intereses usureros del mercado financiero. De esa manera creó una situación en la que el sistema bancario privado de los Estados Unidos no podía, por medios propios, hacer que bajaran los intereses. A partir de 1980, sólo el gobierno pudo haber invertido la tendencia. De manera que el capital monetario fue expoliado de las rentas y el capital de operación de la agricultura y la industria (y de los gobiernos federal y estatal también), creando con ello una especie de cadenita de inversiones especulativo-financieras no productivas.

Como resultado del impacto combinado de las medidas de octubre de 1979 y el alza pronunciada de los precios del petróleo que se produjo a finales del mismo año, la economía estadounidense quedó en lo rojo a principios de 1980. Es decir, si tomamos la economía estadounidense como si fuera una sola compañía agroindustrial, la ganancia neta de explotación de esa compañía arrojó un saldo negativo. Los pagos de la renta de la tierra y la usura, los cuales eran mayores ahora, salieron de la "energía del sistema" de producción de bienes. A la compañía agroindustrial de nuestro ejemplo se le impuso un proceso devolutivo, de N a $N - I$.

Ese desangrar a muerte, N a $N - I$, los sectores productivos de bienes, pasó por dos fases generales. La primera consistió en desangrar las inversiones de capital fijo agrícola, industrial e infraestructural. La segunda consistió en reducir al máximo las necesidades de capital de explotación a corto plazo. El ingreso de la economía en su conjunto a esta última fase es lo que fija el invierno de 1981-1982 como la fecha de inicio de una nueva edición de la depresión económica general estilo "Herbert Hoover".

El presente estudio traza un modelo de desarrollo económico *dirigista*, altamente negatoentrópico, para las repúblicas de Iberoamérica.

Por regla general, nada de lo que proponemos se aparta del punto de vista del modelo de economía capitalista del Sistema Americano. Al aplicar las herramientas más poderosas del método LaRouche-Riemann, para desarrollar estrategias y objetivos afines al mismo, mejoraremos enormemente lo que se puede lograr bajo la guía del Sistema Americano de Hamilton. Podremos dominar las dificultades que no podíamos dominar sin ayuda del método LaRouche-Riemann.

Para hacer posible el ritmo de desarrollo acelerado que proponemos, dichas naciones deberán pasar a ser verdaderamente soberanas, tanto a título individual como colectivamente, en lo que respecta a crédito, numerario, banca y obligaciones. El Estado debe ser el rector de la creación y distribución de crédito barato, a largo y mediano plazo, para inversiones en producción de bienes e infraestructura básica.

El método de análisis y pronóstico LaRouche-Riemann tiene, por tanto, las siguientes funciones principales:

1. Facilitar a las repúblicas de Iberoamérica, por separado y colectivamente, un método competente para medir y regular el comportamiento de la economía nacional.
2. Ayudar a los gobiernos a seleccionar las prioridades de la inversión pública (vgr. infraestructura básica), y alentar la privada, atendiendo al conocimiento de las categorías de inversión que serán del mayor provecho relativo al adelanto de la economía en su conjunto.

3. Proporcionar las bases científicas necesarias para ayudar a crear un consenso popular nacional tal que la opinión pública comprenda cuáles son las prioridades del desarrollo y se movilice para ayudar a obtener buenos resultados de dichos cursos de acción, tanto en el sector público de la economía como en el privado.

Si se logra lo anterior se puede iniciar un ritmo acelerado de desarrollo económico. El ritmo de crecimiento será altamente negatoentrópico y solamente se puede medir y regular mediante los métodos de análisis y pronóstico capaces de hacer frente a la alta densidad de discontinuidades que ocurren durante la aceleración negatoentrópica del desarrollo.

2. Tres Opciones de Reorganización de la Deuda

De mantener los Estados Unidos y Europa occidental la línea prevaleciente hoy día, se puede afirmar con certeza casi absoluta que para septiembre de 1982 habrá una bancarrota financiera general en lo que queda del sistema de Bretton Woods. No es otra la opinión de los más encumbrados círculos financieros de Londres y Suiza. Desde el punto de vista técnico, bien se puede creer que, mediante alguna prestidigitación, se podría aplazar la bancarrota financiera general para principios de 1983; empero, semejante arreglo requeriría la participación activa de los caballeros londinenses y suizos ocupados en estos momentos en planear la catástrofe de septiembre.

La bancarrota podría evitarse. Se requeriría que la política monetaria de los Estados Unidos cambie profundamente en este mes. Quizá el presidente Ronald Reagan haya examinado esa posibilidad en lo pasado, pero parece haber perdido la presencia de ánimo para ejecutar cualquier cambio político de importancia antes de las elecciones de noviembre de 1982. Así que se necesitaría una sacudida excepcional para hacer que los Estados Unidos abran los ojos a la realidad de la situación mundial.

Según se ha comportado hasta el momento, el gobierno de Reagan confunde la "opinión pública" con la objetividad científica, la elusión de la desagradable realidad con el coraje intelectual, el aferrarse tercamente aun a insensateces comprobadas, con la firmeza de mando. El Presidente y algunos de quienes lo rodean tienen una patente inclinación al bien, pero nada de Solón, de Alejandro el Grande, del cardenal Richelieu o siquiera de Franklin D. Roosevelt. Con todo, si Reagan se perdiera en estos momentos, las únicas alternativas a la vista resultan desastrosas. Sólo una sacudida que le dé al actual Presidente, con todas sus limitaciones personales, cierta idea de la realidad, podría hacer entrar en razón a tiempo a los Estados Unidos.

Por el momento, hay dos "guiones" principales del desenvolvimiento de la bancarrota financiera mundial que tendría lugar a lo largo del otoño y el invierno próximos. El primero de esos guiones entraña una depresión mucho peor que la de 1931-1933. Para encontrar un precedente de las consecuencias que tendría el segundo de esos guiones, debemos retroceder hasta el siglo 14 en la historia europea.

El primer guión supone el posible incumplimiento técnico de los pagos de la deuda de Europa oriental, más la certidumbre de la suspensión en cadena de los pagos de la totalidad de la deuda del Tercer Mundo. Esos incumplimientos —provocados principalmente por la prolongación de la política monetarista de la Reserva Federal de los Estados Unidos— echarán por tierra buena parte del sumamente irregular "mercado del eurodólar" (1.8 billones de dólares) y golpearán con fuerza todavía mayor al descompuesto sistema bancario de los Estados Unidos.

El ejemplo de la deuda externa de Iberoamérica ilustra un importante aspecto del problema. Esa deuda monta aproximadamente el equivalente de 250 mil millones de dólares. A resultados de la continua y casi vertical disminución del comercio mundial y la reducción de los precios de las materias primas, a lo que se agregan una serie de devaluaciones monetarias impuestas desde el exterior y en gran medida artificiales, es seguro que, dadas las actuales reglas monetarias internacionales, en los meses que vienen se produzca un incumplimiento general de la deuda externa de Iberoamérica. Ni una sola nación iberoamericana podría sobrevivir doce meses más en las mismas condiciones. Sólo por miedo, y confundiendo sus deseos con la realidad, podría algún gobierno iberoamericano suponer que las cosas pintan distinto.

Las instituciones bancarias de los Estados Unidos que más intervienen en los mercados

internacionales son las más expuestas a los avatares del flujo de los petrodólares y la deuda iberoamericana. En el ámbito interno, la liquidez de la banca norteamericana acusa ya índices catastróficos. Libradas a sus propias fuerzas, esas instituciones bien podrían no salir con vida después de recibir un golpe de importancia. El retiro repentino de los depósitos de petrodólares pondría a todos los grandes bancos de Nueva York, con la posible excepción del Morgan Guaranty, al borde de la bancarrota. Cualquier golpe al andamiaje de las obligaciones crediticias de Iberoamérica iniciaría sin falta una sucesión de consolidaciones de pasivos que desataría la bancarrota financiera interna general en los Estados Unidos. Si la crisis de pagos de la deuda iberoamericana y el retiro de los petrodólares se combinan con la crisis del mercado del eurodólar, eso significaría, en las condiciones presentes, el derrumbe general del sistema financiero de los Estados Unidos de América.

Ciertos importantes círculos de Europa, más algunos de los Estados Unidos, planean actualmente utilizar semejante bancarrota financiera de pretexto para someter a los propios Estados Unidos a la dictadura de las "condiciones" de un Fondo Monetario Internacional radicalmente reestructurado. La firma de los acuerdos que concederán al FMI sus nuevos poderes está prevista para septiembre. Si se tolera semejante cosa, de ese plumazo se liquidaría la soberanía de todas y cada una de las naciones que formen parte del FMI.

El segundo guión es más horripilante.

Ariel Sharon, ministro de Defensa de Israel, es no sólo producto del *Kindergarten* de Orde Wingate, sino un agente ideológico británico entrenado por los británicos. Merced a la complicidad de lord Carrington, lord Caradon, Alexander Haig, Sharon y otros tales, tanto el presidente Ronald Reagan como el primer ministro Menajim Beguin fueron engañados, manipulados y superados en capacidad de maniobra. Son de creerse los informes de que Henry Kissinger y George Ball metieron sus sucias manos en este asunto. Son de creerse también los informes de que Haig se valió de canales secretos, previamente establecidos por Kissinger, para orquestar la situación del Medio Oriente. Comoquiera que sea, un grupo terrorista, manejado por una facción de la Mossad dirigida por Sharon, asesinó al embajador israelí en Londres, con la ayuda del MI-5, el servicio de inteligencia británico. Sharon utilizó ese ataque terrorista para llevar a Beguin a aceptar que Sharon podía lanzar una expedición para exterminar a la facción moderada de la Organización de Liberación de Palestina en Líbano.

Aunque el presidente Reagan está, como se dice, que echa chispas por la situación, las presiones del llamado *lobby* sionista —es decir, de gente como Max Fisher—, que amenaza con dañar a los candidatos del Partido Republicano en las elecciones de noviembre de 1982, lo hacen contenerse y no hacer nada más efectivo que intentar aplazar el baño de sangre que Sharon está decidido a llevar a cabo.

Esa es apenas una de las operaciones que coordina lord Carrington. Tras la elección del gobierno socialista de Mitterrand, lord Carrington y el ministro francés del Exterior, Cheysson, pusieron nuevamente en vigor el tratado Sykes-Picot, firmado en 1916 entre Gran Bretaña y Francia. Se trata del acuerdo según el cual esos dos países se dividirían los restos del Imperio otomano, en pleno desmoronamiento. El plan es, a corto plazo, sacar completamente a los Estados Unidos del Medio Oriente. La Unión Soviética sería manipulada para que desempeñe cierta parte en la operación. Los Estados Unidos quedarían fuera del Medio Oriente, Asia oriental, África e Iberoamérica, y la Francia socialista procurará congraciarse con esta última tan pronto se enfrente la ira provocada por su papel en la crisis de las Malvinas.

Por parte de los británicos están también sus sostenidos intentos de cortar los abastecimientos petroleros provenientes del golfo Pérsico, junto con la planeada desestabilización tanto de Nigeria como de México. La finalidad es provocar que los precios mundiales del petróleo sobrepasen los cien dólares por barril y, con ello, el derrumbe de las economías de Europa Occidental continental —particularmente la República Federal de Alemania— y Japón.

La aparente complicidad norteamericana en el espantoso espectáculo de Israel en Líbano va a producir el descrédito completo de los Estados Unidos en el Medio Oriente, así como en otras regiones del globo.

Más al este, las hordas polpotianas de esa criatura del SIS británico llamada Jomeini demuelen la civilización árabe. Por todo el mundo árabe, otras criaturas del SIS, los acharistas de la Ij'wan (la Hermandad Mulsulmana, propiedad de la división árabe del SIS británico), son lanzadas a la insurrección. El agente ideológico británico Sharon prepara el asesinato del rey Jussein, de Jordania, y la creación en territorio jordano de un "hogar palestino", un enclave estilo Bantustan, un *ghetto* de exterminio en el desierto, al que irían a parar los palestinos expulsados del "Gran Israel".

El arrasamiento israelí del Beirut occidental ha de servir para desencadenar el neoacharismo por todo el mundo árabe, una reacción adversa a los Estados Unidos y suspender buena parte de los abastecimientos petroleros provenientes del golfo Pérsico.

Los despliegues "extrajurisdiccionales" de la OTAN

Eso no es lo peor. Se tiene que entender claramente lo que significa el que los británicos hayan logrado imponer en la OTAN la línea de los "despliegues extrajurisdiccionales".

Dicho del modo más simple, la adopción de esa línea significa el reagrupamiento de la OTAN para lanzarse a la guerra en contra de las naciones subdesarrolladas *en general*. Lo que explica semejante línea es el neomaltusianismo del Club de Roma y doctrinas genocidas similares, como las que se exponen en *Año 2000*, de la Chatham House, en *El mundo en el año 2000 y El futuro del mundo*, del gobierno de Carter, y en el informe de la "Comisión Brandt", entre muchos otros documentos.

Las fuerzas conjuntas de la ventanilla norte y la ventanilla sur de las "familias" de la oligarquía negra europea —entre las cuales lord Carrington representa a la Mancomunidad Británica— están empeñadas en la total destrucción tanto de la institución del Estado nacional como de las instituciones que encarnan el progreso de la técnica a escala mundial. El objetivo político de esas fuerzas queda bien descrito si lo llamamos "federalismo mundial maltusiano".

Su propósito es destruir cuantos Estados nacionales existan en cualquier región del globo, por medio de la regresión económica combinada con la proliferación del tribalismo y otros movimientos de insurrección y terroristas "separatistas". Se pretende —como lo plantea el plan Bernard Lewis, patrocinado por Kissinger, para la región del "arco de crisis"— fragmentar las naciones existentes en confederaciones regionales de microentidades "tribales", "étnicas", "religiosas" o "culturales" semiautónomas.

Los gobiernos de las diferentes regiones del mundo se unirían para formar un gobierno federal mundial a partir de la Organización de la Naciones Unidas, cuyos principales organismos permanentes se encuentran desde hace tiempo bajo el control del espionaje británico. La ONU, en yuxtaposición con varias instituciones monetarias y militares supranacionales, se convertiría en una dictadura mundial. Todo lo cual se pretende que quede más o menos consolidado para fines de siglo.

Dado que semejante regresión entraña una drástica reducción de la densidad relativa potencial de población del mundo, se planea desencadenar durante esta década un proceso salvaje y cada vez más acelerado de reducción de las "poblaciones no anglosajonas" del mundo, que culminaría más o menos en las primeras décadas del siglo venidero.

El nuevo orden federalista maltusiano mundial pondría el gobierno del mundo para siempre en manos de una cábala supranacional de "familias" oligarcas rentistas-financieras, que incluyen a las familias de la oligarquía negra con matriz en Venecia, como las viejas familias aristocráticas del Imperio austrohúngaro y de Baviera, a los orleanistas franceses, a las familias oligarcas protestantes suizas (Schlumberger, de Neufier, Mallet, etc), a las familias oligarcas angloholan-

desas y escandinavas, a los Braganza de Portugal y Brasil, más los advenedizos coloniales, como los Morgan, los Moore y los Harriman, de los Estados Unidos.

Que nadie salga aquí con que "no puedo creerlo". Las pruebas documentales del apoyo de la familia Harriman tanto a Hitler como a Mussolini son abrumadoras y concluyentes. Lo que es más: W. Averell Harriman y su familia, bajo la batuta de su señora madre, apoyaron a Hitler en 1932 explícitamente en razón de sus doctrinas de "purificación racial". La familia Harriman y el Museo Americano de Historia Natural, de los Harriman y los Morgan, han sido y siguen siendo los primeros en exigir el genocidio de los pueblos de las naciones subdesarrolladas. No sólo son abiertos partidarios de esa estrategia, sino que representan a las fuerzas principales que vienen peleando con toda energía, en las direcciones respectivas de los partidos Republicano y Demócrata, para que se emprendan acciones inmediatas que desencadenen el genocidio en Asia, Africa e Iberoamérica.

Si bien son precisamente esas fuerzas las que han promovido las campañas de control de la natalidad de las décadas recientes, estos "eugenicistas" no son tan ignorantes de la demografía como para creer que pueden reducir sustancialmente la población mundial en dos o tres décadas por medio del control de la natalidad. Tales campañas han sido tan sólo un método de condicionamiento político y psicológico para "ablandar" a la gente a fin de que acepte las verdaderas medidas que los Harriman y compañía promueven actualmente: *acelerar el ritmo de mortalidad*.

Todos los métodos para diezmar a los pueblos de Asia, Africa e Iberoamérica caben bajo el rubro del "desencadenamiento de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis". Son tres los principales medios de ejecución de esos propósitos: 1) guerra económica y financiera contra las economías de las naciones víctimas (entre otras cosas, las "condiciones" del FMI y el Banco Mundial); 2) guerras, insurrecciones y otras formas de desestabilización tanto de los gobiernos como de las economías nacionales, a fin de sentar las condiciones de la hambruna y las epidemias; 3) el asesinato en masa simple y directo, como el que ha iniciado ya el Pol Pot de Guatemala, Ríos Montt.

Si reducimos la densidad relativa potencial de población de una nación o de una región entera por debajo de las dimensiones reales de la población existente, la hambruna y las epidemias, por sí mismas, reducirán a la población real a una dimensión sensiblemente menor que la ya disminuída densidad relativa potencial de población.

Si añadimos a esto la introducción de formas homicidas de cultos seudoreligiosos —como, por ejemplo, las sectas de los fanáticos irracionalistas Jomeini y Ríos Montt, o la secta cuasireligiosa de Pol Pot, el de Kampuchea—, las ruinosas condiciones económicas y sociales convertirán a esas seudoreligiones en un arma de genocidio, que reducirá las dimensiones de la población muy por debajo de la densidad relativa potencial de población.

Estas no son tan sólo consecuencias demográficas científicamente demostrables; constituyen el propósito conciente de las fuerzas que manejan al FMI, al Banco Mundial, al Club de París, al GATT y al Banco de Liquidaciones Internacionales.

Tomemos como ejemplo a cierto grupo harrimanista que goza de influencia política en Washington, para ilustrar el pensamiento que informa la línea de "despliegues extrajurisdiccionales" de la OTAN. Me refiero el Fondo Draper-Comité de Crisis Demográfica, del cual forman parte los generales Maxwell Taylor y William Westmoreland.

William Draper, creador del Fondo Draper, estuvo entre los asistentes a la reunión celebrada en 1932 en el Museo Americano de Historia Natural —el tercer Congreso Mundial de Eugenesia— para rendir homenaje a la política nazi de "purificación racial", y era ya un íntimo colaborador de la progenocida familia Harriman. Luego, durante la Segunda Guerra Mundial, se hizo general de los Estados Unidos; en esa época colaboró con la Dirección de Bombardeos Estratégicos, que era el equipo estadounidense que planeaba los bombardeos de guerra psicológica contra la población civil de Europa continental. Al final de la guerra, el tal general Draper, asociado a la Dillon Read House de Nueva York, quedó encargado de reeducar a los derrotados alemanes y de dirigir la

constitución del sistema bancario central de Alemania. Así, pues, un promotor norteamericano del nazismo se encargó de "reeducar" a los alemanes.

El general Draper pudo haberse convertido formalmente y por cierto tiempo en antinazi durante la guerra, como lo hubiera hecho cualquier camaleón político oportunista en circunstancias semejantes. Pero nunca abandonó las prácticas que lo movieron a apoyar a Hitler en 1932. El Fondo Draper fue creado para promover las doctrinas racistas nazistoides.

Maxwell Taylor no cesa de decir que la estrategia militar norteamericana debe modificarse para poner en primer plano las "guerras demográficas y de materias primas" contra las naciones subdesarrolladas. Taylor planea exterminar a la mayor parte de los pueblos de la mayoría de las naciones del Africa Negra. Para Nigeria, Taylor propone un trato algo más generoso: su población ha de reducirse nada más a la mitad en lo que queda de este siglo. Taylor propone reestructurar las fuerzas militares de los Estados Unidos para hacer de ellas un aparato consagrado ante todo a librar guerras regionales contra naciones subdesarrolladas.

Las propuestas de Taylor encuentran eco en un variado surtido de legisladores liberales, como los senadores Gary Hart y Edward Kennedy. Se entiende que esas propuestas representan la ejecución militar de la línea genocida de los informes *El mundo en el año 2000* y *El futuro del mundo*, del gobierno de Carter; y cuentan con el apoyo de los elementos del Ejecutivo y del Congreso que respaldan la orientación de esos informes. Tales son la estrategia y los propósitos que lleva implícitos la línea de los "despliegues extrajurisdiccionales" de la OTAN.

Es peligrosamente contraproducente calificar esa estrategia de, digamos, "política norteamericana". Con la excepción de Japón, ninguna de las naciones industrializadas y supuestamente capitalistas del mundo genera la política de su gobierno por medio de instituciones sociales que expresen el interés nacional. La influencia que hayan tenido cualesquiera agrupaciones sociales en la dirección del Partido Demócrata de los EU se desvaneció entre 1968 y 1972; lo mismo sucedió en el Partido Republicano durante y después del *watergate*. Los gobiernos de las naciones de la OCDE no obedecen hoy día a intereses sociales nacionales; obedecen, sobre todo en materia de política exterior y asuntos militares, a facciones supranacionales que, en la mayoría de los casos, tienen lealtades nacionales más bien difusas.

La situación general de los países de la OCDE es que las familias oligarcas supranacionales se han lanzado a conquistar partidos y gobiernos frente a la escasa resistencia de lo que queda de las fuerzas que una vez representaron una base social nacionalista y dieron a sus intereses, encarnados en la política nacional, una definición nacionalista.

Tomemos el caso del actual gobierno socialista de Francia. Ese gobierno socialista es propiedad común de dos fuerzas extranjeras: el Partido Conservador de Gran Bretaña y la ventanilla sur de las familias oligarcas continentales que abarca a los Habsburgo, los Braganza, Los Orleans y las familias rentistas-financieras protestantes franco-suizas (digamos, los Schlumberger, los de Neuflyze, los Mallet). El gobierno socialista de Francia es propiedad, de modo directo, de la Gran Logia de París, Mónaco, Liechtenstein, Roma y Beirut, organización madre de la escandalosa logia Propaganda Due (P-2), de Licio Gelli, quien fuera torturador de la OVRA de Mussolini durante la ocupación nazi. El gobierno socialista francés se compone principalmente de sujetos que, como el propio Mitterrand, son ya socialistas, ya fascistas, según lo pida la ocasión.

Las fuerzas que representan hoy día el interés nacional de Francia son una serie de agrupaciones sociales fragmentadas, ninguna de las cuales conforma actualmente un partido nacional. Tales fuerzas representan, en la mayoría de los casos, la memoria de la persona y las ideas del presidente Charles de Gaulle. El partido gologista lo es casi sólo de nombre, por virtud de la presencia de algunos viejos gologistas sobrevivientes en su nómina. En la actualidad, Londres y Munich se dividen los hilos del RPR, como lo muestra el caso de Jacques Chirac, alcalde de París y vocero del RPR.

Los aspectos principales de la política del gobierno de Mitterrand no se deciden en Francia

o a partir de la manifestación de intereses franceses; esa política tiene origen supranacional, y simplemente se le aplica el barniz retórico adecuado al público francés.

Lo mismo puede decirse, en principio, de la política de los Estados Unidos. Como lo subrayó Kissinger en su discurso público pronunciado el 10 de mayo de 1982 en la Chatham House, de Londres, a partir de la muerte del presidente Franklin Delano Roosevelt la política exterior de los Estados Unidos ha seguido, en lo fundamental, la batuta de Londres. Por supuesto, Londres no estaría en capacidad de manejar directamente la política exterior de los Estados Unidos por medio de secretarios de Estado corruptos, sin contar con poderosas familias oligarcas —como los Morgan, los Moore y Los Harriman—, agentes ideológicos británicos que ejercen un enorme poder en los Estados Unidos.

Tras el quebrantamiento del golismo en Francia, y con la sola excepción de Japón, no hay actualmente ningún sentimiento nacionalista de importancia en las instituciones que deciden la política de las naciones de la OCDE; al menos, no hay nada comparable al sentimiento nacionalista que bulle en la mayoría de las naciones iberoamericanas, en India, etc. En cierta forma, ese hecho se tomó en cuenta en la serie de estudios políticos compilada en 1975 y 1976 por el Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York (CRE), serie denominada *Project 80's*.³ Aplastar las tendencias económicas neomercantilistas de las naciones subdesarrolladas, así como las economías nacionales de la República Federal de Alemania y Japón: tal fue la estrategia que el CRE adoptó en esos estudios. El CRE subrayaba que esa aspiración nacionalista al progreso existente entre las naciones subdesarrolladas es lo que nutre su tendencia neomercantilista. A partir más o menos de 1966-1969, la dedicación al progreso económico y técnico ha sido erradicada de las instituciones preponderantes en la elaboración de la política de los Estados Unidos y Europa occidental.

La importancia práctica de la cuestión que venimos poniendo de relieve es que, en condiciones de conmoción y tensión, es de esperarse que resurjan las tendencias nacionalistas de al menos algunas de las naciones de la OCDE. La catástrofe financiera y económica avivará las exigencias populares de que el gobierno haga algo para remediar esa desgracia. Si logramos encauzar esa insurgencia popular nacionalista en contra de las familias oligarcas supranacionales, será posible garantizar un cambio cualitativo en el comportamiento de algunas naciones de la OCDE en las relaciones Norte-Sur.

En la medida en que los ciudadanos comunes y corrientes de esas naciones vean en las familias oligarcas intrusos supranacionales —digamos, extranjeros, o gente extraña—, y las reconozcan culpables de la desgracia nacional, se podrá anular más o menos el poder de la oligarquía en la política gubernamental. Esa posibilidad es la principal fuente de esperanza de que las repúblicas iberoamericanas sobrevivan.

Negociación colectiva de la reestructuración de la deuda

Entre 1266 y 1268, las fuerzas malvadas que movían los hilos de la Inquisición —las familias oligarcas vencianas— derrotaron a los Stauffer en Italia y forzaron la abdicación de Alfonso el Sabio, rey de Castilla, primo de Federico II. La victoria de la Inquisición desencadenó la jauría de la usura y las sectas seudocristianas en Europa occidental. Los usureros lombardos, ejemplificados por las malvadas casas bancarias de los Bardi y los Peruzzi, apilaron cerros descomunales de deudas refinanciadas sobre los monarcas y deudatarios menores del mundo cristiano.

Para pagar sus deudas a los usureros lombardos, los deudores feudales suprimieron los días feriados de sus siervos y obligaron a un número cada vez menor de siervos a labrar más y más superficie por individuo. Se aumentó el tiempo de trabajo en las tierras del señor feudal; el saqueo del campesinado se fue haciendo cada vez más hábil, más perverso, más cruel. Se impusieron las "condiciones" del FMI y del Banco Mundial.

Para pagar las deudas a los usureros lombardos, los desesperados señores feudales saquearon

a sus vecinos feudales, pidiendo prestado a altísimos intereses a los lombardos para financiar esas guerras.

La intensificación del trabajo en las haciendas llevó a abandonar el mejoramiento de los suelos. Surgieron hambrunas cíclicas, en tanto que la riqueza acumulada —productos e implementos, mejoras de los suelos, ganado— desaparecía. La productividad por hectárea se desplomó. Aumentaron las hambrunas y, con ellas, vinieron las epidemias.

Grandes sectores de la población se vieron arrojados a la vagancia y el bandidaje. Poblaciones que fueron sedes episcopales se convirtieron en pueblos fantasmas. En los cien años siguientes a la derrota de los Staufer, desaparecieron la mitad de las parroquias del mundo cristiano y la población se redujo a la mitad. Los ingleses y otros potentados ahogados de deudas las repudiaron en uso de su soberanía; los Bardi y los Peruzzi se fueron el demonio. Pero el repudio de la deuda llegó tarde: la peste negra, traída por las ratas de las matanzas y depredaciones mongolas en Levante, se extendía ya entre la población, arruinada y exhausta.

Europa se hundió en lo que se ha denominado con frecuencia una “nueva era de tinieblas”, de la cual la civilización europea sólo pudo salir merced al Renacimiento Dorado del siglo 15.

Hoy como en el siglo 14, la bancarrota colectiva de los deudores trae aparejada la extinción de los acreedores. Tenemos que aprovechar hoy día esta costosa lección histórica.

A menos que los banqueros de los Estados Unidos de América sean todos un hatajo de locos o de imbéciles babeantes, terminarán por aceptar una propuesta adecuada de reorganización financiera colectiva de la deuda iberoamericana. Con todo, es muy probable que ofrezcan feroz resistencia a semejante propuesta como no sea planteada mediante la acción colectiva y concertada de varias naciones iberoamericanas de peso.

Examinemos ahora, uno por uno, los aspectos decisivos de esa negociación para reorganizar la deuda.

Para situarnos adecuadamente, empecemos por indicar en qué medida la reorganización de las finanzas de una nación se asemeja y en qué medida es completamente diferente de la reorganización financiera de una gran empresa industrial.

En el caso de una gran empresa industrial que deviene técnicamente insolvente debido a su incapacidad para cumplir con los pagos de las deudas que tiene contraídas, si tal empresa es económicamente viable, va en interés de sus acreedores ofrecerle la reprogramación de la deuda en términos generosos, así como nuevas líneas de crédito a mediano y largo plazo.

En tales casos, podemos distinguir dos grandes categorías de problemas de reorganización financiera. Por una parte están las empresas cuyas normas de funcionamiento no dejan nada importante que desear; la insolvencia provino de alguna circunstancia de fuerza mayor —digamos, una recesión económica— o de condiciones de financiamiento desfavorables. Por otra parte, están aquellas cuya viabilidad esencial es irrealizable sin una reorientación más bien profunda de sus normas de funcionamiento.

También tenemos casos de bancarrota en que la empresa afectada no es económicamente viable de acuerdo con las normas más elementales de viabilidad competitiva. En esos casos, reducimos al mínimo las pérdidas de todas las partes afectadas dando misericordioso fin a la desgraciada lo más pronto posible.

La diferencia reside en que —por más carente de viabilidad económica que pudiere hallarse una nación— sólo que fuéramos Adolfo Hitler se nos ocurriría sacar “por misericordia” a una nación del negocio. No importa cuán quebrada pueda estar una nación, estamos obligados moralmente, en cualesquier circunstancias, a hacerla económicamente viable cueste lo que costare.

En la reorganización financiera del primer tipo, en el que no se requiere modificar significativamente las normas económicas, la administración financiera de la empresa pudo haber cometido diversos errores. Pudo haber destinado demasiados créditos de mediano plazo a inversiones de maduración más lenta, o préstamos de corto plazo a inversiones de plazo medio o largo. Si una inversión empieza a arrojar sus primeros frutos más o menos a los siete años, financiarla

a un plazo de tres años puede ser desastroso. O la empresa pudo haber contraído deudas para cosas que no lo ameritaban, las cuales no tienen justificación real en su operación económica; por ejemplo, inversiones en bienes raíces y cosas similares. O los acreedores pudieron imponerle a la empresa condiciones exorbitantes. O un gobierno torpe pudo haber permitido formas asesinas de competencia o algún *dumping* extranjero, forzando así a la empresa a vender productos fabricados en condiciones competitivas por debajo de su costo de producción. O un gobierno torpe pudo haber permitido que se produjese una recesión o una depresión.

En tales casos, basta con redocumentar las deudas y establecer nuevos calendarios de pagos para reemplazar los documentos y calendarios de pagos vigentes hasta ese momento. Los nuevos instrumentos de crédito reemplazan, o "absorben", a los viejos.

De manera similar procedemos para reprogramar la deuda de las empresas que se encuentran en la segunda categoría que mencionamos arriba. Sin embargo, antes de poder determinar cuál será el calendario de pagos más adecuado, tenemos que formular un nuevo programa de inversiones y nuevas normas de funcionamiento para la empresa. Los resultados que razonablemente cabe esperar de la empresa, de acuerdo con ese nuevo programa de inversiones y esas nuevas normas de funcionamiento, nos dirán cuál sería el ritmo de pagos razonable. De conformidad con ello fijaremos el nuevo calendario de pagos.

En el caso de una nación que técnicamente semeja una "empresa" insalvable, nos atenemos al procedimiento aplicable a las empresas de esta segunda categoría, salvo que el "sentido común" puede recomendar que una gran parte de su deuda sea simplemente condonada, necesidad bastante generalizada entre las naciones "menos desarrolladas" hoy día.

Al negociar cuestiones semejantes, se tiene que tener muy en cuenta el principio de equidad. En buena parte, nunca se hubiesen producido las condiciones financieras que has sufrido las naciones subdesarrolladas después de 1974 de no ser por matones a sueldo como Henry A. Kissinger, que impusieron la irresponsable e incompetente política aprobada en 1975 en la conferencia de Rambouillet y otras reuniones subsecuentes. Muchas de las naciones deudoras fueron forzadas a refinanciar sus deudas a intereses inmoralmemente usurarios y a aceptar otros arreglos demenciales a punta de pistola. . . algunas veces, bastante literalmente, la pistola de Kissinger. Semejante manera de proceder difícilmente podría considerarse buena fe en la contratación de créditos. Si algunos acreedores se quejan de que salen perdiendo de la reorganización de la deuda, se les debe hacer recordar los daños impuestos a los deudores por el depravado Kissinger y otros tales en Rambouillet y conspiraciones semejantes.

Los bancos comerciales de los Estados Unidos más comprometidos en la deuda iberoamericana, por ejemplo, están en su mayoría ellos mismos al borde de la bancarrota técnica, merced a la parte de su cartera representada por deudas que son ya o serán muy pronto impagas. Les proponemos, si se comportan en conjunto razonablemente, ayudarlos a salvarse de la bancarrota mediante el conveniente auxilio del gobierno federal.

Proponemos fijar de mutuo acuerdo una fecha límite a la acumulación de intereses sobre los débitos contraídos por las naciones iberoamericanas. Después de esa fecha, ni un solo rédito se acumulará a esas deudas. Con esa fecha, cada nación deudora entregará a los bancos acreedores paquetes de bonos por un total equivalente al valor acumulado de su deuda hasta ese día. La vieja deuda es así "vendida" por la nueva.

Naturalmente, no es tan simple; pero eso es lo esencial del asunto.

El paquete de bonos entregado por cada deudor a cada acreedor tendrá las siguientes características principales.

1. El tipo de interés que devenguen será apenas simbólico, aproximadamente 2 por ciento anual.
2. La fecha de liquidación del principal de la deuda total será considerablemente posterior a la que señalaban los contratos cancelados.

3. En algunos casos, habrá cierto período de gracia antes de que empiecen los pagos.
4. La maduración del pago de la deuda quedará fijada por las fechas de maduración de las diferentes series de bonos que se emitan.

Por desgracia, es casi inevitable que algunos de los banqueros menos inteligentes empiecen a aullar: "Pero se nos está quitando los intereses que recibiríamos según los viejos contratos". A caballeros tan zafios se necesita explicarles las cosas del modo más elemental: "Intenten cobrar los viejos documentos, y nos obligarán al incumplimiento, caso en el cual sus bancos dejarán de existir". Quizá entonces las conveniencias del nuevo arreglo empiecen a ser evidentes aun a los más lerdos banqueros neoyorkinos.

Hay otras conveniencias importantes que se deben explicar aquí. Vamos primero a señalarlas, para explicarlas en detalle más adelante.

Los nuevos bonos serán de bajo rendimiento, pero podrán descontarse para la emisión de ciertos préstamos nuevos a mediano y largo plazo. De esa manera, los nuevos bonos serán un activo negociable, y los banqueros, si es que son discretos, han de tenerlos por activos de alta estima.

Por medio de la recalendarización de la deuda y su combinación con ciertas medidas económicas concomitantes, los banqueros participantes dispondrán de un muy importante mercado para hacer nuevos préstamos, en condiciones sólidas, en buena parte de Iberoamérica. Estos préstamos quizá no resulten la mar de redituables si se los juzga por los intereses que devenguen como tales; sin embargo, van a arrojar buenos frutos para los clientes de los bancos entre los exportadores norteamericanos de bienes de capital, y, consecuentemente, para los bancos mismos.

Por desgracia, la pudrición del dólar norteamericano y de los bancos comerciales de los Estados Unidos está tan avanzada que esos bancos no podrían apoyarse en sus propios recursos para participar en semejante reorganización de la deuda. Si el problema fuera simplemente la necesidad de reorganizar las cuentas foráneas de esos bancos, lo que proponemos podría lograrse mediante negociaciones con ellos. Lo que proponemos va en provecho de los bancos y de los Estados Unidos, tanto como de las repúblicas iberoamericanas; pero requeriría la simultánea puesta en práctica de la reorganización monetaria y banacria que ya hace rato necesitan los Estados Unidos.

No estamos diciendo que la única esperanza de las economías iberoamericanas sea que los Estados Unidos acepten estas propuestas. Es, con mucho, la mejor alternativa que podemos considerar. Si los Estados Unidos la rechaza por algún tiempo, las repúblicas iberoamericanas tendrán tareas mucho más difíciles, pero las alternativas son tan viables como indispensables. Más aún, como lo demostraremos, los pasos que habrán de dar esas repúblicas para dar lugar a una negociación fructífera con los Estados Unidos son los mismos a emprender si los Estados Unidos rehusaren la reorganización de la deuda que hemos propuesto.

La política monetaria y económica de los EU en la posguerra

Durante la pasada guerra mundial, hubo fuerzas dirigentes de los Estados Unidos, entre las que se contaba el presidente Roosevelt, partidarias de iniciar en la posguerra lo que se dio en llamar el "Siglo Americano". Como se lo advirtió el Presidente al primer ministro Winston Churchill, los Estados Unidos no iban a pelear una guerra mundial con el propósito de salvar al imperio británico por segunda vez (cf. Elliot Roosevelt, *As I saw it*). Más aún, le dijo el Presidente a Churchill, el mundo ya ha soportado demasiado "los métodos británicos del siglo 18", el "libre comercio" y los demás dogmas de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith. La tarea del mundo de posguerra sería valerse de los métodos americanos para dotar de progreso tecnológico a las antiguas naciones coloniales. El Presidente, según lo relata su hijo y ayudante personal,

Elliot Roosevelt, desplegó un mapa del Sajel y expuso a grandes rasgos cómo hacer de esa región árida y semiárida "el granero de Africa".

En su discurso público del 10 de mayo de 1982 en la Chatham House, en Londres, el agente ideológico británico convicto y confeso Henry A. Kissinger habló ampliamente de aquel diferendo político fundamental entre Roosevelt y Churchill. Kissinger no pudo ocultar su regocijo: tras la muerte del presidente Roosevelt, la orientación que se impuso en la política exterior de los Estados Unidos fue la de Churchill. Durante toda la posguerra y hasta nuestros días, aseguró Kissinger, todos y cada uno de los secretarios de Estado norteamericanos —él mismo, el más traicionero bribón de todos— han sido agentes ideológicos del apenas disfrazado imperio británico de la posguerra.

El gobierno de los Estados Unidos traicionó a las antiguas naciones coloniales que Roosevelt estaba empeñado en ayudar a desarrollarse; y traicionó, de hecho, los más vitales intereses de largo plazo de los propios Estados Unidos. Apenas agentes ideológicos británicos del jaez de W. Averell Harriman utilizaron al pobre atarantado de Harry S. Truman para arruinar la maquinaria política del general Douglas MacArthur, no quedó ninguna fuerza organizada capaz de hacer frente a la traición anglófila en los círculos gobernantes de los Estados Unidos.⁴ Salvo por ciertas reminiscencias de los propósitos e ideas de su antiguo jefe, MacArthur, en los del presidente Eisenhower, y, momentáneamente, en los del pronto asesinado presidente John F. Kennedy, los Estados Unidos se han convertido en lo que a menudo funcionarios británicos de alto rango califican en privado, con una sonrisita de jactancia, de "colonia extraoficial".

De haber seguido los Estados Unidos la estrategia del Siglo Americano al término de la Segunda Guerra Mundial, se hubiesen observado los siguientes elementos característicos: (1) el orden monetario internacional de la posguerra, basado en un dólar norteamericano valorado en reservas de oro, hubiese sido la réplica internacional del Sistema Americano de Alexander Hamilton; (2) el aparato productivo norteamericano de tiempos de guerra se hubiese adaptado con rapidez para producir un torrente de bienes de capital de exportación, para sacar a Europa y Japón de la devastación de la guerra y para desencadenar un auge de progreso tecnológico en las que hoy llamamos "naciones subdesarrolladas", auge que tendría por columna vertebral una serie de gigantescas obras de infraestructura como éstas que viene proponiendo desde hace poco el Mitsubishi Research Institute, y todo lo cual representaría un orden mundial congruente con las exigencias de las encíclicas *Populorum Progressio*, dada a luz por Pablo VI en 1967, y *Laborem Exercens*, publicada en 1981 por Juan Pablo II; (3) el tratado de Yalta y los demás acuerdos negociados entre el presidente Roosevelt y el mariscal Stalin se hubiesen ejecutado en el contexto del ordenamiento de los asuntos mundiales acorde con el Siglo Americano, y la Unión Soviética sería un socio comercial del Sistema Americano; (4) la proporción entre las exportaciones de bienes de capital y la producción total de bienes de los Estados Unidos sería poco más o menos equivalente a la de Japón hoy día.

En lugar de eso, los Estados Unidos han sido "el perro americano sujeto a la correa británica", o como dicen, más eufemísticamente, en Nueva York, "los músculos americanos dirigidos por el cerebro británico", toda vez que, su política monetaria, bancaria y exterior han estado sometidas a Gran Bretaña y a agentes ideológicos británicos infiltrados. Como consecuencia, regido por el sistema de Bretton Woods, el mundo de la posguerra no ha vivido más que la trágica restauración de los "métodos británicos del siglo 18", adaptados a las circunstancias políticas un tanto distintas del mundo de la posguerra.

El no poder reconocer que es éste el hecho decisivo del mundo de la posguerra en su conjunto constituye la fuente principal y constante de los peligros que las naciones se autoimponen: al no lograr reconocer el problema más esencial del mundo de la posguerra, problema que es la raíz de todos los demás problemas importantes de las finanzas, la economía y las relaciones internacionales, todos los intentos de resolver estos problemas desembocan necesariamente en el fracaso. Por tratar de remediar los síntomas, a veces dolorosos, sin considerar las causas sub-

yacentes, el mundo se niega a abordar el verdadero problema. Y así, por negarse a entender que los Estados Unidos han sido ante todo "el gigante americano bobo" sujeto a la correa de los depravados británicos, todas las supuestas soluciones a los dolorosos síntomas simplemente permiten que el problema verdadero —"los métodos británicos del siglo 18"— produzca síntomas todavía peores que los que el mundo creyó curar un año antes.

Así, por ejemplo, la tesis central de la tan celebrada obra en tres volúmenes de Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, es a todas luces una imagen torcida de la historia política del México preporfiriano.⁵

El partido liberal de Benito Juárez y sus compañeros se creó en coordinación con su aliado, el partido *whig* norteamericano de John Quincy Adams, Henry Clay, Henry C. Carey, Abraham Lincoln, etc. Si bien los republicanos liberales de México encuentran sus raíces, dentro de la cultura iberoamericana en general, en las iniciativas políticas del rey español Carlos III —y sus aliados antijesuitas de Portugal y Brasil—, la copatrocinadora inmediata del surgimiento de los liberales de México y los *whigs* de los Estados Unidos fue la Sociedad de Cincinnatus, organizada a ambos lados del Atlántico y dirigida por el marqués Gilbert de LaFayette hasta su muerte. Esta tarea política se conjugaba con el patrocinio de LaFayette a la formación de logias masónicas republicanas de corte antibritánico y antiorleanista, según la tradición de los francmasones norteamericanos organizados por Benjamin Franklin, así como con la fundación, obra también de LaFayette, de la masonería negra en los Estados Unidos, los francmasones de Prince Hall originales.

Desde comienzos del siglo 19 y hasta el inicio de la década de 1870, los *whigs* norteamericanos —sin faltar la facción *whig* del Partido Republicano de Lincoln— fueron siempre aliados de los republicanos liberales de México. Ello fue a veces muy difícil, debido a la cantidad de agentes ideológicos británicos —Jackson, van Buren, Polk, Pierce, Buchanan, etc— que ocuparon la Presidencia de los Estados Unidos. Bastan para ilustrarlo las relaciones del general Winfield Scott con los republicanos liberales en medio de la guerra de 1846-1848 entre México y los Estados Unidos.

Ya avanzada la década de 1870, los republicanos liberales de México eran firmes adherentes del Sistema Americano de Hamilton, los Carey y List. Cualquier otra imagen de la historia de México es fraudulenta.

En principio, los mismos rasgos caracterizan la historia iberoamericana del siglo 19 en general.

La lucha fundamental de la civilización europea, de las batallas del siglo 16 en adelante, fue por liberarse de las garras usurpadoras de los venecianos y de sus socios y competidores genoveses, cuyo dominio se fundaba en el manejo de sus marionetas, los Austria (Habsburgo), que pusieron bajo su cetro la península Ibérica, la Borgoña y el Sacro Imperio Romano, dominio mediante el cual los venecianos y sus marionetas sometieron al genocidio a los pueblos de lo que hoy es Iberoamérica. El aspecto central de esa lucha fundamental fue la pelea por liberar a Iberia y al papado de las garras venecianas, pelea coordinada por el padre Joseph Tremblay, el cardenal Richelieu, el cardenal Mazarino (nombrado por el Papa sucesor de Richelieu), y por el heredero político de Mazarino, Jean Baptiste Colbert, todos ellos de Francia. La derrota de los Austria españoles en 1653 y la posterior lucha para hacer cumplir los términos de la paz —la Guerra de Sucesión— fueron factores decisivos en la formación de las profundas raíces de la cultura republicana moderna de Iberoamérica.

A lo largo del siglo 18, la lucha tuvo por motor a la orden educadora de los Padres del Oratorio de Francia e Italia, así como las vastas redes conspirativas agrupadas por Gottfried Leibniz. El ascenso de Carlos III al trono español y la conspiración republicana trasatlántica de 1766-1783 consagrada a fundar, con los Estados Unidos de América, una república constitucional modelo de nuevo tipo, fueron los engranes centrales del gran designio en ese siglo.

Hasta nuestros días, es el vínculo entre la tradición española de Carlos III y sus réverberaciones

republicanas en Iberoamérica —la “matriz” predominantemente católica de la cultura y el pensamiento político— lo que representa el lazo de unión tradicional de todas las fuerzas dirigentes mejor informadas de Iberoamérica. Por razones similares, son las encíclicas *Populorum Progressio* (1967) y *Laborem Exercens* (1981) los documentos que mejor y más eficazmente pueden unir a la conciencia colectiva de Iberoamérica para emprender las tareas que tenemos frente a nosotros en esta crisis. A través del prisma de esos vínculos dieciochescos es como hemos de entender correctamente, hoy día, los profundos cimientos de la alianza forjada entre los *whigs* norteamericanos y los republicanos iberoamericanos en los años previos a 1870; entender el transfondo de la elaboración de la Doctrina Monroe, en 1823, por el secretario de Estado norteamericano John Quincy Adams; y entender la contribución del Sistema Americano de economía política a las luchas de Iberoamérica.

La alianza entre los patriotas norteamericanos —los *whigs*, por ejemplo— y los patriotas republicanos de Iberoamérica se degrada siempre que tratemos de explicarlo según criterios geográficos u otras vulgaridades parecidas. Los patriotas de ambos lados del Río Bravo nunca fundaron esa alianza en motivos geográficos o en algún otro interés oportunista. Hemos estado estrechamente aliados desde el reinado de Carlos III y los empeños del marqués Gilbert de LaFayette. Encarnamos un propósito moral común muy profundo, un gran designio enraizado en la tradición de San Agustín, Carlomagno, Dante Alighieri, Richelieu, Mazarino, Leibniz, Franklin, Schiller, Humboldt y LaFayette. Nuestra misión histórica ha sido fundar en este hemisferio una comunidad de principios entre naciones soberanas para inclinar la correlación de las fuerzas mundiales en contra de esa maldad oligárquica que compendian las “familias” oligarcas de Venecia y Génova.

La gente pequeña —incluidos aquéllos que han carecido de la educación necesaria para madurar en lo moral— piensa sólo en la obtención de “resultados prácticos” a plazo más bien corto y se guía por aspectos sumamente limitados de su experiencia personal o nacional. La gente pequeña olvida que nuestra civilización es un proceso que ha cubierto miles de años y que ha de progresar perpetuamente por obra de las miles de generaciones venideras. Cada uno de nosotros no es más que un momento mortal de ese dilatado decurso; lo que logremos hacer para mantener y nutrir ese proceso de lucha por la perfección humana —según lo resumía San Agustín— es lo que da propósito y significado, no sólo a nuestra efímera existencia individual, sino a la existencia de naciones enteras. No debemos desentendernos de las cuestiones prácticas del presente; pero la verdad es que esas cuestiones prácticas se subordinan a cierto gran designio cuya realización cubrirá varias generaciones. Nuestra misión es crear y fortalecer instituciones que sobrevivirán por mucho a cada uno de nosotros; instituciones de gobierno y de cultura que serán el mejor cimiento para los logros de las generaciones venideras.

Dios salve a la humanidad de esos “líderes políticos” enanos, dizque bien intencionados, que no logran comprender esto.

Lo verdaderamente importante en nuestras breves vidas mortales es, primeramente, saber que pronto todos estaremos en la tumba y que lo único que tiene valor verdadero es lo que nos sobreviva. Si somos discretos, enriquezcamos nuestros talentos para realizar un bien que nos sobreviva, para beneficiar a las generaciones que aún no nacen; procuremos que ese bien cobre vida real y ocupémonos de conformar las instituciones de gobierno y cultura necesarias para nutrir el bien y anular lo degradado y maligno.

El Sistema Americano de economía política no es tan sólo una alternativa al malvado sistema británico de Adam Smith y compañía. El Sistema Americano es el plan de las instituciones económicas de la sociedad nacido del conocimiento de las características de la práctica económica de las naciones que sirven a un bien superior y duradero; un plan destinado a asegurar que el bien sea acrecido y las instituciones parasitarias de la renta del suelo y la usura oligárquicas anuladas, para que las generaciones futuras puedan vivir de acuerdo con el mandato del Génesis, ser fructíferas y multiplicarse, henchir la Tierra y subyugarla, y cumplir ese mandato por medio

de las capacidades creadoras que, en cada individuo humano, guardan congruencia con el poder divino.

No es difícil demostrar que las prescripciones económicas (monetaristas) de los fabianos fachistas Friedrich von Hayek y Milton Friedman, y de la Escuela de Chicago en general, son, a la vez que incompetentes en el campo de la ciencia económica, tan malvadas como las medidas de Volpi de Misurata, del británico Montagu Norman y de Hjalmar Schacht en la vida de las naciones.

Se requiere examinar más detenidamente el problema: von Hayek y Friedman —al igual que el veneciano Volpi de Misurata, Norman y Schacht, sus predecesores— son personalidades malignas hasta el tuétano. De modo parecido, W. Averell Harriman, el obispo Paul Moore y ese falso y degradado sacerdote, el padre Theodore Hesburgh, de la Universidad de Notre Dame, son personalidades absolutamente malignas. No es que cometan errores con consecuencias malignas; no es que sean simplemente gente extraviada: sus motivos mismos son esencialmente malvados. La oligarquía británica tiene motivos esencialmente malvados, no meramente apetitos extraviados. Nos enfrentamos a una maldad poderosamente armada a la que no sólo hay que derrotar sino hacer trizas; una fuerza maligna, literalmente satánica.

Nos encontramos en un breve intervalo de la historia en el que se puede dar marcha atrás a la política monetaria del mundo de la posguerra. Es un período no muy diferente al de la bancarrota de los lombardos del siglo 14. Estos malvados miserables han conducido a su propio orden monetario internacional al borde del derrumbe general. Así que, como lo hicieron en su momento los herederos políticos de Dante Alighieri, debemos aprovechar este momento de crisis en las filas del enemigo, este momento de su máxima debilidad y vulnerabilidad, para destruirlo antes de que sea capaz de consolidar sobre nuevas bases sus instituciones de poder mundial. La victoria es posible, si somos capaces de actuar pronto y en concierto.

Uno de nuestros mayores recursos en esta empresa es la arraigada bondad de casi tres cuartas partes de los adultos de los propios Estados Unidos. Pese a todo, tres cuartas partes de la población norteamericana adulta todavía confían en el progreso tecnológico y en lo que esa confianza implica. Tal confianza ha sido bastante zarandeada pero todavía no ha sido desarraigada. La crisis económica que ahora se les viene encima desacredita a los ojos de esos ciudadanos todas las instituciones influyentes en las que confiaron antes. Durante cierto lapso, buscarán una alternativa nueva, que concuerde con su arraigada fe en el progreso tecnológico.

Tal como todas las tendencias patrióticas de Iberoamérica desembocan en orientaciones prácticas acordes con los principios del Sistema Americano, así sucede con los sectores morales de la población adulta de los Estados Unidos. Sólo si se ofrece esta alternativa —y si se hace a modo de provocar la conmoción política bastante para impedir que sea subestimada—, será factible hacer que los Estados Unidos recuperen la orientación política que caracterizó el período del presidente Franklin Delano Roosevelt.

La historia de los Estados Unidos en la posguerra puede dividirse en términos generales en dos grandes períodos, separados por la etapa de transición que se dio durante el gobierno del impío presidente Johnson, entre 1966 y 1968.

Durante ese breve intervalo transicional, el Instituto Tavistock —la división de guerra psicológica del Servicio Secreto de Inteligencia británico—, presentó a la NASA un informe titulado "Informe Rapoport". El informe lamentaba que la secuela psicológica del trabajo científico técnico de la NASA y programas similares pudiese fomentar, en el conjunto de la población norteamericana, una admiración por la ciencia y la racionalidad que los británicos encontraban deplorable. El informe proponía que la NASA fuese reducida y que se adoptasen medidas para hacer a la población abandonar su buena estima por la ciencia y la racionalidad. Siendo lo que era, Johnson estuvo de acuerdo. Se introdujeron criterios maltusianos, encarnados en ciertos proyectos pilotos, en el aparato del Poder Ejecutivo del gobierno norteamericano, criterios que pasaron a ser decisivos

en la formulación de la política del país a partir de 1969, durante el período del "presidente en funciones" y agente ideológico británico Henry Kissinger.

En ese mismo período (1966-1968), Johnson y el presidente de la Reserva Federal, William McChesney Martin, iniciaron el proceso de destrucción del dólar norteamericano con el acuerdo alcanzado en la conferencia monetaria internacional celebrada en Washington en marzo de 1968. Ese fue el preludio de las estupideces, todavía más desastrosas, cometidas por Nixon, Connally, Volcker y Reuss a partir del 15 de agosto de 1971.

Gracias al papel clave que jugó en la guerra árabe-israelí de 1973, Henry Kissinger organizó la crisis de los precios del petróleo de 1973-1974, en beneficio del cártel petrolero de Londres. Con apoyo en la conmoción causada por esa crisis, se lanzó la locura del "ahorro de energía", que sirvió para afianzar todavía más los criterios maltusianos, y se impuso firmemente, como principio político rector, el dar impulso a un proceso general y cada vez más acelerado que desembocaría en una tal "sociedad posindustrial".

La presente situación financiera y económica es, en lo fundamental, resultado del desorden monetario de después de 1971 —por ejemplo, la importancia del desgobernado mercado del eurodólar— y del salvaje ataque que han sufrido las bases económicas del orden monetario so capa de la campaña maltusiana en pro del establecimiento de una "sociedad posindustrial", también llamada a veces "sociedad de la información".

El que se haya tolerado tal impulso a la "sociedad posindustrial", ayudado por la corrupción de un número creciente de jóvenes por medio de la contracultura del rocanrol, las drogas y la promiscuidad sexual, ha hecho posible que los partidarios del genocidio como los que rodean a Harriman lleven a los Estados Unidos al extremo de tolerar una estrategia de "guerras demográficas y de materias primas" contra la integridad de Iberoamérica y Africa y contra buena parte de Asia.

Tal estructura política, afianzada a partir de 1966 en los Estados Unidos, tiene que ser destruída, prácticamente extirpada, mediante la fuerza del estallido de la nueva depresión, que representa un momento de vulnerabilidad del dominio que ejercen las familias oligarcas anglófilas con matriz en Manhattan sobre la orientación y las decisiones políticas de los Estados Unidos.

Consideremos, en forma sumaria, el género de medidas que el presidente Reagan y el Congreso norteamericano estarían obligados a hacer ley durante agosto de 1982 para evitar que una bancarrota financiera general destruya los restos de la economía norteamericana entre septiembre y octubre de 1982. El esbozo tiene un doble propósito. Indica qué se debe negociar con los Estados Unidos y su sistema bancario. A la vez, da un modelo de las reformas monetarias necesarias en las repúblicas de Iberoamérica y en sus relaciones mutuas.

La reforma monetaria de urgencia en los EU

Se podría detener la depresión en los Estados Unidos casi inmediatamente e iniciar una recuperación acelerada si el Presidente y el Congreso tuvieran la suma de inteligencia y moralidad necesaria para poner en ejecución las siguientes medidas durante agosto de 1982: (1) los Estados Unidos deben volver a basar sus reservas en oro, dando al oro monetario un precio de aproximadamente 500 dólares la onza; (2) se debe decretar una reforma bancaria general y completa, cuyo elemento principal sea la "nacionalización" del Sistema de la Reserva Federal para hacer de ella, de hecho, el Tercer Banco Nacional de los Estados Unidos; (3) la capacidad del sistema bancario privado —considerando tanto los bancos nacionales como los extranjeros que operen dentro de los Estados Unidos— para otorgar préstamos debe quedar limitada rigurosamente por la ley a dos renglones únicos: (a) el préstamo de sus depósitos en efectivo o en metal en lingotes, y (b) el empréstito de papel moneda emitido por la Tesorería de los EU y valorado en oro, para ciertos renglones de inversión previamente aprobados, de mediano y largo plazo, en el país y en

el extranjero, para producir bienes agroindustriales por medios técnicos modernos o para crear infraestructura económica básica.

Los Estados Unidos de América tienen esta potestad soberana, constitucional e inalienable, de la cual es depositario el Congreso, según ordena, en su sección octava, el artículo I de la Constitución. Dígase lo que se dijere, el espíritu de la Constitución de los Estados Unidos de América es absolutamente claro en esta materia: el Sistema de la Reserva Federal existe y funciona en violación inequívoca de la ley fundamental de los EU.

Examinemos ahora más en detalle las reformas legales necesarias, para pasar, una vez hecho este repaso, a la cuestión del sistema de reservas de oro.

Los costos y gastos de la producción de bienes de cualquier economía nacional tomada en su conjunto están formados por la suma de (1) los bienes de salario consumidos por las familias de la porción de la fuerza de trabajo total dedicada a la producción y distribución de bienes físicos; (2) los costos, en bienes de capital, de la producción y distribución de bienes agroindustriales recién producidos; (3) los costos y gastos de los servicios y labores administrativos necesarios (los "gastos generales" de esa economía nacional, considerada como si fuera una empresa agroindustrial consolidada).

Si la empresa agroindustrial consolidada —la economía nacional— produce una ganancia neta de operación, el precio del total de los bienes producidos excede la suma de los costos y gastos de producción de esos bienes (es decir: la suma $1 + 2 + 3$). Así pues, la ganancia neta de operación de una economía nacional aparece siempre encarnada en (1) bienes que sobrepasan los costos y gastos de la producción del total de bienes; (2) capacidad de producción ociosa, al margen de estos costos y gastos; (3) fuerza de trabajo ociosa, al margen de estos costos y gastos.

Del lado monetario del proceso económico, los costos y gastos designados " $1 + 2 + 3$ " aparecen como la masa de dinero implícitamente puesta en circulación por la producción y distribución de la totalidad de los bienes recién producidos por la empresa agroindustrial consolidada. Consecuentemente, la producción y la distribución no generan la suficiente circulación monetaria para "volver a comprar" el total de la riqueza producida y mantenida por la producción.

Para cubrir el déficit monetario de la circulación, la sociedad dispone sólo de dos posibles fuentes de crédito: (1) el crédito de los vendedores a los compradores; (2) el papel moneda emitido (en la forma correcta) por los órganos gubernamentales de crédito público. El préstamo que hacen las instituciones bancarias del dinero depositado en ellas no resuelve, en principio, el problema de realizar el total de la producción que excede los costos y gastos que la engendraron.

Algunos imbéciles —los solidaristas, por ejemplo— han propuesto reducir los precios de modo tal que la suma de los precios del total de los bienes se mantenga igual a " $1 + 2 + 3$ ". En otras palabras, que no haya "energía libre" alguna en el proceso económico. En la práctica —como lo supone el hecho de que el dogma solidarista es criatura de las "familias" oligarcas— la verdadera intención del solidarismo es eliminar las ganancias de la producción a fin de aumentar las tajadas de los rentistas y usureros.

La emisión estatal de papel moneda destinado a préstamos es de importancia vital. Y es que la extensión privada de crédito de los vendedores a los compradores no puede servir, a la larga, de fuente bastante de crédito para inversiones a mediano o largo plazo.

El préstamo de papel moneda por parte del Estado a largo plazo con una tasa prima de interés de no más de entre 2 y 4 por ciento es la piedra angular de una economía saludable.

No hay si no dos alternativas: o el Estado satisface esa función o las familias oligarcas controlan un sistema bancario central gobernado por particulares. En tal caso, como sucede con el sistema de la Reserva Federal de los EU, el "factor multiplicador keynesiano", genera "dinero" ficticio, "dinero" financiero sólo existente en los libros del sistema bancario privado.

Tal es la quintaesencia del sistema bancario central británico y de los sistemas financieros y monetarios internacionales que han dominado las plazas internacionales desde la década de 1870. La tendencia natural de semejantes sistemas bancarios centrales bajo dominio privado es

generar a largo plazo, y también a corto, inflación monetaria y ciclos de auge y desplome de los negocios.

El problema no consiste tan sólo en que el sistema se encuentra bajo dominio privado. Eso es malo de por sí. Pero el problema es que se trata del dominio de los fondos familiares de las familias oligarcas, que hacen de ese dominio del sistema bancario central un arma política en beneficio de los intereses oligárquicos: avalúos ficticios de la renta del suelo capitalizada y el refinanciamiento usurario del endeudamiento público y privado: he aquí la clase de préstamos a los que destina un sistema bancario central como ése el "dinero" ficticio, sólo existente en libros, que engendran los procesos "multiplicadores" keynesianos de la inflación monetaria.

Como resultado de ello, el crédito fluye cada vez más y con preferencia a inversiones que nada tienen que ver con la producción de bienes, mientras disminuye el que va a las que sí los producen. La renta del suelo capitalizada y la usura gozan de su tajada de las ganancias que producen tanto las inversiones no productoras de bienes —digamos, la especulación con bienes raíces— como el refinanciamiento de deudas, tajada que se agiganta cada día más al lado de las ganancias de las actividades productoras de bienes. Tal es la causa de la inflación monetaria general y del desplome cíclico de los negocios.

La manera de remediar esos problemas es proscribir el "multiplicador keynesiano", fuente de origen de la inflación y las depresiones. A excepción del crédito extendido por los vendedores de bienes nuevos y servicios a sus clientes, la creación de crédito dentro de una economía nacional debe ser privilegio exclusivo del Estado y limitarse a la emisión de papel moneda de curso legal de los órganos de crédito público de la república.

Ha de haber sólo tres renglones de crédito interno legalmente permisibles: (1) el que extiendan los vendedores a los compradores, crédito privado, nunca monetario; (2) el préstamo de sus depósitos de dinero o metal en lingotes por parte de las instituciones bancarias privadas; (3) el préstamo de las emisiones nuevas de papel moneda de curso legal puesto en circulación por los órganos de crédito público de la república.

Existe una fuente más de crédito: las divisas extranjeras que toman prestados, ya el banco nacional de la república de propiedad estatal, ya importadores privados. En las economías subdesarrolladas de nuestro tiempo, sería aconsejable que el banco nacional, propiedad del Estado, ejerza el monopolio de la toma en préstamo de divisas extranjeras y que las administre siguiendo las normas que regulan el préstamo del papel moneda de nueva emisión, también monopolio suyo.

El préstamo de ese papel moneda debe ser *dirigista*.

- (1) El papel moneda de nueva emisión sólo se podrá prestar para renglones de inversión previamente autorizados por la ley o mediante los poderes que ésta confiera al Ejecutivo.
- (2) El papel moneda de nueva emisión constituirá por lo regular un determinado porcentaje del total de cada préstamo negociado entre un prestatario individual y un banco, pudiendo ser este último un banco privado o el propio banco nacional. Los porcentajes permitidos, según la clase de préstamo, han de ser fijados por la ley en calidad de norma general.
- (3) Los préstamos de papel moneda de nueva emisión deben ser por lo regular de mediano o largo plazo, y su objeto la producción agrícola o industrial por medios técnicos avanzados o el mejoramiento de la infraestructura económica básica de la nación.
- (4) La capacidad de otorgar préstamos para otros renglones provendrá de los depósitos regulares en bancos privados o en instituciones de ahorro gubernamentales. La masa de dinero en circulación quedará regulada mediante la admisión de dinero a la circulación

sólo por intermedio de las inversiones para producir bienes, de modo que la masa del circulante y la masa de los bienes puestos en circulación se hallarán en equilibrio.

La finalidad de prestar dinero de nueva emisión, con las restricciones señaladas, es que los prestatarios mercedores de crédito por su desempeño puedan, en tanto empresarios inversionistas, dar empleo productivo a las porciones de la ganancia neta de operación de la economía en su conjunto que cobran cuerpo en forma de bienes ociosos, capacidad productiva ociosa y fuerza de trabajo ociosa. Los mecanismos crediticios, los mecanismos bancarios de la economía, se han de idear con la mira puesta en encauzar la reinversión de los bienes y la capacidad de trabajo que forman parte de la ganancia neta nacional de operación —la energía libre— a la expansión cuantitativa y el mejoramiento tecnológico de la producción de bienes.

Habrá que complementar estas medidas crediticias, monetarias y bancarias con las correspondientes normas fiscales y arancelarias. Para hablar de política fiscal, convendrá distinguir entre política impositiva y presupuestaria. Para hablar de política arancelaria, convendrá distinguir entre impuestos comerciales internos y tarifas aduaneras.

La política impositiva tiene dos grandes propósitos: (1) suministrar fondos suficientes al erario; y (2) arrancarle a rentistas y usureros el botín que pretendan acumular, a fin de favorecer la inversión en la producción de bienes y en el mejoramiento de la infraestructura básica. Cualquier porción de renta que resulte ser renta del suelo debe ser absorbida por los impuestos, y lo mismo las ganancias usurarias. Además, debemos configurar medidas impositivas dirigidas a salvaguardar el bienestar familiar y a dar condiciones preferenciales a las inversiones que más patentemente redundan en provecho de la nación.

Los aranceles aduaneros y los impuestos al comercio interior comparten el propósito común de proteger los renglones esenciales de la producción agrícola e industrial de la nación. Su función más importante, en lo que a ello se refiere, es garantizar a los productores competentes un margen razonable de ganancia reinvertible, por encima de sus costos de inversión y operación. Con ese propósito, conviene fijar precios justos para regular el mercado interno, e intervenir para evitar la entrada al mercado nacional de productos extranjeros a precios indebidamente bajos ó la venta de productos nacionales en el extranjero a precios reducidos artificialmente.

Para las economías de las naciones subdesarrolladas, la política arancelaria tiene que ser complemento indispensable de las medidas destinadas a evitar las fugas de capitales. No debemos permitir las compras excesivas de bienes extranjeros de importancia secundaria que merman nuestra capacidad de adquirir en el exterior bienes de capital necesarios, o que vulneran la capacidad de cumplir nuestros compromisos financieros. A fin de regular esta importante área de actividad, se requiere un sistema de permisos de importación y exportación, cuyo funcionamiento debe contar con el auxilio del banco nacional de la república.

El Acuerdo General de Comercio y Aranceles (GATT) es una abominación. Es, de hecho, una agencia de los intereses británicos, que se ha arrogado la facultad de invadir la soberanía de las repúblicas en materias en las que ninguna república debiera permitir tales intrusiones. Si el GATT y quienes lo apoyan alegan que "estamos para garantizar el libre comercio", respondá-mosles: "Vayan a disfrutar de su estúpida inclinación por el libre comercio a su propia casa, que, por más que nos dé risa su necedad, no vamos a inmiscuirnos en su derecho soberano de rebuznar a sus anchas".

Ello no obsta para que, en particular las naciones iberoamericanas, y las repúblicas en general, aprovechen las conveniencias de firmar entre sí acuerdos duraderos sobre ciertos aspectos comerciales decisivos. Tales acuerdos pueden semejar acuerdos de trueque multilaterales y a largo plazo. Colombia pudiera estar interesada en vender carbón a Brasil por un período prolongado a cambio de algunos bienes de capital indispensables. La firma de acuerdos multilaterales de división internacional del trabajo —en especial acuerdos Sur-Sur— pueden ayudar a transformar una

sucesión de economías débiles en una poderosa asociación. La cuestión es que no se invada la soberanía de ninguna de las repúblicas participantes.

Si los Estados Unidos entraran en razón, bien podrían ser parte de acuerdos comerciales de esa clase en las relaciones Norte-Sur.

Se calcula que, si el Presidente y el Congreso de los Estados Unidos decretaran las reformas más urgentes durante agosto de 1982, se requeriría que la Tesorería de los Estados Unidos emitiera unos 400 mil millones de dólares en billetes denominados contra reservas de oro, que serían absorbidos con bastante rapidez por los créditos dirigidos a inversiones atractivas en la producción interna y el comercio exterior. Se pondría alto a la depresión, y la economía de los Estados Unidos empezaría a recuperarse.

Las tres alternativas, vistas en detalle

Si los Estados Unidos encontraran de repente su pérdida cordura y adoptaran en agosto de 1982 las reformas que hemos señalado podríamos confiar razonablemente en la posibilidad de detener la depresión mundial en el invierno de 1982-1983. No sería difícil, en semejantes circunstancias, que el gobierno de los Estados Unidos contribuya a reorganizar la deuda iberoamericana según las normas que hemos propuesto aquí. Hagamos un rápido recuento de los principales aspectos de esta alternativa, para pasar luego a examinar las dos que quedarían si los Estados Unidos siguen careciendo de la cordura para actuar del modo propuesto.

La primera preocupación de los Estados Unidos debe ser dar ocupación nuevamente, en cosa de meses, a unos cinco millones de los trabajadores que han perdido su empleo merced a las medidas demenciales de Paul A. Volcker. Eso no quiere decir que con eso queda cumplida la meta norteamericana de reemplazo. Reemplazar a cinco millones de trabajadores sería apenas el mínimo necesario para hacer que la situación económica de los Estados Unidos cambie cualitativamente; que la producción cubra los gastos y haya estabilidad fiscal. Alcanzada esa meta, se podrá ir empleando a paso rápido y seguro a mucha más gente, hasta absorber unos diez millones de trabajadores más hacia mediados de la década.

No sería correcto pretender que los Estados Unidos traten de reemplazar a sus trabajadores dándoles sobre todo ocupación en servicios que requieren mucha mano de obra y en labores administrativas. Si de servicios se trata, se debe poner el acento en el reemplazo de profesionistas calificados de áreas muy bien delimitadas: físicos, químicos, médicos, educadores científicos y otros profesionistas que desempeñan tareas vitales para impulsar el progreso técnico de la fuerza de trabajo y del conjunto de la economía. Fuera de los profesionistas de esas áreas esenciales, el gobierno de los Estados Unidos debe concentrar sus esfuerzos en dar de nuevo ocupación a los agricultores que emplean métodos modernos y a los trabajadores calificados y semicalificados de la industria, la minería, la construcción y el transporte.

Ciertos estímulos se hacen necesarios. Los Estados Unidos tienen que dar marcha atrás a la liquidación de sus granjas, lo cual exige una moratoria de los pagos de las deudas de éstas y la inyección de créditos baratos, así como la fijación de precios de garantía equiparables a los del Mercomún Europeo. Y tienen que emprender grandes obras de infraestructura básica, que significarán un atractivo mercado para la industria privada. Entre esas obras de infraestructura se han de contar por fuerza las más de cien plantas nucleoelectricas cuya instalación ha sido parada por los locos de los "ecologistas"; la reparación de vías férreas, puertos e infraestructura marítima; y grandes obras hidráulicas. Probablemente sería un buen estímulo interno que el gobierno diese créditos, a un 2 por ciento de interés, para invertir en la construcción de dichas obras.

Los estímulos económicos internos se tendrán que complementar con los que comporta el comercio exterior. Los Estados Unidos deben negociar con las naciones subdesarrolladas la realización de una serie de obras de infraestructura moderna que urgen a esas naciones, plantas

nucleoeléctricas entre ellas. Los Estados Unidos deben comprometerse a proporcionar cierto porcentaje de la inversión total necesaria para construir y poner en operación esas obras, mediante créditos de mediano y largo plazo a dos por ciento de interés anual. Ello se traduciría en demanda de bienes de capital norteamericanos.

Sería sensato —y es probable— que un cierto número de naciones exportadoras, como Japón y la República Federal de Alemania, procuraran tomar parte en esas empresas y dividirse el trabajo con los Estados Unidos. Simplemente con Iberoamérica, India, otras naciones asiáticas y otras cuantas regiones subdesarrolladas más, tenemos un mercado potencial que fácilmente puede pasar de los 200 mil millones de dólares de bienes de capital por año. Tan sólo México, por dar un ejemplo, necesitaría comprar cuando menos 20 mil millones de dólares al año de bienes de capital. Brasil necesitaría importar cada año bienes de capital por 40 mil millones de dólares, Argentina unos 10 mil millones e India entre 50 mil y 100 mil millones, todo lo cual da idea de las posibilidades existentes.

Aunque aumentar en 100 mil millones de dólares al año sus exportaciones de bienes de capital puede parecer para los Estados Unidos apenas un pequeño porcentaje de su producto nacional bruto, recuérdese que la fuerza de trabajo que produce bienes hoy día en los Estados Unidos se ha reducido a menos del 30 por ciento del total de la fuerza de trabajo empleada, y que ese menos del 30 por ciento carga con el "gasto general" que representa el 70 por ciento restante, más el parasitismo de la drogadicción, la "industria" de la pornografía y el salvaje saqueo de la economía y del pueblo por parte de rentistas y usureros. Cien mil millones de dólares más al año de exportaciones de bienes de capital de la industria norteamericana significan una mejora cualitativa de la economía nacional. No sólo traerían aparejado un importante aumento del empleo en la producción de bienes, sino un incremento sustancial de la utilización de la capacidad instalada y del ritmo de reposición del capital —máquinas herramienta y elementos similares— de la industria.

Las naciones exportadoras encontrarían muy provechoso asegurar que el pago del servicio de la deuda de las naciones subdesarrolladas se mantenga siempre bajo y que aquella devengue intereses reducidos, para permitir niveles óptimos de compras de bienes de capital por parte de esas naciones.

Lo que el gobierno de los Estados Unidos haría si fuera lo suficientemente sensato sería acordar que los bonos emitidos por las repúblicas iberoamericanas para reorganizar su deuda fuesen documentos descontables por el sistema reformado de la Reserva Federal.

Para dar un ejemplo, supongamos que el Citibank posee un paquete de esos bonos de deuda y que negocia un empréstito para financiar la instalación de tres reactores de fisión de la General Electric, digamos, en Brasil o en México. Citibank desea financiar el 30 por ciento de la obra, programada a terminarse en cinco años, y, donde lo permitan las leyes convertir el dinero que preste en acciones de la empresa eléctrica de servicio público de la nación importadora una vez que las plantas instaladas reciban los certificados de operación correspondientes. El Citibank anda corto de depósitos.

El banco presenta el contrato del empréstito a la sucursal neoyorkina de la Reserva Federal reformada y ofrece descontar una parte de los bonos de reorganización de la deuda en su haber por papel moneda de los Estados Unidos para poder cubrir su parte del empréstito que financiará la exportación de los bienes de capital norteamericanos por el contratante principal, la General Electric.

Queda ilustrado así que el valor implícito de los bonos de reorganización de la deuda aumenta notablemente si constituye documentos descontables para ampliar la capacidad del sistema bancario para otorgar préstamos. Por ejemplo, si la General Electric poseyera un cierto número de contratos de exportación como el de nuestro ejemplo anterior, podría emitir acciones para cubrir las inversiones necesarias, acciones que el Citibank y otros inversionistas podrían comprar. Etcétera.

Si los bonos de reorganización de la deuda reposan en las bóvedas de los bancos, tienen

cierto valor, un valor real. Empero, si los Estados Unidos se ponen a exportar volúmenes crecientes de bienes de capital y esos bonos son documentos descontables en el sistema crediticio y bancario de los EU, basado en reservas de oro, para financiar la exportación de mercancías tangibles, esos bonos se vuelven funcionalmente tan buenos como el oro.

Si los funcionarios del gobierno de los Estados Unidos tuvieran sesos en la cabeza, emprenderían sin más trámite las negociaciones para reorganizar la deuda de este modo.

¡Ah, pero yo conozco muy bien al gobierno y a los principales banqueros de mi nación! Una nación que tiene a David Rockefeller por personaje político y banquero destacado no ha de tener mucho interés en distinguirse por la genialidad de sus banqueros y gobernantes.

Pues bien, si resulta que el gobierno de los Estados Unidos es demasiado necio o cobarde para reorganizar sus asuntos en la forma dicha, tenemos la segunda opción: que los bancos sean rescatados en la medida en que sus deudores puedan socorrerlos con la alternativa de los bonos de reorganización de la deuda. Tal es la segunda opción.

Y en el peor de los casos, si los propios banqueros resultan unos necios fanáticos, se suspendería indefinidamente el pago de la deuda iberoamericana, en espera de que alguien con el poder suficiente en los Estados Unidos haga a esta nación recuperar el juicio. Tal es la tercera opción, el peor de los casos.

En el tercer caso, el peor de todos, las repúblicas iberoamericanas tendrían que explotar todas las posibilidades de la cooperación Sur-Sur, con la colaboración de los socios comerciales que puedan encontrar entre los países del Norte. Los beneficios de las dos últimas opciones son mucho menores que los que resultarían en el caso de que los Estados Unidos se decidieran a atender nuestra propuesta. Pero, sean modestos o no sus beneficios, esta opción representa quizá la única posibilidad de supervivencia de las economías y los pueblos de Iberoamérica.

El orden monetario iberoamericano

Sea como fuere, las repúblicas iberoamericanas cooperantes deben reformar, en lo individual y colectivamente, sus instituciones crediticias, monetarias y bancarias según principios esencialmente idénticos a los que orientan nuestras propuestas para los Estados Unidos de América.

Todo lo que hemos dicho con respecto a los procedimientos correctos a adoptar en los Estados Unidos es aplicable a todos y cada uno de los países iberoamericanos. Ello abarca:

- (1) Las únicas formas de crédito permisibles en una república, las únicas que no constituirían violación de las leyes contra el agio, serán: (a) el aplazamiento del pago de bienes y servicios que los vendedores conceden a los compradores; (b) los préstamos bancarios de dinero y metal en lingote depositados de manera legítima; (c) el préstamo del papel moneda nacional que el gobierno nacional emite, mediante sus órganos de crédito público, para crear crédito nuevo.
- (2) El crédito creado por el gobierno se debe *dirigir* a aquellas inversiones que promuevan el progreso tecnológico al hacer que se desplieguen a plenitud las posibilidades de los bienes de capital, las capacidades productivas de bienes y la fuerza de trabajo de otro modo ociosos, aplicándolos a producir bienes y a mejorar la infraestructura económica básica necesaria para mantener y ampliar la producción y la distribución física de bienes. Tal política, además de ser antinflacionaria, es la que permite conducir los limitados recursos nacionales a los renglones de actividad empresarial, tanto pública como privada, más provechosos para la nación en su conjunto.
- (3) Cada república necesita un banco nacional, propiedad del Estado, cuyas funciones legales excluyan explícitamente las prácticas de carácter privado implantadas en la banca central

por el Banco de Inglaterra y seguidas por el Sistema de la Reserva Federal norteamericano desde que nació hasta el momento de escribir estas líneas.

- (4) Ninguna institución financiera ha de existir en la nación como no sea sujeta a las normas y a la vigilancia de la hacienda pública y los auditores del banco nacional. Ninguna institución financiera del exterior tendrá autorización para hacer negocios dentro del territorio de la república a menos que sus operaciones internacionales satisfagan ciertos requisitos legales —normas respecto al monto de sus reservas, limpieza en sus proceder, etc—, lo cual será comprobado periódicamente por medio de las auditorías que convenga. Llamamos a esto "transparencia" de las instituciones financieras foráneas.
- (5) La hacienda pública y el banco nacional, en sociedad, tendrán autoridad permanente para dictar medidas de control de capitales y de cambios, y para apoyar su observancia con un sistema de permisos de importación y exportación, así como para regular cualesquier negociaciones de empréstitos de fuentes crediticias del exterior.

Ciertamente, el gran problema con que tropieza la ejecución de las funciones gubernamentales de auditoría, control de importaciones y exportaciones, control de capitales, control de cambios, etc, es la corrupción de los funcionarios gubernamentales. No debiera sorprender que, entre más complicados son los procedimientos burocráticos empleados con la idea de desalentar la corrupción, mayor se hace su acicate. Tarde o temprano, algún frustrado solicitante reflexiona en que tal vez algún funcionario tiene un amigo de un amigo de un amigo.

La manera efectiva de vencer tales dificultades descansa, no en investigar cada asunto caso por caso, sino exactamente en el procedimiento inverso: juzgar el conjunto de las decisiones que ha tomado un funcionario, ver qué pauta siguen sus decisiones administrativas favorables en comparación con el total de casos en que pudo tomar decisiones similares. Claro que esta manera de abordar la lucha contra la corrupción tropezará frecuentemente con la indignada réplica del funcionario del caso: "¡Demuéstrenme un solo caso en que yo me haya corrompido, y renunciaré de inmediato!" La norma debe ser que el desempeño de cada funcionario se juzga a partir de la pauta que sigue al tomar decisiones, y no examinando una por una las decisiones.

La dificultad se agudiza si el gobierno mismo no tiene una estrategia nítida, una política claramente dirigista. En ese caso, ¿qué criterio se puede aplicar para juzgar las decisiones de un funcionario? Si cada sector del gobierno opera de acuerdo con objetivos económicos muy claros y siguiendo una línea dirigista para satisfacer tales prioridades del desarrollo económico nacional, se podrá juzgar el desempeño de los funcionarios de acuerdo con el ahínco que pongan en alcanzar esos objetivos. Le darán prisa a lo que la estrategia nacional les dice que se le debe dar prisa preferentemente, y darán menor importancia a los asuntos que tienen jerarquía secundaria en la estrategia dirigista de la economía nacional. No hay mayor fuente de corrupción de los funcionarios públicos que la ausencia de dirigismo en la política económica nacional.

- (6) La política impositiva del gobierno nacional se debe dirigir a expropiar la renta de la tierra y las ganancias de la usura, asegurar el bienestar familiar y dar lugar preferente a las empresas que se consideren de mayor provecho para la nación. La estrategia de desarrollo económico debe informar la política impositiva.
- (7) En ciertos casos, es muy deseable y aun indispensable que se efectúe de inmediato una severa reforma monetaria.

La evasión de impuestos y el problema concomitante de la "economía negra" son problemas endémicos hoy día. En Italia, por ejemplo, más de una cuarta parte de su ingreso nacional es

secuestrado por la economía negra. Iberoamérica padece del mismo mal. La economía negra de los Estados Unidos alcanza dimensiones mayores que el ingreso nacional de muchas naciones.

He abordado este problema en un libro que escribí en 1980, *A Gaullist Solution for Italy's Monetary Crisis*.⁶ La ejecución correcta de una reforma monetaria —la compra de la vieja moneda con nueva— puede demoler la “economía negra” al barrer con enormes masas de dinero acumulado ilegalmente y quebrar, al mismo tiempo, la estructura institucional de la “economía negra”. La condición esencial es que la suma de dinero presentada por nacionales o extranjeros para obtener moneda nueva no debe rebasar cierta cantidad que pudieran haber acumulado legítimamente, sin evadir el pago de impuestos o en violación del control de capitales, el control de cambios o los reglamentos de importaciones y exportaciones. Es frecuente que el tenedor de dinero proveniente de la “economía negra” prefiera quemar sus billetes viejos antes que le sean confiscados y él mismo se pase una temporada donde no vea el sol.

Semejante reforma airea la situación monetaria y da al gobierno, y al banco nacional, en particular, una auditoría necesarísima de las obligaciones monetarias, directas e implícitas, de la república, lo mismo en el interior que en el extranjero. Proporciona, simultáneamente, una relación en limpio de los causantes de impuestos, y permite mejorar los cálculos de las cargas fiscales que les son aplicables.

La reforma monetaria es remedio infaltable en los peores casos de inflación; es un medio indispensable para ponerle rienda.

- (8) Las naciones iberoamericanas, en ejercicio de su soberanía, deben fijar por sí mismas y sin interferencias el tipo de cambio de su moneda. El cálculo más grueso del valor de la divisa de una nación es su poder de compra en la economía interna de esa nación: qué relación guardan los precios de los bienes y servicios producidos y prestados internamente con los precios de bienes y servicios de calidad equiparable en otras naciones. Se debe poner el acento en los bienes y servicios de producción nacional, casi exclusivamente, al menos para este cálculo grueso.

Así medidas, muchas monedas iberoamericanas están hoy día monstruosamente infravaluadas. Como resultado de la valuación artificialmente inferior a la verdadera de la moneda de muchas naciones, éstas sufren un tremendo y salvaje saqueo a manos de extranjeros, especialmente acreedores extranjeros.

La determinación de los tipos de cambio por parte del FMI y otros tales ha representado frecuentemente, sobre todo en los años recientes, ni más ni menos que puro y simple robo, a escala gigantea, por parte de las instituciones financieras extranjeras y sus similares.

Esta vulgar estafa a las naciones subdesarrolladas se basa en el falaz argumento de que el valor de una moneda en los mercados internacionales se debe regir por “la oferta y la demanda” de tal moneda, más que por su valor intrínseco en tanto medio de compra de bienes y servicios de producción nacional en su país de origen. Mediante la manipulación de los mercados internacionales de cambios para mover los hilos de “la oferta y la demanda” de una moneda, es fácil crear las condiciones para exigirle a la nación que se planea sacrificar que devalúe su moneda.

¿En cuánto ha disminuído el poder real de compra del peso mexicano hoy día, cuando su valor nominal en los mercados de cambios se ha reducido a un tercio, respecto al de hace unos meses, cuando estaba a 24 pesos por dólar norteamericano? La devaluación del peso ha sido una estafa descarada a la nación y al pueblo de México, lograda casi a punta de pistola.

Las naciones deben librar una guerra financiera y económica contra las instituciones que intentan saquearlas y robar a sus pueblos mediante esas devaluaciones forzadas. Las naciones pueden librar mejor esa guerra necesaria en defensa de sus monedas si cuentan con aliados fieles que compartan los mismos enemigos y las mismas causas.

Un "mercado común" iberoamericano

Proponemos que, en el marco de la Organización de Estados Americanos, las repúblicas iberoamericanas que así lo decidan formen un "mercado común". Los principales rasgos institucionales de ese "mercado común" serían los siguientes:

- (1) Las naciones participantes pondrían orden en sus respectivas instituciones crediticias, monetarias y bancarias del modo mencionado anteriormente.
- (2) Establecerían una institución bancaria común para facilitar el intercambio de crédito, moneda y comercio entre sí, y para defender la comunidad de intereses financieros y económicos de sus miembros y del continente en su conjunto.
- (3) Aprovecharían más eficazmente los limitados recursos a su disposición con beneficios equitativos para todos y cada uno.

Iberoamérica representa una gama amplísima de recursos y posibilidades para la agricultura, la industria de bienes de capital y otras actividades económicas. Lo que no está de inmediato a la disposición de cada una de las repúblicas iberoamericanas por separado, está en buena medida a la disposición del conjunto de esas repúblicas. Dado que es difícil reunir recursos suficientes para crear toda clase de industrias modernas, el intento de las repúblicas iberoamericanas de hacer frente a sus necesidades por medio de esfuerzos individuales representa una costosa duplicación de inversiones, si se la compara con el mejor aprovechamiento de sus limitados recursos que traería aparejado una división racional del trabajo entre esas repúblicas.

Lo que se necesita es: (1) la decisión de dar preferencia al comerciar dentro de la comunidad que a hacerlo fuera; (2) acuerdos comerciales de mediano y largo plazo, merced a los cuales cada nación pueda concentrar sus inversiones en ciertas ramas industriales que serán su especialidad de exportación y tendrán mercado seguro, a mediano y largo plazo, para sus productos en la comunidad, la cual, por medio de una serie de acuerdos multinacionales de este género, fomentará el mejor y más eficiente aprovechamiento de los limitados créditos y capitales de que disponen sus miembros; (3) acuerdos para fijar precios justos, así como aranceles equitativos, lo cual equivaldría a establecer una unión aduanera entre los signatarios del acuerdo.

Si suficientes naciones iberoamericanas entran en un acuerdo semejante, *se estará poniendo en pie, a partir de una suma de naciones débiles en lo individual, una de las más poderosas economías del orbe.*

Aunque la unión aduanera propuesta presentaría muy pronto algunas de las conveniencias de que disfrutó el Mercado Común Europeo antes de la derrota electoral del presidente Valéry Giscard d'Estaing, lo que aquí proponemos no se apoya en los mismos principios que informaron la constitución del Mercado Común Europeo.

Este mercomún se basó en sistemas bancarios nacionales de corte británico y quedó unido a la banca suiza del modo más estrecho. Aunque el presidente Charles de Gaulle no lo compartiese, había el objetivo implícito de disolver la soberanía de las naciones integrantes, a lo cual contribuían instituciones como el Parlamento Europeo y la OTAN. Tales rasgos y tendencias implícitas del Mercado Común Europeo son horrendas.

La piedra angular institucional de la unión aduanera que proponemos es el banco interpublicano, que se creará por medio de un tratado para que sirva de órgano común de los bancos nacionales de las repúblicas soberanas participantes. Sus funciones serán, entre otras, las siguientes:

(1) Funciones bancarias interrepúblicas

- (a) Servir de banco central de compensación entre los bancos nacionales de las repúblicas participantes.**
- (b) Mediar el intercambio de crédito y moneda entre los bancos nacionales.**
- (c) Hacer de cámara de compensación y liquidaciones para el cumplimiento de acuerdos multinacionales entre los miembros con respecto a aranceles y comercio.**

(2) Funciones monetarias generales

Facilitar el mantenimiento de los tipos de cambio establecidos entre las monedas de las repúblicas participantes, y defender esas monedas en bloque contra manipulaciones externas.

(3) Banco de fomento y avío

El banco sirve de agencia coordinadora para planear inversiones y ampliaciones del comercio entre las repúblicas participantes. Para contribuir a la ejecución de esos acuerdos, el banco coordina la movilización del dinero necesario para asegurar que todos los aspectos del programa acordado cuenten con suficiente capital.

Hay dos fuentes de capital monetario para la expansión económica: el propio sistema y las fuentes externas.

Hemos especificado que la creación de crédito monetario es monopolio de los gobiernos soberanos, y hemos negado esa facultad a cualquier agencia privada; es decir, proscibimos el "multiplicador keynesiano". Hemos asegurado así que los bienes vendibles, la capacidad de producción de bienes y la fuerza de trabajo de todas y cada una de las naciones, de otro modo ociosos, se aprovechen adecuadamente, en la medida en que empresarios dignos de crédito se dispongan a adquirirlo a muy bajos intereses para poner a trabajar esos recursos ociosos de conformidad con las necesidades más imperiosas del desarrollo nacional.

Establecer una unión aduanera como la propuesta, significa que el papel moneda de cada república puede servir para financiar, a mediano y largo plazo, exportaciones de bienes de capital dentro de la unión aduanera. Eliminamos así la necesidad de un prestamista ajeno a esas repúblicas. Hemos creado una posibilidad bastante mayor de desarrollo autárquico entre los miembros de la unión aduanera.

Este sistema de financiamiento a mediano y largo plazo de las exportaciones de bienes de capital dentro del bloque, operará con solidez a condición de que el pago de esos préstamos quede previamente determinado por los ingresos que obtenga la nación importadora de sus propias exportaciones dentro del grupo. Subyace, pues, una cierta forma de trueque a mediano y largo plazo en estos acuerdos.

Más aún, por esta y otras razones, es de desearse que las repúblicas participantes prefieran comprar sus importaciones dentro del bloque y no fuera. El porcentaje de importaciones provenientes de fuera del bloque debe ir disminuyendo con el tiempo en relación con el total de importaciones de cada nación participante. Las compras que hagan y el crédito que consigan fuera del bloque las naciones participantes, deben servir casi exclusivamente para adquirir bienes de capital de la técnica más avanzada.

Esto no significa diluir la soberanía de las naciones integrantes. Al negociar líneas de crédito a mediano y largo plazo para ejecutar proyectos colectivos de repúblicas del bloque, la representación de cada república actuará soberanamente, pero contará con el respaldo de la institución bancaria conjunta y, así, implícitamente, con el de todas las demás repúblicas que forman el bloque.

Sin embargo, en lo tocante a relaciones financieras con naciones ajenas al bloque, las

repúblicas soberanas que lo integren procurarán conseguir créditos para adquirir bienes de capital por intermedio del banco interrepublicano y liquidar sus pagos a través del mismo. Ello fortalecerá la capacidad del banco para mantener la defensa común de las monedas y el crédito de sus miembros. No solo quedarán mejor protegidos éstos, sino que se ampliará la capacidad de crédito de cada nación; la capacidad de crédito de todas y cada una de las naciones integrantes de la unión aduanera será mayor de lo que sería fuera de la unión.

Para contribuir a ello, la unión aduanera debe establecer una unidad común de cuenta. Los préstamos negociados por intermedio del banco común se documentarán en esta unidad monetaria común.

Empero, el banco no responderá por la deuda de las repúblicas soberanas. Más bien, las repúblicas soberanas liquidarán sus deudas por medio de su cuenta en el banco común, pagándolas en la unidad común de cuenta.

El banco pronto se convertirá en una de las instituciones financieras más poderosas del mundo, especialmente a juicio de las naciones exportadoras de bienes de capital.

3. La Política Económica del “Mercado Común”

Toda política económica idónea se remite en primer término al grado de adelanto de la agricultura: la primera medida de la productividad de una nación es el porcentaje del total de su fuerza de trabajo que tiene que emplear en la agricultura, tan sólo para producir los alimentos y las materias primas agropecuarias que requiere la economía nacional en su conjunto. Ese porcentaje, por contrapartida, determina el porcentaje de la población urbana y, consecuentemente, de las demás actividades productivas.

El primer porcentaje depende principalmente de dos factores determinantes: (1) el rendimiento agrícola por hectárea; (2) el número de hectáreas cultivadas por año y por hombre. El número total de hectáreas bajo cultivo con los recursos técnicos y tasas de rendimiento del caso modula el segundo factor.

Durante el siglo 18, el porcentaje de la población necesaria para la agricultura era de alrededor del 90 por ciento. Hoy día, en los Estados Unidos, es de menos del 4 por ciento, y en todas las naciones industrializadas, de menos del 10 por ciento, en la medida en que han alcanzado grados de desarrollo moderno competitivos. Examinar qué se necesita para repetir la hazaña —pasar de alrededor del 90 por ciento a menos del 10 en ese renglón— es el punto de partida de cualquier proceso saludable de planeación del desarrollo económico.

No se le puede imprimir ese rumbo al desarrollo de la agricultura más que por medio de la producción urbana.

El primer requisito para ello es contar con transporte moderno, que una los campos agrícolas con los mercados urbanos y las concentraciones de la producción industrial. Atendiendo a los costos por tonelada/kilómetro, las modalidades de transporte más recomendables son, en orden de conveniencia, el naval, el ferroviario y el camionero. Empero, los barcos son lentos y los sistemas ferroviarios no sólo han carecido de mejoras suficientes sino que han sido saqueados y echados a perder. Los factores económicos del transporte no son sólo los costos por tonelada/kilómetro, sino también los costos que representa para la economía el tiempo que los bienes duren en tránsito, el carácter perecedero de ciertos productos o, de otro modo, los costos de refrigeración, que van en función del tiempo.

El transporte permite que la agricultura se reoriente y produzca para el mercado; provee asimismo a la agricultura el flujo de bienes urbanos que necesita los bienes de capital que harán mejor la producción agrícola.

Para inhibir en parte los factores que hacen perecer los productos agrícolas, disponemos de plaguicidas y de otros tratamientos químicos aplicables ya en el campo, ya al producto almacenado o en tránsito. Tal vez la irradiación resulte un método superior al tratamiento químico para muchos productos agrícolas almacenados o en tránsito.

Lo que urge —y no sólo en el caso de los productos agrícolas— es modernizar el transporte de carga. Hay que integrar de manera que sea más eficiente, el transporte naval, el ferroviario y el camionero, prestando especial atención a la organización eficiente de los patios en que se clasifica la carga y donde se cambia de vehículo (de vagones a camiones o viceversa, o de camiones o vagones a barcos y aviones). Ello se facilitaría enormemente por medio del empleo generalizado de recipientes uniformes y fácilmente intercambiables entre los diferentes tipos de vehículos en servicio. Su empleo, tanto para el almacenamiento como para el movimiento de la carga, reducirá costos e inversiones en instalaciones de almacenamiento, y abaratará el traslado de la carga de almacenes a vehículos y viceversa.

Por ejemplo, el grano de un productor agrícola se podría —y se debería— depositar direc-

tamente en un recipiente de esa clase en el campo, y recibir ahí mismo tratamiento higiénico contra plagas, enfermedades, etc. El grano puede permanecer almacenado en el recipiente; en el momento adecuado, los recipientes cargados se pueden mover sobre una plataforma con ruedas tirada por un tractocamión, y de esta forma de transporte se podrán transferir fácilmente a vagones de ferrocarril o a las bodegas de un barco, según a donde vayan.

El diseño de los diferentes vehículos —carreteros, acuáticos o ferroviarios—, así como el de los almacenes y los equipos de carga y descarga, debe casar con el diseño óptimo de recipientes uniformes.

Para el transporte oceánico, el mundo requiere flotas de cargueros de alta velocidad, propulsados por medio de energía nuclear. En tierra, además de aprovechar al máximo como vías de transporte los sistemas hidráulicos costeros y del interior, necesitamos redes ferroviarias de alta velocidad, conectadas de manera eficiente con estaciones camioneras tanto para recibir como para distribuir carga en ambos extremos de cada ruta.

Necesitamos también un sistema de coordinación, auxiliado por computadoras electrónicas, de todo el movimiento de carga a través del sistema entero de transporte, con todas sus modalidades.

Los principales aportes industriales que demanda el desarrollo de la agricultura son sistemas hidráulicos y suministros de energía.

Los suministros de energía revisten la forma de fertilizantes químicos, tratamiento mineral de suelos y energía para bombear agua, mecanizar las labores agrícolas y transportar artículos de los campos agrícolas o a ellos. Los plaguicidas, y otros productos auxiliares esenciales para propósitos similares, quedan comprendidos en los suministros de energía. Una parte considerable de la energía suministrada a la agricultura debe ir en forma de energía eléctrica.

Los programas de almacenamiento de energía solar y de utilización de la biomasa como combustible deben ser vigorosamente rechazados, salvo si se trata de meros complementos, de empleo restringido, para casos excepcionales de necesidades locales. La energía solar en forma de biomasa destinada al consumo humano y animal, es energía organizada en una forma relativamente negatoentrópica. Usadas para producir electricidad o como combustible, esas fuentes de energía son ineficientes y dispendiosas. Si comparamos la energía que cuesta levantar esos sistemas con la que dan, su retribución energética a la sociedad resulta tremendamente negativa: *cuestan a la sociedad más energía de la que producen.*

Debemos concentrar los esfuerzos en (1) mejorar la combustión de materiales fósiles, (2) construir hidroeléctricas de embalse elevado y (3) aprovechar la energía nuclear.

Ello impone proporcionar a las localidades rurales dos elementos complementarios: (1) ingeniería pesada, y (2) estaciones de asistencia técnica y científica en cuestiones agronómicas y comerciales. Se necesita ingeniería pesada, para mencionar dos ejemplos, en la construcción de presas y canales, y en "programas relámpago" de mejoramiento de la fertilidad del suelo. Las más adecuadas agencias de extensión agrícola serían universidades y dependencias gubernamentales especializadas en agronomía, en ayudar a los agricultores —por medio de la enseñanza, etc.— a dominar toda clase de técnicas y equipos, y en la planeación de cultivos de acuerdo con las necesidades del mercado.

Manejar el agua, juntamente con la agricultura y la silvicultura, es también manejar el tiempo. La agricultura y la silvicultura determinan grupos de funciones en los que los factores más importantes son las cantidades de biomasa, oxígeno y vapor de agua que producen las plantas. Al absorber luz solar, la biomasa —cultivos, pastizales, arbustos, bosques— suaviza el clima. Las emisiones de vapor de las plantas, a diferencia de la evaporación superficial de lagos, corrientes, etc., hacen de reguladoras de los climas. . . como lo han demostrado dramáticamente los catastróficos efectos de la deforestación de la cuenca del Amazonas. Así pues, si el riego agrícola se desarrolla correctamente y con suficiente amplitud, ello trae consigo el mejoramiento del régimen de lluvias, exactamente del mismo modo que la producción agrícola pobre tiende a provocar sequías y terregales.

El excedente agrícola —los productos que exceden las necesidades de la comunidad agrícola— es lo que se vende a cambio de productos urbanos. Ese es el punto de partida para impulsar el desarrollo urbano industrial.

El suministro de energía y agua al suelo, más el mejoramiento de las simientes y los ganados gracias a la agronomía, acrecienta los rendimientos por hectárea de la agricultura y la silvicultura. Mediante la maquinaria movida a base de calor se aumenta el número de hectáreas cultivadas por hombre y por año. La maquinaria agrícola, la energía eléctrica y otros suministros energéticos industriales son de importancia decisiva.

Lo que llevamos dicho en materia de fomento agrícola no es si no lo que escribió el secretario del Tesoro Alexander Hamilton en su informe al Congreso de los EU *Sobre las manufacturas* (1791), sólo que dicho en términos técnicos modernos. Debemos prestar especial atención al modo en que la agricultura se desarrolla por medio de las manufacturas urbanas y de la utilización creciente y correcta del transporte moderno. En particular, mantengámonos atentos a la cambiante proporción entre el número de trabajadores urbanos dedicados a la producción de bienes y el número de trabajadores rurales: el crecimiento del cociente del primer número sobre el segundo es la primera medida del crecimiento económico. Esa proporción es la que determina el límite superior de la productividad de cualquier economía nacional, así como el valor verdadero de la moneda de esa nación frente a otras divisas.

Cierto, los Estados Unidos se han apartado frecuentemente del Sistema Americano que los condujo a la grandeza. Presidentes corruptos —Jefferson, Madison, Jackson, van Buren, Polk, Pierce, Buchanan, Coolidge, Hoover, Johnson, Nixon, Ford, Carter, etc— han repudiado explícitamente la estrategia económica que dio a los Estados Unidos su poderío, y lo han hecho muy especialmente en materia de política agrícola. El que la agricultura estadounidense —y parte de la alemana— se haya puesto a la vanguardia mundial, se debe a los períodos en los que se siguieron los principios correctos, es decir, los períodos de Hamilton y del presidente Abraham Lincoln.

El desarrollo agrícola depende principalmente de que la política del gobierno de la república contenga dos elementos. Primero, los principios que ya hemos destacado: impulso al desarrollo del transporte moderno y un volumen creciente de bienes de capital de origen urbano destinados a la producción agrícola. Con ello se eleva el rendimiento por hectárea, se abren nuevos terrenos al cultivo y se multiplica el número de hectáreas cultivadas por hombre y por año. Segundo, y precisamente para lograr que lo anterior salga adelante, la fijación de lo que se denomina "precios paritarios" tanto para el mercado interno como para el comercio exterior.

La tecnología agrícola moderna demanda cierta calidad de la fuerza de trabajo agrícola. Es decir, una fuerza de trabajo con las características demográficas correspondientes al nivel de vida europeo: longevidad, condiciones de higiene y vida cultural acordes con una educación general moderna, orientada a la ciencia y la cultura clásica, que supone la prolongación del período de preparación escolar hasta una edad entre los 16 y los 25 años. Si los ingresos equivalentes a salarios de las familias rurales disminuyen por debajo de esas necesidades, al menos con respecto a los aspectos críticos de tales características demográficas, la calidad de la fuerza de trabajo rural se viene abajo, y, con ella, el rendimiento por hectárea y la cantidad de hectáreas cultivadas por año y por hombre.

Para entender los costos de producción —en la agricultura o en lo que sea— se debe siempre mantener encerrados a los contadores en alguna cómoda prisión, hasta que los ingenieros industriales hayan terminado de reunir las listas de materiales y las cartas de elaboración. Para determinar el contenido de los costos de producción, *en un primer momento* más vale no tomar en cuenta los precios del trabajo y de los bienes de capital, para concentrar la atención íntegramente en la calidad física y la cantidad de los materiales, el trabajo, etc., que representan elementos de costo bien definidos: costos de capital y costos de operación.

Tenemos, pues, que determinar una cierta función matemática que haga corresponder di-

ferentes grados de productividad de la producción de cierta clase de bienes con los elementos componentes de los costos y gastos necesarios para alcanzar y mantener cada uno de esos grados de productividad. La productividad se mide correctamente por medio de conceptos como el de retribución energética, cosa que abordamos ya, en su principal extensión, en el primer capítulo del presente trabajo. Lo que nos interesa aquí, es descubrir en qué grado el aumento de cierto elemento componente de los costos de capital o de los costos o gastos de operación mejorará la capacidad de retribución energética de ese entero sector de la producción. Asimismo, queremos saber qué reducciones en qué renglones de costos y gastos —ya sea que se refieran a la calidad o a la cantidad de los elementos en cuestión—, repercutirán en el descenso de la productividad.

Si el contador insiste en balbucir: “Pero es que yo tengo aquí las estadísticas de costos medios, que demuestran que. . .”, enviemos a tan peligroso fanático a la clínica de salud mental más próxima. Los costos de capital y de operación de la producción no son los precios de las cosas; son las cosas mismas a las que los precios van adheridos. Un sastre no puede hacer trajes del precio de la tela, sino sólo de la tela misma. La tela misma es la que determina las funciones potenciales de la economía física.

Una vez rigurosamente determinadas, mediante los métodos de ingeniería industrial adecuados, las funciones potenciales de ese sector de la economía física, *entonces sí* pasamos a establecer la correspondencia de los insumos y productos del proceso productivo con los precios de los elementos componentes de los costos y con el de la venta de los productos. Esta manera de hacer las cosas permite a cualquier agricultor o empleado gubernamental sensatos ver inmediatamente cuán peligrosamente absurdo es rendir culto a esas deidades paganas que son el “libre comercio” y “la oferta y la demanda”.

Lo primero que necesitamos es que los proyectistas hagan una máquina que desempeñe sus funciones con excelencia. ¡El tropel de contadores! ¡Ahí está lo que decíamos! El proyecto inicial es muy costoso; trabaja de maravilla, pero su retribución energética es atroz. Tenemos que reexaminar los costos que implica, no simplemente de acuerdo con los precios, sino de acuerdo con los criterios físico-económicos de costo. Revisemos las listas de materiales y los diagramas de elaboración que empleamos para construir nuestra excelente máquina. ¿Será posible mejorar su índice de retribución energética? Tal vez sustituyendo algunos materiales, mediante algún cambio estructural o mejorando la calidad del proceso de producción? No nos lo preguntamos con el afán de escatimar la calidad del producto; lo que queremos, más bien, es reexaminar nuestros supuestos siguiendo el método socrático. ¿Qué representa de veras un *componente físico* necesario del costo del diseño y producción de la máquina, y qué no es esencial? O, ¿podemos, o debemos, adoptar una idea enteramente nueva para satisfacer la función que cumple nuestra máquina? (Tiene gracia: hace ya cinco siglos que Leonardo da Vinci expuso en detalle los principios del método correcto de calcular modificaciones).

Lo mismo ocurre al proyectar la evolución progresiva de la economía nacional. ¿Qué es verdaderamente esencial para obtener lo que se necesita? Una y otra vez, tenemos que volver a las nociones básicas de la economía física: el progreso cultural (y de las condiciones de vida en general) de la fuerza de trabajo (y de la población en general), la correlación entre densidad del flujo energético y progreso tecnológico, la idea rectora de la densidad relativa potencial de población.

Aunque la primera intentona británica de parodiar la ciencia económica se produjo hacia 1770, con los trabajos de Adam Smith y Thomas Malthus, escritos aproximadamente un siglo después de que la ciencia económica había surgido en el continente europeo, la médula metodológica de la economía política británica nace de la doctrina cabalística de Sir William Petty, expuesta algún tiempo antes, de reducir todo a “estadísticas”, estadísticas *a posteriori*. Esa enfermiza imagen del mundo, la de Petty, se convirtió en la guía práctica de los contadores certificados de Gran Bretaña, y empezó a difundirse en los Estados Unidos durante el gobierno de Woodrow Wilson, merced a la implantación del impuesto sobre la renta.

No tiene nada de malo la idea de gravar el ingreso con impuestos en escala progresiva,

siempre que se fijen reglas y prioridades correctas. Empero, lo que sucedió, a resultas de esa medida, cuando el impuesto sobre la renta y cosas parecidas se afianzaron en las décadas siguientes, es que las doctrinas británicas de contabilidad cobraron predominio a la hora de medir las realizaciones económicas del gobierno, los negocios, las familias, etc. La contabilidad fiscal, mero aspecto práctico de la actividad gubernamental, empresarial y familiar, pasó a ser la idea dominante entre la gente acerca de todo lo relativo a la economía.

En el "Infierno" de la *Comedia* de Dante Alighieri, el descenso por los peldaños de la irracional depravación hedonista desemboca en el Pozo. En el fondo de éste, si aplica uno el oído al suelo, podrá escuchar los rasguños de una criatura parecida al topo, la más depravada hedonista de cuantas hay. Si uno indaga la naturaleza de esa especie subterránea, descubrirá al *estadístico*, y su extraña progenie ilegítima: los contadores y economistas británicos.

Los británicos alegan que los precios correctos de los productos agrícolas (o no agrícolas) deben ser fijados por la acción de "la oferta y la demanda", de preferencia en un mercado del todo anárquico, como lo manda la tradición del mercado de pescado de Billingsgate, en Londres. En pro de su causa, los británicos convocan a una turba jacobina llamada "los consumidores". Y argumentan entonces que si se impide que los precios bajen, al "consumidor" le toca pagar la diferencia; que cada vez que la competencia anárquica o el simple *dumping* no logran reducir los precios, "se le está sacando raja al sufrido consumidor".

Veamos las cosas desde el ángulo de la producción, especialmente la producción de alimentos. Preguntémosnos qué se ganan los hijos del consumidor si los precios de los productos agrícolas caen por debajo de su verdadero costo de producción. El agricultor tendrá que abandonar la tierra tarde o temprano. De seguir las cosas por ahí, salta a la vista que los señores partidarios del "libre comercio" nos habrán trocado ni más ni menos que en unos consumidores muy, pero muy hambrientos.

Entrevistemos a un representante de la noble especie de los consumidores. Lo abordamos aprovechando que la multitud se ha tomado un respiro antes de seguir gritando sus clamorosas protestas contra los "voraces agricultores".

—Señor, ¿es usted un consumidor?— inquirimos.

—Sí, señor, y conozco mis intereses— responde con orgullo y cierto dejo de militancia.

—Supongo, entonces, que compra usted alimentos para su familia más o menos todos los días.

El consumidor sonríe.

—Bueno, por lo regular mi esposa es la que hace las compras. Hubiera venido conmigo, pero las compras y los niños no la dejan. Así que yo vine en representación de la familia.

—Qué interesante. Se las debe estar viendo apretadas su esposa, con esta inflación de los precios.

—¡Está tremenda! Apenas podemos estirar mi cheque de cesantía.

—Ya veo por qué se opondría usted a un aumento de los precios de los alimentos. . . Por cierto, ¿cómo se determina cuánto le están pagando? A todas luces, según lo que han dicho los oradores esta tarde, su cheque no parece alcanzar para hacer frente a los apetitos de esos agricultores.

—Yo trabajaba en una fábrica de autos.

—¿Trabajaba? ¿Y de qué vive ahora?

—De nuestros ahorros y de mi compensación de cesantía. No vamos a poder aguantar mucho así.

—Ah, sí, me mencionó su cheque de cesantía, ¿no? ¿Y cómo es que se quedó sin empleo?

—Por culpa de tantos autos importados. Dejaron entrar montones de autos extranjeros y nuestras compañías no pudieron competir con esos precios. Así que me quedé en la calle.

—Pero, si hubiéramos protegido nuestros mercados de las importaciones baratas, ¿no hubiese eso significado precios más altos para nuestros consumidores?

El manifestante frunce el ceño.

—A lo mejor. Pero lo que yo sé es que me quedé sin empleo.

—Y ahora, ¿quiere usted que le pase lo mismo a los agricultores?

El manifestante cierra los puños y adopta un aire amenazador.

—Mire, amigo, yo tengo una familia que mantener. . .

Temerarios que somos, lo enfrentamos entonces a la verdad.

—Pues si ustedes provocan la ruina de los agricultores, ¿dónde va usted a encontrar alimentos para su familia, al precio que sea?

Sí: es correcto llamar asesinos y bandidos a los partidarios del “libre comercio” y de “la oferta y la demanda” que se oponen a que se señalen precios paritarios a los productos agrícolas. Muchos de ellos no tienen intenciones criminales; simplemente son incautos lavados del cerebro, víctimas de la ideología británica del “libre comercio”. Son como un automovilista que anduviese matando niños por las calles sólo porque para él es cuestión de convicción religiosa no lavarle la capa de lodo a sus parabrisas. No es un asesino intencional: simplemente se niega a tratar de entender cualquier cosa que vaya en contra de los “principios” que ha adoptado.

Por supuesto, el argumento de nuestro convencido manifestante en contra de la importación de autos es esencialmente falso. Lo que liquidó a Detroit, en primer lugar, fue resultado de la manía impuesta por la General Motors de cambiar cada año de modelo y ofrecer todo un surtido de diferentes estilos, en vez de atenerse al excelente principio que encarnó en la política de producción y ventas del Ford modelo T. Luego, por invertir demasiado en esos cambios de modelos y estilos, y relativamente menos en tecnología, Detroit se dedicó a sacar automóviles “sexis” y no mejores automóviles. Para acabarla de arruinar, la locura ésa de la “sociedad postindustrial” afectó seriamente la política de inversión de Detroit. Vinieron las obscenas medidas de “ahorro de energía”. El dinero que les quedaba lo empezaron a absorber una serie de inversiones “para proteger el medio ambiente”.

Puesto que Japón se ha negado a hundirse en las tonterías en que se han hundido los Estados Unidos, la producción de Japón ha experimentado mejoras técnicas. Japón no ganó el mercado por medio de *dumpings*, sino más bien, como lo demuestra un estudio hecho en Alemania Federal, merced a los costos más ventajosos que se obtienen mejorando los métodos de producción y haciendo las correspondientes modificaciones de diseño a los productos.

Quienes liquidaron a la economía de los Estados Unidos no fueron los “voraces” industriales o los “voraces” agricultores. Quienes arruinaron a la economía de los Estados Unidos fueron esos mismos necios consumidores que se manifiestan en favor de la “eliminación de reglamentos”, en pro del “libre comercio”, de la llamada “libre empresa”. Ellos permitieron que el país fuese arrastrado a la “sociedad postindustrial”. En 1946, 62 por ciento del total de la fuerza de trabajo estadounidense estaba empleada en la producción de bienes agrícolas e industriales, en la construcción de infraestructura o en el transporte físico de los bienes producidos; hoy día, ni siquiera el 30 por ciento del total de la fuerza de trabajo se ocupa en esas actividades. El crecimiento del coeficiente de gastos generales (administración y servicios sobre trabajo productivo), que ha pasado de 38/62 a 72/28, aproximadamente, ha sido la principal causa estructural de la inflación sufrida por los Estados Unidos en la posguerra. Esa inflación estructural se ha agudizado, especialmente a partir de 1971, debido a la creciente adición de cargos parasitarios a todos los productos, merced a los cobros de la usura y la renta del suelo.

En términos generales, el típico consumidor estadounidense ha afrontado la ruina de la economía norteamericana como un asalariado que, para pagar la renta a su casero atracador, robase por las noches a sus vecinos. A la resistencia que oponen sus vecinos a dejarse robar —su resistencia al “libre comercio”— es a lo que el infortunado ladrón echa la culpa de sus problemas. ¿Bajar las rentas? Nuestro moralista consumidor se estremece: “Eso iría contra la libertad de empresa”.

Sí: los dioses ciegan a quienes quieren perder.

Una república que no haya enloquecido con los dogmas paganos de la estadística británica,

defenderá su producción fijando precios justos para su mercado interno, y aranceles protectores. Hará economías, en defensa de su crédito nacional y su moneda, reduciendo todas las importaciones no esenciales, a fin de destinar hasta el último centavo a adquirir los medios indispensables para ampliar el empleo y la productividad del país, de modo que en los años venideros vayan mejorando las condiciones materiales de vida.

Valiéndonos como se debe de los métodos de la ingeniería industrial, determinamos los costos de capital y de operación, en este caso, de la agricultura. Establecemos la correspondencia de esos costos —costos físicos, no precios— con determinados rendimientos por hectárea y extensiones físicas cultivadas por año por hombre. Establecemos la correspondencia de esos resultados con su retribución energética aproximada —en tanto expresión diferencial parcial de una función potencial—, y con la densidad relativa potencial de población de la sociedad en su conjunto. Y así es como determinamos el precio adecuado de cada producto agrícola, el precio paritario. Los precios agrícolas del Mercado Común Europeo constituyen una buena guía comparativa para Iberoamérica. Los precios que fijamos corresponden a los elementos físicos de los costos de capital y operación, más un margen competitivo de ganancia de operación por encima de esos costos.

Eso y nada más es lo que le cuesta a la economía nacional mantener y mejorar gradualmente la productividad y la escala de la producción de alimentos. El ritmo con el que progresa la agricultura marca los límites del ritmo al que puede marchar la economía en su conjunto.

La agricultura produce los alimentos de toda la población. Las dimensiones relativas de la fuerza de trabajo requerida para producir esos alimentos determinan los límites de la fuerza urbana de trabajo.

El mejoramiento de la producción agrícola y de los índices demográficos concomitantes se logra por medio de la modernización del transporte y la producción urbana de los bienes de capital necesarios a la producción agrícola. Los costos de producción de ese transporte moderno y esos bienes de capital de la producción agrícola producidos en las ciudades, determinan el punto de partida para elaborar la estrategia económica nacional.

Los mejores modelos históricos de elaboración de una estrategia económica nacional, que ofrecen en conjunto una idea muy abarcante de esa tarea, son los lineamientos para industrializar a la Rusia del siglo 18 preparados por Leibniz para su cliente Pedro I, y los que estableció Friedrich List para industrializar la Alemania del siglo 19, sumados al modelo estadounidense de Hamilton.

A partir de la interdependencia urbano-rural que hemos esbozado en este trabajo, tenemos que pasar a determinar qué industrias productoras de bienes de capital son de mayor utilidad a la economía nacional. Las necesidades de bienes urbanos para la agricultura y la infraestructura, y los costos de esa misma producción urbana, se consideran la primera lista de productos en la tabla de las necesidades totales de producción que constituyen el mercado interno de las industrias de bienes de capital. Aquí entra en juego, como elemento modulador, la disponibilidad de recursos naturales, así como otras condiciones nacionales y locales que pueden hacer más factible en lo inmediato una determinada industria de bienes de capital que otra.

Aquí es donde se hace más clara la importancia de crear un “mercado común” iberoamericano. Si consideramos la enorme gama de materias primas que se pueden producir por toda Iberoamérica y vemos en todas las repúblicas cooperantes mercados potenciales para los productos de las industrias de bienes de capital de cada región del continente, salta a la vista que el camino más recomendable es la división racional del trabajo de producción de bienes de capital entre esas repúblicas. Si bien ciertas industrias de bienes de capital se necesitan sin falta en cada una de las repúblicas iberoamericanas, hay que subrayar la conveniencia de que algunas naciones se especialicen en los rubros más importantes. Cada república, en acuerdo con sus socios, debe preparar una lista de modalidades relativamente avanzadas de bienes de capital en cuya producción concentrará los recursos de que dispone. Esta idea en nada difiere de la de Charles de Gaulle

cuando expuso sus criterios de revitalización tecnológica de la economía francesa bajo la forma de una lista de industrias avanzadas prioritarias.

Semejante especialización supone el acuerdo de desplegar una red de transporte moderno que una a las repúblicas cooperantes a la vez que satisfaga sus necesidades internas. Se necesita una flota iberoamericana moderna; igualmente, una red ferroviaria moderna, con características básicas uniformes; etcétera.

En atención a los problemas de transporte y cuestiones parecidas, podemos dividir al continente situado al sur del río Bravo en tres grandes zonas de gravitación: (1) la región de desarrollo del Caribe cuyo eje pasaría por México, Colombia y Venezuela; (2) la región de desarrollo en torno al río de la Plata; y (3) la región de desarrollo del Pacífico Sur.

Por ejemplo, dadas las limitaciones del canal de Panamá frente a la magnitud del desarrollo que esta estrategia supone, y tomando en cuenta los costos aun del buen transporte ferroviario, debemos eslabonar el lado pacífico del sistema —lo cual incluye a Japón, India, etc.— con el lado del Caribe mediante los más eficientes y veloces ferrocarriles, que lleven recipientes cargados desde los puertos del Pacífico, digamos, a los barcos que los esperarían en los puertos del Caribe. Dadas las grandes distancias que suponen los viajes a lo largo del continente a través del Pacífico y el Atlántico, necesitamos cargueros muy veloces, preferiblemente nucleares, diseñados para ensamblar bien con los demás elementos del sistema. Los costos que representa el tiempo en que los bienes están en tránsito, más la necesidad de acortar el tiempo de entrega de los productos para satisfacer con oportunidad los requisitos del ciclo entero de la producción, demandan cargueros de velocidad muy superior a cualquiera de los actuales.

Uno de los clientes más importantes de Iberoamérica es Japón, cuyas necesidades en materia de alimentos irán aumentando en las décadas venideras. No es que Japón no pudiese conseguir suministros de alimentos de otras regiones del mundo, sino que, en potencia, Iberoamérica es uno de los mejores clientes de la producción japonesa de bienes de capital, y Japón procurará asegurar materias primas y alimentos de las economías a las que exporta. Japón está en capacidad —al igual que Suecia y Alemania Federal— de llegar a construir cargueros nucleares, flotas de cargueros nucleares, como los que necesita el comercio iberoamericano. Ello incrementaría la realización del componente agrícola de la potencialmente extraordinaria producción agroindustrial de la región del río de La Plata, daría salida a la capacidad de producción de alimentos de regiones de México como una Sonora plenamente regada, a través de acuerdos comerciales basados en el trueque.

Al inicio, especialmente en la región del Caribe, se habrá de intercambiar productos agrícolas y otras materias primas por bienes de capital. Pero eso no significa que esas naciones —México, Colombia, Venezuela, etc— sean por siempre exportadores de materias primas. Representa tan sólo las posibilidades inmediatas de trocar la producción del presente por las técnicas del futuro.

Sacrificios o austeridad

A base de devaluaciones monetarias forzadas que saquean al país, y mediante medidas de austeridad económica impuestas en la forma de "condiciones de crédito" que arruinan el potencial de recuperación productiva de la economía de las naciones iberoamericanas, están arruinando al continente con eso que llaman "austeridad".

Ciertos renglones de gastos, y en especial los relativos a bienes de consumo suntuario, se deben restringir, preferiblemente con rigor, en las circunstancias actuales. Las repúblicas deberán reexaminar la cuestión y fijar una serie de normas generales con el propósito de asegurar que la reducción de ciertas importaciones no resulte contraproducente en relación con el resto de las prioridades económicas.

Un pueblo bien alimentado, vestido decentemente, con buenas viviendas, bien educado, no es un pueblo pobre, no importa cuán sencillamente satisfaga sus necesidades materiales. Un pueblo

no necesita tantos automóviles cuando cuenta con un sistema de transporte colectivo eficiente, limpio y confiable. No necesita casas de juego ni de prostitución; no necesita una "industria" pornográfica ni grandes cantidades de esos bienes que llaman suntuarios. Un pueblo no necesita industrias de bienes de consumo que dependan de hacer compras constantes y grandes fuera de la unión aduanera que proponemos para la colectividad iberoamericana.

Quien va de visita a alguna casa, si es discreto, se fija en la extensión y el contenido de la biblioteca, de la colección de obras musicales, si los integrantes de la familia cuentan con lugar donde estudiar en privado sin interrupciones; se fija en los elementos físicos que simplifican las labores de la cocina y el lavado de la ropa, y en los que permiten gozar el placer y el desarrollo cultural de recibir visitas con las cuales compartir momentos musicales y otra cosas que enriquecen el alma. Busca los elementos que aligeran la carga de los quehaceres domésticos repetitivos y que facilitan el esparcimiento feliz de la familia y del hogar dentro de la colectividad.

Busca los valores duraderos y las condiciones de vida que permiten a la familia y a los habitantes en general procurar el perfeccionamiento y la aplicación de valores duraderos.

En las ciudades o pueblos se toma nota, desde luego, de las condiciones de salubridad pública y privada. ¿Dónde está la clínica o el hospital? ¿cuentan con buen equipo y suficiente personal? ¿Dónde está la escuela? ¿Dónde está la biblioteca pública? ¿Dónde se dan conciertos y conferencias públicas? ¿Dónde están los parques y los lugares de recreo? ¿Qué personajes han salido del lugar y en qué forma se les recuerda? ¿Qué cosas emocionantes han ocurrido en fechas recientes que pudieran ser objeto de conversación, frecuente y sana, entre adultos o jóvenes de la ciudad? ¿Qué cosas importantes y provechosas se planean construir en la localidad, y con qué participación popular cuentan?

Se buscan las cosas que hacen pensar al visitante "yo sería feliz viviendo aquí", no importa cuán simple parezca la vida en comparación con las sodomas y las gomorras del *jet set*. Las condiciones son tales —o se están creando— que cualquiera puede vivir aquí y lograr algo de valor perdurable para la nación y su posteridad. Quién no se sentiría orgulloso de ser de aquí, no porque otros lugares sean inferiores, sino porque éste, y sus habitantes, desempeñan una función vital para la nación y para la civilización entera. No porque "sea mejor" en el sentido "competitivo" —no porque sea "superior" en el sentido "deportivo"—, sino para hacer algo útil para la sociedad, con un sentido de logro que distingue.

La nación de pueblos o ciudades como esos, la nación que desarrolla su densidad demográfica relativa potencial —el conjunto de pueblos o ciudades que desarrollan las capacidades creadoras de sus habitantes para fructificar, multiplicarse, henchir la tierra y enseñorearse en ella— es una nación feliz. Pensamos en eso y encontramos a nuestro viejo amigo, San Agustín y sus obras.

Quedan descritas con eso las necesidades materiales de un pueblo y el sentido de vida feliz que deben ayudar a incorporar en la confianza de la gente, y de los pueblos y ciudades en general, los dirigentes de una nación.

Tales son los habitantes de una verdadera república.

"Aquí tenemos todo lo que necesitamos, cuando lo necesitamos. Insistimos en lo mejor, pero cuando no se puede, preferimos vivir lo más sencillamente posible". Cuando desembarca de su automóvil algún turista todo cubierto de joyas y trapos caros, más bien disfrazado que vestido —con esa presunción y esas opiniones de filisteo que hacen que se me caiga la cara de vergüenza cada vez que veo a algún conciudadano de esos en otro país—, el residente de la localidad feliz contempla con tristeza el espectáculo y piensa: "pobre gente, no sabe lo que importa en esta vida".

Ese es el punto de vista desde el cual se decide qué gastos hay que sacrificar necesariamente.

Ese aspecto de la toma de decisiones es tradicional del Sistema Americano de economía política, y lo fue para las colonias creadas en Norteamérica por el Commonwealth Party de Gran Bretaña, el partido republicano, antimonárquico, de Gran Bretaña. Ha habido mucho empeño en buscar pretextos para ridiculizar a los puritanos y demás. Fuera de contexto, algunas de las críticas

tienen fundamento, y, desafortunadamente, los descendientes de los colonos de Massachusetts degeneraron marcadamente en los siglos 18 y 19, a medida que sus intereses empresariales se fueron vinculando a la Compañía de las Indias Orientales británica. Pero con todo, la imagen que se tenía del granjero estadounidense hacia principios del siglo 19 (y aún después), era la del "agricultor latino", como lo dijeron varios europeos. Más del noventa por ciento de los colonos estadounidenses de finales del siglo 18 sabían leer y escribir, lo cual es más del doble que en Gran Bretaña, en donde sólo se podía decir lo mismo del cuarenta por ciento de los habitantes de la época; y los ingresos del ciudadano estadounidense, así como su productividad, eran más del doble que los del de Gran Bretaña. Basta con comparar los escritos políticos que movían mayorías electorales a fines del siglo 18 con los escritos y los discursos políticos que mueven mayorías en la actualidad, para darse cuenta de lo mucho que ha degenerado la cultura de la población estadounidense. Los escritos de Benjamín Franklin vienen mucho al caso para entender la frugalidad que para la generación revolucionaria de los Estados Unidos significaba la buena vida.

Antes de los refinamientos realizados en fechas recientes en materia de economía matemática por este autor y sus colaboradores, no era posible, en la práctica, examinar de un sólo golpe en el pensamiento el conjunto de los factores que entran en una economía. El método de aproximaciones era suficiente. Cada aspecto de la toma de decisiones se analizaba por separado, haciendo aproximaciones tentativas; luego se juntaban todas las piezas resultantes y se hacían los ajustes correspondientes.

El método de aproximación sigue siendo útil. De cualquier manera, dado que pocos ciudadanos llegarán a dominar los nuevos métodos y conceptos de la economía matemática de un solo golpe, nos vemos obligados a utilizar el método de aproximaciones en las discusiones públicas que versen sobre economía política.

Entre las aproximaciones tentativas está lo que se calcula que necesita la población desde el punto de mira del nivel de vida, modulado por la consideración de los elementos demográficos descritos anteriormente, y por las consideraciones que acabamos de señalar. Luego, en resumen, se ve dónde no se puede tolerar austeridad y dónde sí hay que mejorar las cosas en realidad a fin de obtener una población apta para las labores que se requerirán de la fuerza de trabajo en su conjunto.

Se analiza la economía en su conjunto, haciendo una aproximación tentativa de ello, como lo hemos hecho aquí. Se empieza con los cálculos relativos al rendimiento por hectárea y a las hectáreas por hombre por año, etc., que entran en la determinación del porcentaje de la fuerza de trabajo que se requiere para la producción agrícola. Se calcula la correspondencia entre esos resultados y el desarrollo urbano que se necesitará para mejorar la producción agrícola. Se determina luego qué porción de la inversión total destinada a la economía urbana se utilizará para satisfacer los requisitos de la agricultura y la infraestructura básica de la economía.

De esa manera, a *grosso modo*, se da cuenta de la distribución de los recursos económicos nacionales que requerirán la producción y la inversión. Luego se determina qué es indispensable y qué no, lo cual no nos dicen las aproximaciones. Se hacen ajustes. Todo lo deseable pero inasequible dentro de las limitaciones se debe sacrificar.

Luego se toman todos los resultados obtenidos de las aproximaciones y se lleva el procedimiento a un plano más refinado. Se utiliza el método LaRouche-Riemann de pronóstico analítico para hacer proyecciones más refinadas y rectificar las decisiones tomadas a base de las primeras aproximaciones.

Energía nuclear o muerte

Lo que hay que defender hasta el fin —y resolver sin tardanza— es que si no se emprende de inmediato y a marchas forzadas un programa para hacer proliferar el aprovechamiento de la

energía nuclear, no hay posibilidad de que se salve la civilización en general, ni las repúblicas de Iberoamérica en particular. Cualquier posición en contra de semejante programa es incompetente, y, por ningún motivo hubiera sido tolerada por ningún gobierno iberoamericano de no ser por el deseo de avenirse a las detestables demandas de los Estados Unidos y de los organismos internacionales que insisten en la política de "tecnologías apropiadas".

Nos encontramos en una situación en la que el cártel de comercialización petrolera de Londres está resuelto a destruir a la República Mexicana, ya. Muchos motivos contribuyen a la animosidad contra México, en la cual están complicadas ciertas familias petroleras de Texas vinculadas con el partido de la subversión mexicano conocido por las siglas PAN. El motivo más importante es que México es la nación que podría romper el poderío monopolístico del cártel de comercialización petrolera de Londres, tanto por el grado de desarrollo de Petróleos Mexicanos como porque México podría servir de coordinador, entre varios países exportadores de petróleo, de una tendencia contraria al monopolio londinense.

Nos encontramos al borde de una abrupta suspensión de las exportaciones petroleras del Golfo Pérsico y la posible disolución de la OPEP. Ello elevaría a más de 100 dólares por barril el precio mundial del petróleo. ¿Acaso hay alguien que piense que Londres, Manhattan o Texas van a permitir que México coseche las ganancias de ese aumento de precios? Están decididos a destruir a México, inmediatamente, para lo cual el PAN y sus aliados internos serían la "quinta columna".

No obstante, el petróleo de ninguna manera puede servir de base para aumentar apreciablemente la producción de energía a escala mundial. En comparación con la energía nuclear, la combustión de petróleo es exorbitantemente cara y, salvo que se encuentre manera de quemar petróleo por vía de la MHD (como sucede con el carbón), los factores como la contaminación ambiental que produce, y su baja densidad de flujo energético, le imponen serias limitaciones. El problema está en mantener a los niveles actuales, o aun algo superiores, los suministros de combustibles fósiles (petróleo, gas natural, carbón), y mejorar al mismo tiempo la tecnología de la combustión de los mismos. El mundo no resistiría en estos momentos una contracción sustancial del suministro de combustibles fósiles; no cuenta con sucedáneos y sí, sin embargo, tiene empeñada en la combustión de ellos una gran infraestructura de producción energética.

Todas las llamadas energías "blandas" o "alternativas" —solar, biomasa, alcohol, etc.— son fraudes desde el punto de vista de la densidad de flujo energético y de la retribución energética. Si la nación invirtiere en semejantes fraudes sumas considerables, simple y sencillamente estaría desarrollando una conducta suicida.

Las únicas fuentes de energía que permiten aumentar de manera importante los niveles de la producción energética —tomando como base los niveles de 1979— son la hidroeléctrica de alto embalse, la combustión de materiales fósiles mediante técnicas perfeccionadas (como la MHD) y la energía nuclear (de fisión, híbrida fisión-fusión y la fusión termonuclear). Quien diga lo contrario no es otra cosa que un incompetente o un embustero.

La generación de "pura" energía hidroeléctrica no es, en general, una inversión viable una vez que se saca el balance de retribución energética. Las grandes fuentes de energía hidroeléctrica son —tomando como norma las posibilidades que ofrece a la India, Pakistán y Bangladesh, el sistema de los Himalayas—, elementos integrales de sistemas de presas y canales de gran envergadura, cuya principal retribución económica está en la irrigación y otras cosas. Otro ejemplo de lo mismo es el proyecto NAWAPA que beneficiaría a Alaska, Canadá, el oeste de los Estados Unidos y México. Africa cuenta con grandes posibilidades mixtas del mismo carácter general. La suma de esos y otros proyectos de la misma categoría producirían en total unos cuantos gigavatios de electricidad.

Para que una nación alcance los niveles de productividad y de densidad demográfica relativa potencial de Europa occidental, Japón o los Estados Unidos de la década de 1970, es menester que ascienda a unos 50,000 kilovatios-hora el consumo de electricidad per cápita de las naciones

subdesarrolladas, el cual asciende hoy en algunos casos a 1,000 kilovatios-hora apenas. Esa cantidad se debe calcular para 6,000 millones de personas para finales de siglo, y 10,000 millones para mediados del que sigue, cuando se requerirán como norma unos 100,000 kilovatios-hora per cápita o más.

Si no se produce energía nuclear a gran escala, la mayoría de las naciones y la mayor parte de la población del mundo se irán muriendo en los próximos 20 ó 30 años próximos inmediatos. Quienes se opongan al aprovechamiento de la energía nuclear deben ser tratados ni más ni menos como si fueran una cuadrilla de la SS de Hitler encargada de cremar a la población del mundo. Esa es, concreta e irrefutablemente, la consecuencia inevitable de la posición antinuclear.

“¿Pero, cómo puede alguien decir esas cosas de gente tan preocupada y sincera?” Algunos de los asesinos de la SS se preocupaban mucho, y eran muy sinceros, justamente como la familia Harriman de la ciudad de Nueva York en su apoyo a los nazis. Les preocupaba que las “razas inferiores” se reprodujesen más que la “raza maestra, anglosajona”. La manera correcta de juzgar a las personas no es por sus expresiones de sinceridad, sino por las consecuencias prácticas de su conducta y por las maneras de pensar que los conducen a adoptar posiciones que, en la práctica, son genocidas. Los “ecologistas” maltusianos son una fuerza que hay que destruir por el bien de la humanidad. No se pueden tolerar concesiones con respecto a su posición: estaríamos tolerando una posición genocida.

La importancia de la energía nuclear tiene varios grados de profundidad.

Tenemos en primer término dos factores concomitantes: costo y densidad de flujo energético. La densidad de flujo energético de la producción de energía nuclear es unas diez veces, un orden de magnitud, mayor que la de la combustión de materiales fósiles. El problema más grande que tiene es que se utilizan flujos de neutrones para hacer hervir agua para mover turbinas. Sin embargo, en general, debe tenerse en cuenta, como lo hicieron Sadi Carnot y otros hace siglo y medio, que la eficiencia (entiéndase costo-potencial) de las fuentes de calor está en función de la densidad de flujo energético.

Los problemas técnicos de mayor importancia que tenemos hoy en relación con la producción de energía por fisión nuclear, son dos cosas interrelacionadas: la cría de combustibles en cantidades suficientes y el reprocesamiento del combustible gastado en los reactores. El reactor de cría (como el Superfénix francés) nos da una manera de resolver ambos problemas; el reactor híbrido de fisión-fusión que se ha propuesto nos proporciona otra manera mejor. Las máquinas de rayos de plasma acelerado representan otro aspecto del programa general que esbozamos.

No obstante, la fisión nuclear, y los programas basados en ella, presentan limitaciones de diseño intrínsecas. Con un programa a toda escala de aprovechamiento de la fisión nuclear —con miras a construir en los próximos 25 años una serie de centrales nucleares que en conjunto representen una capacidad instalada de 10,000 gigavatios—, podríamos llegar con alguna holgura a los años 2020–2030 d.C., pero estaríamos por alcanzar el límite de los beneficios de la energía de fisión y los programas relacionados con ella.

La manera correcta de pensar en los programas de energía de fisión es considerándolos como el puente indispensable para llegar a una economía mundial basada en la energía de fusión.

No hay razones buenas para que el mundo no empiece a instalar sistemas de producción de energía de fusión termonuclear “industriales” para el año 2000 d.C. aproximadamente. Lo que se ha proyectado hasta la fecha, en la mayoría de las propuestas relativas a esas tecnologías, es un método de producir neutrones que al principio —en los primeros modelos de escala “industrial”— sería equiparable al mejor de los reactores de fisión, pero que no tardaría mucho en empezar a dar muchos mejores resultados que cualquier sistema de reactores de fisión posible. Cabe señalar, además, que los abastecimientos de combustible de la fusión termonuclear no tienen límites en comparación con los de cualquier otra fuente de energía.

Hay otras consideraciones más profundas, más fundamentales aún, que hay que tomar en cuenta.

Debemos considerar la fusión termonuclear no sólo como algo básico para la producción de

electricidad, sino como la base para producir calor industrial de mayor calidad que el que nos pueden proporcionar los reactores de fisión de alta temperatura. Los reactores de fusión no sólo producen flujos de neutrones y calor, sino que pueden producir descargas de partículas cargadas que, entre otras cosas, podría permitirnos su utilización para generar electricidad por vía de la MHD en vez de tener que hervir agua para lo mismo.

Además de alcanzar densidades de flujo energético superiores por varios órdenes de magnitud que las que pueden alcanzar en la generación de calor los reactores de fisión, el aprovechamiento de la fusión termonuclear supone una revolución industrial. Las posibilidades de regular el flujo de neutrones o partículas cargadas —a densidades de flujo energético ultraelevadas— significa que pasarían a ser obsoletos todos los conceptos tecnológicos-industriales que conocemos. Con esas nuevas tecnologías no tendrían límite los recursos naturales aprovechables por el hombre en el universo o en el propio planeta.

Muy recientemente, mis colaboradores han estado promoviendo una nueva manera de considerar las posibilidades que ofrece lo que se conoce como la "polarización del espín", en cuanto método para lograr reacciones de fusión controladas. Desde el punto de vista más moderado, si se logra perfeccionar dicho método, la síntesis de fusión mejoraría por un factor de 2.5 y disminuirían los requisitos necesarios para producir reacciones de fusión.

Se trata de mucho más que una simple mejora técnica. La cuestión de la "polarización del espín" toca algunas de las cuestiones fundamentales de la composición física del universo que han sido resueltas implícitamente por la labor de Riemann: de ahí la especial contribución de quien esto escribe y sus colaboradores en relación a la manera especial de lograr la fusión termonuclear controlada.

De mayor importancia aún es que el ejemplo de la labor que está en progreso sirve para mostrar que la importancia de la tecnología de fusión no está sólo en que puede producir calor a mayores densidades de flujo energético, sino en que es la base de una nueva física de la producción y de un nuevo concepto de qué puede ser un "recurso natural" en la práctica industrial.

El análisis general del desarrollo económico de Iberoamérica debe tomar en consideración lo anterior, dentro del siguiente marco general.

Las proyecciones analíticas requeridas deben incluir los siguientes elementos categóricos: (1) El desarrollo de la infraestructura social y de las características demográficas, lo cual comprende educación, higiene, medicina, nutrición, desarrollo cultural acorde con los principios clásicos (del Renacimiento Dorado). Eso es en cuanto al desarrollo de las capacidades creativo-productivas de la población y la fuerza de trabajo. (2) El desarrollo agrícola, tal como lo hemos planteado. (3) El desarrollo de la infraestructura básica, con especial atención dada a los sistemas de presas y canales, de transporte y de producción y distribución de energía. (4) El desarrollo de las industrias de bienes de capital, tanto en cada república como en términos de la división de trabajo-comercio de la colectividad. (5) Programas de importación de bienes de capital. (6) El desarrollo de la producción de bienes de consumo.

Los presentes elementos nos traen de regreso al punto de referencia general que expusimos al principio. Empezamos con, y regresamos continuamente a, la función continua de desarrollo en la que la densidad demográfica relativa potencial supone tanto el incremento de la densidad de flujo energético como las variaciones concomitantes de las características demográficas de la población. Esas funciones "objetivas" son congruentes con el desarrollo de las capacidades creadoras del individuo social, perfeccionamiento creador que es medio y fin del desarrollo económico, merced a las innovaciones científico-técnicas, y que es posible gracias al desarrollo económico.

El factor económico más crítico —aparte del desarrollo humano en sí— es el desarrollo de tecnologías energéticas. La posibilidad del desarrollo futuro de ciertas economías —la existencia elemental de esas naciones, incluso— depende de que sigamos avanzando por el camino de las fronteras energéticas.

Se debe crear un instituto iberoamericano de física de plasmas a manera de organismo central

de planificación económica y docencia para toda la región. El instituto debe elaborarse a imagen de la École Polytechnique de Lazare Carnot y Gaspard Monge de la década de 1790. Su tarea central debe ser el dominio de los últimos adelantos de la fusión termonuclear y los aspectos de la física de plasmas y la astrofísica relacionados con ella, de manera que proyecte la sociedad, la economía y las tecnologías que entraña el buen progreso por esa frontera científica. Su orientación práctica lo equipara, en lo conceptual y en lo relativo al adiestramiento, para dominar con mayor eficacia los problemas de menor envergadura que se le presenten para análisis y recomendaciones en materia de desarrollo de energéticos o tecnologías. La formación de generaciones de científicos e ingenieros en el instituto facilitará a las repúblicas el personal necesario para poner en práctica las nuevas tecnologías.

Se tienen que acabar los tiempos en que las naciones subdesarrolladas se condenan a sí mismas a esperar hasta que reciban la ropa usada de los hermanos mayores, de las llamadas naciones industriales. La grandeza de las repúblicas se logra saltando adelante de las naciones que han degenerado, saltando adelante de ellas en materia de adelantos científicos y tecnológicos. Se tienen que acabar los tiempos en que las naciones subdesarrolladas dicen "somos pobres, humildes naciones subdesarrolladas. ¿Quiénes somos nosotros para pensar que estamos en capacidad de avanzar más allá que nuestros mejores ('anglosajones') en materia de ciencia y tecnología?"

Mas si conjugamos las capacidades de las principales naciones iberoamericanas, y entrando en cooperación con naciones como la India, y con la cooperación que podamos conseguir de entre las naciones industriales (Japón, Europa, Norteamérica), las repúblicas iberoamericanas podrían dar el salto adelante. Esos adelantos son los que las sacarán de su condición subordinada en el mundo. El continente iberoamericano podría convertirse en poco tiempo en una potencia económica de primer orden: en una superpotencia económica. Así será sólo si se adopta como regla general, como propósito rector del desarrollo económico, esa capacidad de hacerlo.

4. El Enemigo a Vencer

La naturaleza, manera de pensar, motivaciones, comportamiento y estrategias característicos de las huestes enemigas, han sido examinados a fondo en el estudio político titulado *The Toynbee Factor in British Grand Strategy*. Por tanto, nos limitaremos a tratar aquí ciertos aspectos de la estrategia de combate contra ese destacamento supranacional de "familias" oligarcas, después de señalar, en los más breves términos, la identidad, los intereses y las posiciones estratégicas del enemigo.

Para abreviar, podríamos decir que el enemigo es una amalgama de "familias" oligarcas rentistas-financieras, generalmente monarquistas. Ejemplifican su punto de vista la Unión Pan-europea de Otto von Hapsburg, los lunáticos escritos de la Hermandad Prerrafaelista y de Friedrich Nietzsche. Domina la alianza de "familias" la mayor concentración de bienes raíces del mundo, así como la mayor parte del poderío rentista-financiero del mundo, lo cual incluye al Banco de Liquidaciones Internacionales, al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial, al GATT, y a grandes sectores de ciertos organismos de la ONU (UNESCO, OMS, WFMH, UNITAR, UNISOC).

El concierto de familias se divide, en términos generales, en dos ramas. Hay un grupo "anglosajón", angloholandés, noreuropeo, que abarca, entre otras, las familias del norte de Alemania y los oligarcas escandinavos, además de las familias oligarcas —de menos abolengo— de los Estados Unidos (los Morgan, los Moore, los Harriman, etc.). Flor y espejo de la rama austral son la "aristocracia negra" de Italia, y sus elementos suizo, austrohúngaro, orleanista, de Braganza, etc., además de las familias oligárquicas de Baviera y Baden-Wurtemberg en Alemania Federal.

Sus posiciones presentan a veces diferencias de matiz. En estos momentos las une, en lo esencial, un propósito general común. El cual consiste en utilizar la crisis económica mundial (la "desintegración controlada"), guerras regionales, insurrecciones, levantamientos separatistas y terrorismo a escala internacional, para destruir tanto la institución del Estado nacional soberano como las instituciones del racionalismo y del progreso tecnológico.

Su afán en estos momentos es destruir el llamado "Occidente". Dicho afán se finca en la expectativa de que el CAME y el Pacto de Varsovia pronto quedarán destruidos internamente por una ola de insurrecciones separatistas o de otra índole, que desde Europa oriental se extenderán por la Ucrania y el Cáucaso hasta abarcar a los "fundamentalistas islámicos" del Asia central soviética.

En cierta medida, las familias ya han descontado los riesgos que supone el caos que fomentan. En las últimas décadas, y con mayor celeridad a partir de 1971, han venido adquiriendo grandes cantidades de bienes raíces en Norteamérica, Iberoamérica, Australia y otros lugares, con el propósito de distribuir sus riquezas. Ese "poner a buen recaudo" sus inversiones en varias naciones y continentes se basa en la suposición de que si parte del mundo es destruido, comoquiera contarán con influencia dominante en las regiones que lleguen a subsistir; también contarían con títulos nominales que les permitirían reclamar, en última instancia, lo que llegasen a perder temporalmente en las regiones destruidas del planeta.

Ven con deleite la crisis económica actual. Merced al efecto multiplicador de los sistemas bancarios no regulados, de "mar afuera", pueden aprovechar los infortunios de los agricultores y otros sectores, y adquirir activos con dineros ficticios en las regiones o naciones más necesitadas del mundo. No les preocupa en lo mínimo la posibilidad de que, debido a la crisis, se lleguen a devaluar los haberes nominales que han adquirido de esa manera. Lo que les preocupa no es el valor nominal, contable, de los haberes. Lo que les preocupa es el porcentaje de los bienes raíces y activos rentistas-financieros del mundo que logren dominar.

¿Quiénes son esas "familias" oligárquicas?

Son reliquias de las oligarquías gobernantes de los imperios romano o bizantino que, pese al Gran Plan de Carlomagno, lograron penetrar Europa occidental, principalmente a través de esa colonia de Bizancio que era Venecia. Las familias de mayor abolengo son las depositarias concientes de las tradiciones milenarias de esos imperios, pasadas de padre a hijo, y cultivadas secularmente por ciertas órdenes seudocristianas creadas y sustentadas a manera de servicio privado, así como por las escuelas públicas británicas, por universidades como Oxbridge e instituciones similares.

Su genealogía se puede seguir en detalle en los registros históricos de Europa, hasta el período clásico de Grecia, especialmente a partir de la época de Platón y Alejandro Magno (siglo cuarto a. de C.) En cuanto fenómeno social, han mantenido una continuidad ininterrumpida desde entonces.

Desde esos tiempos se les conoce por varios nombres: fenicios, filisteos, magos, caldeos y moabitas. Componían entonces un ejército de castas sacerdotales y publicanos rentistas-financieros que dominaban desde dentro el imperio persa de los aqueménidas y las redes de ciertas sectas de Tebas (Egipto y Grecia) además del culto de Apolo (Delfos, Roma, etc.)

En la era clásica de Grecia, el conflicto interno de la civilización era el conflicto de republicanos contra oligarcas. Esquilo y Platón, junto con Solón, representan el partido republicano. Hesíodo, los sacerdotes y publicanos de Tiro, los peripatéticos del culto de Apolo y la Escuela de Retórica de Atenas, representan el partido oligárquico.

En la época de Platón —y en el corazón de sus actividades—, el conflicto entre republicanos y oligarcas giraba en torno al conflicto que culminó con la destrucción del imperio persa por Alejandro Magno. Encabezaba el partido republicano la alianza compuesta por la Academia de Platón en Atenas y el templo de Amón en Cirenaica; este último proporcionó el impulso que permitió a la civilización griega salir de la "edad oscura" de la ignorancia en que se encontraba. Del bando contrario estaban sobre todo las fuerzas de Tiro y sus instrumentos, el culto de Apolo y Tebas.

Cabe repetir aquí la historia de Alejandro Magno, a fin de arrojar luz sobre las circunstancias actuales.

Como lo ilustra el relato que hizo Jenofonte de la marcha de los diez mil por el corazón del Imperio Persa, la cuestión estratégica que preocupaba a los fenicios era el hecho de que no había ninguna fuerza capaz de vencer al sistema militar griego y su variante macedónica. Los fenicios (los caldeos que tenían bajo el pie a Tiro), aceptaron a Filipo de Macedonia como instrumento conciente para llevar a cabo el proyecto que en la correspondencia de la época que ha llegado a nosotros denominan "la división occidental del Imperio Persa".

Con ayuda del culto de Apolo y sus agentes-espías peripatéticos, y sobre todo la Escuela de Retórica de Atenas, Filipo debía conquistar toda Grecia, estado por estado, lo que le alcanzaría el tradicional derecho griego de *hegemonía* sobre ellos. Una vez dominadas las huestes griegas, debería de marchar por Asia Menor y trabar lanzas con los persas hasta lograr un armisticio. Durante el armisticio, el emperador persa haría a Filipo uno de sus herederos (punto más, punto menos), y le legaría el gobierno de un imperio que abarcaba toda la Anatolia al oeste del Eufrates. La condición era, entre otras, que el orden social interno del imperio mediterráneo se ajustara a lo que la correspondencia de la época llamaba por varios nombres: el "modelo persa" o el "modelo oligárquico". El significado del término *oligárquico* está dado por las características de dicho orden social-político-económico.

Las fuerzas de la Academia de Atenas contraatacaron, en combinación con las del templo de Amón, en un esfuerzo final, desesperado. Filipo fue asesinado en vísperas de su partida para tomar el mando de las tropas en Anatolia. Tras una enconada lucha de sucesión, ascendió al trono de Macedonia uno de sus hijos, Alejandro. Su madre era protegida de una de las ramas del templo de Amón en la Grecia continental. Tras una rápida serie de guerras de consolidación, Alejandro

puso en marcha una campaña encaminada a extirpar las instituciones del orden socioeconómico-político persa en Asia, y establecer una nueva sociedad basada en el modelo republicano. En todo ello Alejandro fue guiado por los asesores de la Academia de Atenas (Platón había muerto 14 años antes), y contó con un apoyo enorme del templo de Amón. Este ayudó a Alejandro a conquistar Tiro, organizando una revuelta contra los persas en Egipto, y contribuyó, además, a la planeación definitiva del orden mundial republicano que Alejandro tenía por misión implantar.

El segundo atentado de Aristóteles y Cía. contra la vida de Alejandro logró su objetivo, e hizo posible que se produjese la rebelión de los generales macedonios en favor del modelo persa. No obstante, Alejandro había causado tales estragos en las instituciones del orden persa, que no pudieron poner en efecto el "modelo oligárquico" hasta que los herederos de Tolomeo Soter y el culto de Apolo en Tebas crearon el imperio romano al amparo de Augusto.

La falla interna, principal, del proyecto de Sócrates y Platón, fue precisamente el tema de controversia del juicio de Sócrates: el de las deidades paganas "tradicionales". La controversia se analiza a fondo en *The Toynbee Factor*. Basta con señalar que la "gran madre" (Cibeles-Isis) y sus incestuosos hijos (Apolo-Dionisio; Osiris-Horus, etc.) forman la estructura básica de los cultos de "tierra y sangre" típicos de las seudoreligiones fenicias del período (Cadmó-Tebas, por ejemplo). Por no prescribir la destrucción de esos cultos seudoreligiosos, el proyecto estaba destinado al fracaso.

La civilización fue salvada por Jesucristo y los apóstoles. Desde el punto de vista de la teología sistemática, el cristianismo se explica a sí mismo en los términos helenísticos empleados por San Juan y San Pablo, así como por el judío Filón de Alejandría, contemporáneo de los apóstoles (y colaborador de San Pedro en Roma). Como lo explica San Agustín, el cristianismo adoptó la ciencia platónica en cuanto metodología científica y arte de gobernar, pero subordinándola a los principios judeocristianos. De ahí el *neoplatonismo judeocristiano* o *republicanismo judeocristiano*.

El inexorable ascenso de la Iglesia cristiana apostólica, pese a la persecución de que fue objeto por las familias oligárquicas romanas, obligó a la oligarquía romana a tomar contramedidas de carácter délfico. Constantino trasladó la capital del Imperio a Grecia, que a la sazón contenía la mayor concentración de población del Imperio Romano. Allí tenía mayor fuerza la Iglesia cristiana entonces. Constantino trató de destruirla dándole la forma episcopal de las misteriosas religiones del Imperio Romano. Los esfuerzos de Arrio por proscribir la doctrina de la consubstancialidad (más tarde llamada de Filoquio en la liturgia agustina del cristianismo occidental), condujeron a la convocatoria del Concilio de Nicea. Técnicamente salió victoriosa la facción apostólica, pero la jerarquía episcopal de Oriente persistió en el arrianismo, lo que preconizó la prolongada división entre la Iglesia Occidental y el Rito Oriental (de influencia pagana), que desembocó en el cisma formal de siglos después.

La división del cristianismo revestía dos aspectos. En la medida en que la jerarquía del Rito Oriental se consolidó en torno al arrianismo, en esa medida pasó a ser la Iglesia Oriental la mediadora del modelo oligárquico en la práctica social, en agudo contraste con el gran proyecto republicano (Carlomagno, Alcuino) de la Iglesia agustina de Occidente. Sin embargo, la lucha persistió en Oriente, donde la controversia determinante era entre el partido del lenguaje y la literatura de la Grecia clásica (Esquilo, Platón, Homero), y los partidarios de erradicar la enseñanza y el uso del griego clásico. Los republicanos afirmaron su poder en época de los Paleólogos (1261-1453 d.C.). Los Paleólogos fueron derrocados por los arrianos en 1453, a través de una conspiración en la que participaron Venecia, Génova y una de las principales facciones de la Iglesia Griega; se entró en un acuerdo con Mahoma el Conquistador, gobernante del Imperio Otomano, mediante el cual le cedieron Constantinopla a cambio de ciertas consideraciones para con Venecia y la jerarquía de la Iglesia Ortodoxa Griega, entre otras cosas.

Así, el corazón de la lucha por la civilización quedó en el seno de la cristiandad occidental. Contra las fuerzas agustinas estaban las familias oligárquicas del Imperio Oriental, que penetraron

Occidente principalmente a través de Venecia y Génova, en alianza con familias oligárquicas romanas (entre ellas los Colonna) que todavía tenían su sede en Italia.

El avance general más grande del oligarquismo se produjo a consecuencia de las cruzadas, con la difusión de un movimiento antiagustino bajo el disfraz de la Inquisición Romana (de 1230 en adelante, aproximadamente), fuerza dirigida por Venecia que, en realidad, fue la principal culpable de la creación de los nazis de Hitler.

Desde finales del siglo 13, el nombre genérico de la oligarquía rentista-financiera, aristocrática, ha sido "Güelfos Negros", o simplemente "aristocracia negra".

La siguiente gran insurrección de las familias oligárquicas que se ha visto desde el siglo 14, ocurrió entre 1525-1653; la llamada "Contrarreforma". El verdadero blanco del período de la Contrarreforma, dominado por los Habsburgo, no fue el protestantismo, sino el pontificado neoplatónico del siglo 15 y las extensas reformas institucionales de la Iglesia y el Estado puestas en marcha por el Renacimiento Dorado. Los más grandes desafíos que enfrentaron las familias oligárquicas después de 1653, fueron el ascenso de Carlos III al trono de España y la Revolución Americana. Con los sucesos de 1866-1879, el sistema financiero internacional de las familias oligárquicas puso bajo su férula las finanzas y el financiamiento del comercio mundiales.

Una serie de crisis económicas, empezando en la década de 1870, y dos guerras mundiales fomentadas por la oligarquía, destruyeron a la mayoría de las instituciones de la cultura del Estado nacional republicano. El saqueo de Europa occidental y el dominio sobre la política monetaria y exterior de los Estados Unidos, que sobrevino tras la muerte prematura de Franklin Delano Roosevelt, puso a las familias oligárquicas en capacidad de llevar a cabo los preparativos para la toma de poder consolidada, final, que llevan a cabo en estos momentos.

El principal problema del arte de gobernar republicano moderno es que la mayoría de los estadistas republicanos ignoran los rudimentos de la historia europea de los últimos 2,500 años, lo que contrasta agudamente con el conocimiento prevaeciente entre los estadistas republicanos de antes de 1870. A los estadistas y partidos se les hace creer, por medio de engaños, que los principales temas políticos de nuestro tiempo son algo muy diferente de la batalla final entre el oligarquismo insurgente y los últimos vestigios del republicanismo.

Ejemplo: es creencia común hoy día que las divisiones políticas de la sociedad cubren un abanico que pasa por diversas posturas de *derecha*, *centro* o *izquierda*. La consecuencia de esa creencia es un espectáculo en el que la gente ingresa a partidos políticos que se definen como tales según grados de la escala que va de derecha a izquierda. Luego, los partidos se imaginan que la competencia entre ellos es el tema vital de la época; de manera que la vida política de los gobiernos y los partidos se convierte en una suerte de arena neroniana, en la que gladiadores insensatos luchan a muerte por cuestiones falsas, en tanto que, escondidas entre los espectadores, las familias oligárquicas se divierten observando a los incautos acabarse unos a otros en ese fantástico circo romano en el que se hace política a la moderna.

La política contemporánea es muy pueril. Se parece a las contiendas deportivas de los adolescentes. Por toda la escuela se agitan las pasiones en torno a qué equipo ganará. En realidad no importa qué equipo gane. Pero cuando los leales admiradores de uno de los equipos se ponen a discutir con los del bando contrario los méritos relativos de los equipos, ¡qué feroces batallas de opiniones, y, a veces, qué golpizas!

En la pasión de esas trifulcas dignas de jóvenes deportistas, con golpes a diestra, centro y siniestra, se olvida la controversia vital que se ha agitado por 25 siglos, la batalla a muerte entre el republicanismo judeocristiano y el "modelo oligárquico" de las siniestras *familias*. Estas, deleitadas con los espejismos que emboban a partidos políticos y gobiernos por igual, se divierten dándole cuerda a todos a la vez, mientras se preparan para subir al poder tan pronto como se destruyan mutuamente los contendientes políticos.

La expresión más fundamental de la batalla entre el republicanismo y el oligarquismo es precisamente la lucha por el poder entre los partidarios del progreso tecnológico (renta de las

empresas productivas) y el parasitismo maltusiano-hesiódico (renta de la tierra y usura). En el intento de resolver el problema del crecimiento económico dentro del andamiaje y las condiciones de un orden monetario internacional basado en el fomento de la renta de la tierra y la usura, entre más duro luchan por el progreso económico nacional, más se ponen a merced de las fuerzas de la renta de la tierra y de la usura.

“Tendremos que mantener la capacidad de crédito a los ojos de los usureros internacionales”, exclama la última república al tiempo que, ella también, dobla obedientemente la cabeza sobre el tajadero del verdugo de la oligarquía.

La batalla en torno a la orientación de las instituciones financieras es, para las fuerzas enemigas, la batalla por su poderío material. Eso no quiere decir que eso sea en sí la cuestión fundamental. La cuestión fundamental es la cultura: la cultura clásica del neoplatonismo judeo-cristiano, a despecho de las supersticiones hedonistas de los cultos oligárquicos.

A menos que las repúblicas iberoamericanas tengan la perspicacia y el valor para tomar medidas en concierto para destruir el orden monetario internacional de la renta de la tierra y de la usura, y para exigir y lograr que el Sistema Americano se convierta en la base de las relaciones internacionales, entonces la civilización, la civilización republicana judeocristiana, estará viviendo sus últimas horas. No luchar con todas nuestras fuerzas es querer morir. No queda otra alternativa: luchar unidos o morir.

No obstante, en el proceso de afirmar la hegemonía del Sistema Americano, no debemos olvidar que solamente procuramos echar los cimientos político-económicos institucionales indispensables para el fomento de la cultura clásica, para el perfeccionamiento del individuo en sociedad. Más aún: no es cosa de lograr primero lo uno para luego pasar a lo otro. Sólo si los dirigentes adoptan para sí el punto de vista de la cultura clásica, como norma de conducta personal, sólo así podrán encontrar en sus adentros la capacidad para dirigir una nación eficazmente.

Tenemos ante nosotros la batalla por el alma de los Estados Unidos. Si siguen éstos adheridos al dogma oligárquico, siniestramente anticristiano, de la “libre empresa”, entonces las catástrofes que están a punto de sufrir esa nación y su pueblo, bien podrían transformarlos en algo peor, más monstruoso aún, más mortífero, que la Alemania de Hitler. Hay bondad en la mayoría de la gente de los Estados Unidos, pero esa bondad sólo será avivada por un gran estremecimiento moral, administrado con todo vigor y audacia por el firme concierto de las principales naciones de Iberoamérica.

“Pero, ¿y si las naciones de Iberoamérica se niegan a seguir su consejo?” Entonces, sin lugar a duda, y muy pronto, todas y cada una de esas naciones dejarán de existir. Yo sí sé lo que representan Averell Harriman y los de su siniestra laya; yo sí sé lo que están decididos a desencadenar.

Notas

Capítulo 1

1. Ver *Executive Intelligence Review*, Vol. 9, No. 27, 20/7/82.
2. Ver “Economic Becomes a Science: Lyndon LaRouche’s Riemannian Economic Model”, *Executive Intelligence Review*, Vol. VI, No. 17, 1-7/5/1979; *Fusion*, Vol. 2, No. 9.
3. El origen del Sistema Americano de economía política se atribuye a tres memorias al Congreso de los Estados Unidos compuestas por el secretario del Tesoro Alexander Hamilton entre 1789-1791: “On Public Credit” (enero de 1790), “On a National Bank” (diciembre de 1790), y “On the Subject of Manufactures” (diciembre de 1791). En esta última refuta devastadoramente tanto las tesis de los fisiócratas franceses como las de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, apoyándose en la experiencia agrícola adquirida hasta el momento en los Estados Unidos para desmentir las teorías de la renta británica (y posteriormente de Ricardo y Marx).

4. Mathew Carey, destacado dirigente republicano irlandés, escapó de las garras británicas para unirse a Benjamín Franklin en París durante la Guerra de Independencia estadounidense de 1775-1781. Carey se convirtió en íntimo colaborador de Alexander Hamilton y Franklin; fue un editor prominente de Filadelfia y realizó grandes tareas para los servicios de inteligencia nacional. Sus conferencias de 1819 en la Philadelphia Society for the Promotion of National Industry (del 27 de marzo al 5 de julio de ese año), movilizó a los Estados Unidos en contra lo que él mismo demostró que era la causa de la crisis económica por la que atravesaba: la adopción por Jefferson y Madison del dogma de la "libre empresa" de la Compañía de las Indias Orientales de Adam Smith. A su muerte, su labor fue continuada por el hijo, Henry C. Carey, quien más tarde sería el principal asesor económico de Abraham Lincoln.
5. Friedrich List era protegido de los círculos conspiratorios de Schiller, Humboldt, y demás en Alemania, y estuvo íntimamente vinculado al editor de las obras de Friedrich Schiller, von Cotta. A principios de la década de 1820 en París, List estudió el Sistema Americano de economía política y la obra de la École Polytechnique, especialmente la brillante labor de Claude Chaptal y Charles A. Dupin. En París, contó con el patronazgo del jefe de los servicios de inteligencia estadounidenses en Europa, el marqués Gilbert de LaFayette sucesor de Washington a la cabeza de la Society of Cincinnati, como lo haría más tarde Heinrich Heine. Lafayette llevó a List a los Estados Unidos y lo puso bajo la tutela de Mathew Carey. List sirvió en el servicio de contrainteligencia en la zona de Reading, Pennsylvania, al tiempo que colaboraba con Carey en Filadelfia. Concentró su atención en la población de descendencia alemana, para lo cual se dio a editar el periódico *Adler* de Reading, predecesor del actual *Eagle* de la misma ciudad. Tras recibir la ciudadanía estadounidense, regresó a Alemania en épocas difíciles para los servicios de inteligencia de los Estados Unidos: ahora era Presidente el traidor Andrew Jackson. En Alemania, List encabezó el movimiento en pro de la fundación de una "unión aduanera" (Zollverein), para lo cual von Cotta había realizado grandes labores preparativas anteriormente. List fue el arquitecto de la industrialización de Alemania del siglo 19, pese a que murió prematuramente y de manera sospechosa tras visitar a sus adversarios británicos en Londres. "Hamilton, Carey y List" era la divisa del Sistema Americano de economía política en el siglo 19.
6. Uno de los primeros en describir en esos términos a los Estados Unidos fue el marqués de LaFayette.
7. Puesto que la negatropía representa la ley básica del universo, es incongruente que un término más simple, entropía, se refiera a una condición anómala, en tanto que el término más complicado, "entropía negativa", se refiere a la condición normal. La culpa de ello échensela al vienés Ludwig Boltzmann y a su círculo de colaboradores. El uso presente de los términos ha sido consagrado por los diccionarios científicos y su esclarecimiento a estas alturas costaría tanto trabajo que no vale la pena.
8. Por sus producciones abiertamente deshonestas, miserablemente anticientíficas, como su supuesto psicoanálisis de Leonardo da Vinci, a Sigmund Freud se le debería llamar *Sigmöide Fraude*. Freud echó mano de las consejas más superficiales en relación con Leonardo, sin tratar de analizar a fondo su manera de pensar. Los cuadernos de apuntes de Leonardo muestran que no sólo fue el científico de mayor importancia de los siglos modernos antes de Kepler, sino también el descubridor de principios hidrodinámicos que la física moderna no volvió a descubrir hasta la década de 1970. Su obra fue primordialmente resultado de la influencia directa de los escritos del cardenal Nicolás de Cusa en materia de método científico. Cualquier intento de explicar la historia interna de la ciencia moderna sin encontrar los orígenes mismos de las principales líneas de labor científica de Kepler, Gilbert, Pascal, Leibniz, etc., en Cusa y Leonardo, será una relación fraudulenta de la historia.
9. *Mysterium Cosmographicum*, *La nueva astronomía* y *La armonía de los mundos* son los principales libros de Kepler. Es curioso, pero no misterioso, que esos tres libros, con los cuales se fundó la física matemática moderna, nunca se han publicado en versión inglesa; lo que es más, la manera en que comúnmente se representa en libros de texto en inglés la labor lograda en ellos es completamente falsa y fraudulenta.
10. *La armonía de los mundos*.
11. El autor señaló la importancia de realizar semejante construcción rigurosa mediante métodos puramente sintético-geométricos, en un seminario celebrado en 1981 en Alemania Federal. El trabajo fue consumado poco después por su colaborador Jonathan Tennenbaum, cuyas construcciones han puesto punto final a la cuestión.
12. El doctor Uwe Parpart ha analizado detenidamente ciertas tablas astronómicas contemporáneas, y ha logrado demostrar que los valores armónicos de Kepler son las determinaciones más precisas en lo que concierne a los planetas y sus satélites. La demostración es congruente aún en relación con cuerpos "errantes" que han entrado en órbita después de entrar al sistema. La invalidez de cualquier método que se base en la "acción a distancia" o cosa parecida se pone de manifiesto por el hecho de que el "problema de los tres cuerpos" es inherente al sistema newtoniano, en tanto que el kepleriano no supone ningún problema parecido.
13. Véase G. Leibniz, "El origen y la historia del cálculo". El cálculo diferencial descubierto por Leibniz estuvo en manos de su editor en 1675, más de diez años antes de que Newton publicara su propia parodia inútil de la obra de Leibniz. El archivo de Leibniz relativo a los años 1671-1675 muestra en detalle cómo para 1673 éste ya había llevado el cálculo diferencial a un grado de refinamiento muy por encima de lo que entregó a su editor en 1675. Las acotaciones hechas por Leibniz al margen de sus ejemplares de las obras de Kepler muestran que se basó en el trabajo de éste para elaborar el cálculo diferencial. Leibniz resolvió el problema apoyándose no sólo en la obra editada de Pascal, sino también en algunos documentos inéditos del mismo. No se encuentra en el archivo de Newton prueba documental alguna de que éste haya hecho alguna investigación seria en relación con el cálculo diferencial.
14. La caracterización del trabajo de Cauchy es materialmente exacta. Cauchy era protegido del jesuítico Abate Moigno.

cuya obra escrita constituye un recetario completo de todo lo que hizo contra la ciencia su maligno protegido. La influencia de la fraudulenta noción de límites de Cauchy ha causado lesiones cerebrales a varias generaciones de estudiantes incautos del cálculo. Lo que hizo Cauchy en Francia, al amparo de los Orleans, representa una Inquisición dirigida contra las principales figuras de la ciencia francesa.

15. Las afirmaciones se apoyan en investigaciones hechas en los archivos de Francia y Alemania. Lazare Carnot salió exilado de Francia por el Tratado de Viena. Nominalmente residía en Marburgo, aunque pasó el grueso de sus últimos años en Berlín, colaborando con los círculos de Humboldt. Este último, por otra parte, pasó sus años entre París y Berlín (hasta 1827), trasladando a Alemania el corazón de la ciencia francesa.
16. De aquí al final del capítulo describimos los aspectos capitales de la disertación de Riemann de 1854. El lenguaje que empleamos se basa en el de Riemann.
17. Ver la nota 4. Desde ese punto de vista se puede demostrar fácilmente que el culto a la "libre empresa" que se observa en los Estados Unidos en la actualidad es un fraude de cabo a rabo, en la medida en que sus seguidores afirman que el desarrollo económico del país se debió a esa doctrina contra la cual se luchó la Guerra de Independencia de 1775-1783.

Capítulo 2

1. El "acharismo" es la versión del "fundamentalismo islámico" que minó por dentro al Renacimiento árabe. Se le llama acharismo en honor de al Acharí. El "acharismo" va unido por lo general al nombre de al Gazalí, fanático quemalibros del siglo 11 antes de Cristo y agente de los mercenarios turcos Seljuk que subyugaron y desgarraron la civilización del Califato de Bagdad, y allanaron el camino para la conquista y destrucción posterior de la civilización árabe e iraní por los mongoles. Los británicos revivieron las sectas "acharitas", empezando en Calcuta, donde la Compañía de las Indias Orientales británica se concentró en el proyecto de manipulación de los grupos islámicos. Lo mismo se extendió mediante las prácticas de la división india de los servicios secretos de inteligencia británicos (SIS), y se prolongó con la creación de una división árabe de SIS, la cual salió de la división india de la misma en la década de 1920. La "Hermandad Musulmana" fue creada por la división árabe de SIS, en tanto que la genealogía de las versiones chiftas de los proyectos acharitas de SIS pertenecen a la tradición de la división india propiamente.
2. La documentación relativa a la puesta en el poder de Jomeini en Irán por los anglonorteamericanos se puede encontrar, en forma resumida, en el libro de Robert Dreyfuss titulado *Hostage to Khomeini* (New York: The New Benjamin Franklin House, 1981), que ha estado circulando por todo el mundo en inglés, árabe y farsi. En pocas palabras, Bernard Lewis, un oficial de la división árabe de SIS, fue promovido y enviado a Princeton bajo el patrocinio de Henry A. Kissinger. Bajo el patrocinio de un instrumento de SIS, el Instituto Aspen, Lewis produjo un plan para desgarrar a las naciones del Medio Oriente (y circunvecinas), mediante movimientos separatistas, con el propósito de dividir las en microentidades semiautónomas. El plan se incorporó en la posición norteamericana bajo Henry A. Kissinger y persistió durante el gobierno de Carter bajo los rubros de "Arco de Crisis" y "Carta del Fundamentalismo Islámico."
3. Estos estudios ideológicos fueron compilados por el CRE bajo la dirección del futuro Secretario de Estado Cyrus Vance, el futuro Asesor de Seguridad Nacional Zbigniew Brzezinski, el futuro Secretario del Tesoro Werner M. Blumenthal, etc. Se terminaron durante el "período de transición" de 1976, justo a tiempo para la toma de posesión del Presidente-títere de la Comisión Trilateral, Jimmy Carter. Posteriormente fueron editados a manera de libros por McGraw Hill.
4. La documentación de la historia de MacArthur se debe a Webster Tarpley. Pocas cosas concitan una reacción más rápida y violenta —pro o anti— entre los círculos castrenses estadounidenses de mayor antigüedad, tanto en ejercicio como retirados, que la mención de que la Guerra de Corea fue, en términos generales, una guerra sustituta entre Gran Bretaña y el general MacArthur, siendo Averell Harriman la principal serpiente británica del lado estadounidense. Los datos no dejan lugar a dudas. Con la destitución de MacArthur, Harry Truman destruyó el principal bastión de resistencia a que los Estados Unidos se convirtieran en "colonia extraoficial" de Gran Bretaña.
5. Así lo han demostrado un grupo de historiadores por el lado mexicano. Sin embargo, la alianza entre Benito Juárez y los Whig ha sido documentada con lujo de detalles por el lado estadounidense. La versión de Reyes Heróles expresa la mitología popularizada por Cambridge University en este siglo, como lo ejemplifican los fraudes de Frederick Jackson Turner, Charles A. Beard, Walter Lippmann y muchos otros "historiadores" norteamericanos de la misma inclinación traidora. Se ha desarrollado un esfuerzo concertado para borrar de la memoria de los mexicanos todos los hechos esenciales de su historia anterior a la década de 1870.
6. Publicado en inglés y en italiano en 1980-1981.

Apéndice

La propuesta de LaRouche de un "peso de oro" iberoamericano

A fines de 1983, Lyndon H. LaRouche instó a las naciones soberanas de Iberoamérica a crear una moneda común, lo que sería un paso decisivo para resolver la explosiva crisis de su deuda y su comercio, y para iniciar la reactivación de su economía. LaRouche sugirió que la nueva moneda se denomine "peso de oro" y su valor se fije en unos 750 pesos por onza troy de oro.

LaRouche, quien contiende actualmente por la candidatura presidencial demócrata de 1984, propuso asimismo que el valor de cada moneda iberoamericana se establezca en relación con el "peso de oro" y no en relación directa con el dólar, además de que el tipo de cambio de todas las monedas iberoamericanas se fije según su poder real de compra. Si el dólar volviere, como debe, a fijar su valor en relación con el oro, a razón de 750 dólares por onza troy de oro, entonces el peso de oro y el dólar podrían intercambiarse a razón de un peso de oro por un dólar.

Las monedas iberoamericanas están en la actualidad tremendamente subvaluadas en relación con el dólar, según demostró un equipo de investigación económica de *Executive Intelligence Review* al que LaRouche encargó la tarea. El equipo de investigación concluyó, en principio, que el actual tipo de cambio del peso mexicano, por ejemplo, le da sólo alrededor del 28 por ciento de su valor real; es decir, que el tipo de cambio no debe ser 159 pesos por dólar (tipo de cambio en el mercado libre), sino 46 pesos mexicanos por dólar. Se obtuvieron resultados similares al estudiar las seis principales monedas iberoamericanas.

En pocas palabras, el estudio preliminar de *Executive Intelligence Review* demuestra que en la actualidad las monedas del continente están subvaluadas entre 200 y 400 por ciento; es decir, que se intercambian a más o menos entre $\frac{1}{4}$ y $\frac{3}{4}$ de su valor económico real. El informe señala que la causa de esta peligrosa situación reside en primer término en los procederes usureros del Fondo Monetario Internacional y las instituciones aliadas a éste: forzar devaluaciones, instigar fugas de capitales, imponer tipos de interés y recargos insostenibles, amén de otras "condiciones".

LaRouche propuso que las naciones de Iberoamérica nombren una comisión de urgencia que revise las conclusiones del estudio, afine sus hallazgos y proponga pasos concretos para remediar la situación. LaRouche sugirió la posibilidad de que el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) sea la institución encargada de la tarea, en tanto instrumento capaz de impulsar la ejecución de programas para fortalecer la cooperación monetaria y financiera continental, ampliar el comercio intrarregional, mejorar la capacidad de negociación de las naciones iberoamericanas frente a los financieros transnacionales y mejorar la seguridad económica de la región entera.

La canasta del mercado

¿Cómo llegó a sus conclusiones *Executive Intelligence Review*? Para elaborar su estudio, el equipo de investigación echó mano de la misma metodología que ha probado su eficacia en cuatro años de prognosis econométrica y que ha hecho del Informe Económico Trimestral de *Executive Intelligence Review* el servicio de prognosis de la economía norteamericana más exacto que existe.

Los valores reales de las monedas se establecieron con relación a una canasta común y corriente de bienes de consumo. ¿Cuánto cuesta, en cada uno de los seis países investigados, la misma canasta de bienes de consumo producidos en cada uno de ellos? ¿Cuál es la diferencia de precios entre esa canasta y una casi idéntica, de bienes también producidos nacionalmente, comprada en los Estados Unidos?

Se enlistaron treinta y cinco bienes de consumo comunes y corrientes, así como algunos servicios elementales, y se hicieron cálculos respecto a dos canastas: una "pequeña", que cubre alimentos y algunos artículos hogareños, y una "completa", que abarca, además, transporte, bienes de consumo duraderos, renta y servicios. El principio orientador de todo esto es que una hogaza de pan es igual a otra del mismo grano,

sin importar dónde se produzcan. Si los tipos de cambio se fijan en contra de este principio—como lo hacen el FMI y otras “fuerzas del mercado”—, el país cuya producción sufre semejante desvalorización sufre en realidad el saqueo de su producción por parte de las instituciones acreedoras.

Esto no es cosa de hipótesis: es lo que ha ocurrido en la realidad durante los pasados dos años de devaluaciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional. La canasta “pequeña” cuesta 21.80 dólares en los Estados Unidos. Pero, al tipo de cambio del mercado libre, cuesta sólo 6.12 dólares en Brasil. En otras palabras, con 21.80 dólares se compra una canasta de comida y otros bienes de consumo en los Estados Unidos, en tanto que con los mismos 21.80 dólares se compran cruceiros suficientes para adquirir tres canastas y media en Brasil. De otra forma, al tipo de cambio actual, con el mismo dinero que en Brasil se compra la canasta básica en los Estados Unidos no se podría comprar ni un tercio de ella. El creceiro debe revaluarse 3½ veces a fin de que la misma cantidad de dinero, en dólares o cruceiros, compre la misma cantidad de bienes en ambos países.

El estudio de *Executive Intelligence Review* demostró que todos los casos siguen la misma pauta, lo mismo con la canasta chica que con la grande. El equipo de investigación espera que con índices más finos—por ejemplo, al añadir los bienes de capital a la canasta o al hacer ajustes de acuerdo con los diferentes factores de productividad—se obtendrán resultados del mismo orden que los obtenidos en el estudio preliminar.

¿Qué implica todo esto? Que el dólar estadounidense—o, cada vez más, las obligaciones financieras contraídas en dólares—se emplean como un instrumento de saqueo de la producción de Iberoamérica. Por ejemplo, en términos generales, para obtener un dólar, Brasil tiene que exportar una suma de bienes tangibles tres veces y media mayor que la que se puede comprar con ese dólar en los Estados Unidos. Dado que buena parte de los ingresos por exportación se dedican al pago de la deuda externa, la subvaluación artificial de las monedas iberoamericanas es uno de los factores principales que hacen impagable la deuda del continente. Como lo reconocerá la mayoría de los observadores de la situación financiera de la región, su deuda externa se ha vuelto *físicamente impagable*.

Las ventajas del ‘peso de oro’

Hay una alternativa posible a esta pesadilla financiera, indicó LaRouche.

La revaluación de las monedas iberoamericanas en las magnitudes sugeridas restauraría la capacidad del continente de importar los bienes de capital y los recursos técnicos que necesita para revitalizar la economía de todas las naciones. Las exportaciones norteamericanas a Iberoamérica, por ejemplo, han descendido en más de 10 mil millones de dólares en los dos años pasados. Restaurar el poder de compra de Iberoamérica haría posible ampliar enormemente las exportaciones de los Estados Unidos a la región y echaría las bases de una renegociación razonable de la deuda.

El equipo de investigación de *Executive Intelligence Review* subrayó que, de ser posible en lo interno y viable en lo político, la revaluación de las monedas debe formar parte de una reforma monetaria continental como la que esbozó LaRouche en *Operación Juárez*, en agosto de 1982. Concretamente, además de crear el peso de oro, Iberoamérica debe:

1. Establecer una institución regional de depósito—un banco iberoamericano de fomento—con representación de todos los países de la región, encargada de emitir la nueva unidad de cuenta y de actuar como cámara de compensación tanto para el comercio intrarregional como para el extrarregional.
2. Formar un mercado común iberoamericano, el cual garantizaría que se dé preferencia al comercio intrarregional frente al extrarregional, y protegería de intereses financieros hostiles a todas las naciones integrantes.
3. Valerse de estas instituciones nuevas para fijar una postura y un marco de referencia común para la renegociación subsecuente de la deuda de cada nación soberana.

Indice

Presentación esta edición	i
Advertencia del Autor.....	1
1. Los Principales Expertos del Mundo en Economía	3
¿Qué cosa es la economía?	5
La función termodinámica	7
La correlación termodinámica-producción.....	9
La "geometría" de la vida mental creadora	11
Algo difícil, pero decisivo.....	15
La situación actual de los modelos LaRouche-Riemann	20
La falla general de los economistas contemporáneos.....	21
La econometría	24
2. Tres Opciones de Reorganización de la Deuda	28
Los despliegues "extrajurisdiccionales" de la OTAN.....	30
Negociación colectiva de la reestructuración de la deuda.....	33
La política monetaria y económica de los EU en la posguerra	36
La reforma monetaria de urgencia en los EU	41
Las tres alternativas, vistas en detalle	45
El orden monetario iberoamericano.....	47
Un "mercado común" iberoamericano.....	50
3. La Política Económica del "Mercado Común"	53
Sacrificios o austeridad	60
Energía nuclear o muerte	62
4. El Enemigo a Vencer	67
NOTAS	71
Apéndice	74

Versión al español:
Salvador Lozano y Adolfo Carbajal